

JAVIER TAFUR GONZALEZ

LADRÓN DE PLUMAS

EDICIONES LA SÍLABA
COLECCIÓN NARRATIVAS
SANTIAGO DE CALI
2006

Hay nombres de personas y lugares que pueden corresponder a la realidad, así como hechos, descripciones, canciones, informaciones y noticias, pero en la urdimbre y en la trama de estos textos, todo es ficción, un juego literario.

El autor.

INDICE

	Pag.
EL VERDE MÓVIL	6
CALIMA-DARIÉN	14
LA PRIMERA VEZ	29
TENER SIEMPRE LA RAZÓN	32
EL VALLE DE COCORA	41
DEL OTRO MUNDO	51
NISEI KAN	54
EL GUADUAL ENCANTADO	62
LA MINA	71
COMO SÓCRATES	79
LA ABUELA, A VECES...	86
LA CEREMONIA DEL ¡AH, DIOS!	93
LAS PALABRAS PERDIDAS	100
CRIMEN EN LA AVENIDA GUADALUPE	102
LA FISCALÍA	108
XI FERIA DEL LIBRO DEL PACÍFICO	117

EL RECLAMO COREANO	127
LOS SIETE POETAS DEL HAIKU	131
APARTES	143
ESPUMAS DE PAPEL	155
LA CHICHARRA	157
MODESTO MURIÓ EL DOMINGO	163
LA ESPERA	178
DE REOJO	190
MUJER CON PASAMONTAÑAS	197
EL RUIDO DEL MONTE	202
EL ORGULLO HERIDO	204
LA VENADA	209
MONÓLOGO DE LA VENADA	214
EN EL CENTRO COMERCIAL	219
LA CONEXIÓN AFRICANA	222
AKIRA	225
EL ALMANAQUE	235
EL ESPÍRITU DEL SHAMISEN	242
UN COMENTARIO INQUIETANTE	251

LA BLANCAS VIOLETAS DE LA ABUELA	258
EL PALOMAR	260
UN VAGO BRILLAR	264
EL ENVÉS DE LAS HOJAS	271

EL VERDE MÓVIL. Se sentía tentado por la idea de ver el verde de los guaduales. La idea había vuelto a tomar fuerza por esos días de verano, acuciándolo de tal manera que esa noche decidió salir al campo y visitar a Virgilio, su amigo, en Restrepo. Después de desayunar el sábado, emprendió el viaje, saliendo por Yumbo para tomar la carretera Panorama, bordeando el río Cauca, hasta Buga. A las nueve estaba dejando la glorieta de Media Canoa y empezaba la subida hacia Calima, en su viejo Land Rover. Varias veces se detuvo en el trayecto para tomar fotografías al río, en algunos parajes poblados de espigadas matas de cañabrava, a los siempre bien amados guaduales, a las ceibas, a los samanes añosos, y a un corral en donde ordeñaban las vacas, fuera del establo, a la manera tradicional. Hacía sus viajes con calma, y se reafirmaba en sus gustos por lo que sus amigos se burlaban de su moroso detenerse en las cosas.

Octavio se detuvo poco antes de Puente'Tierra, a la entrada de la vía para la población de Calima; allí tomó tinto y compró dulces, "mecato", para obsequiar a sus amigos; compró otro rollo para la cámara fotográfica y pilas para la grabadora. No le faltaban en las salidas; tampoco un anotador de cuero, de hojas renovables, que acostumbraba llevar en el bolsillo de la camisa, en el que registraba detalles de impresiones; y llevaba su lapicero "Lamy", con cartucho de repuesto. Sentía una indescriptible pasión por las plumas, pero, para sus excursiones, había terminado por llevar este lapicero, o un "Parker", pues a los estilógrafos se les soltaba la tapa y manchaban la camisa.

No miró hacia el lago; llevado de sus propios pensamientos se encontró, de repente, con la señal indicando la vía a Restrepo; pasó por el vivero de Cartón Colombia, llegó a la plaza y siguió hacia la vereda El Agrado, donde está situada la cabaña de su amigo. Varios perros salieron a ladrarle.

–Buenos días, profesor –saludó el mayordomo.

–Buenos, Gilberto.

–Ya hacía días que no venía...

–Se llegó el día.

–Don Virgilio está en el potrero con los huaqueros; doña Esneda sí está en la casa. Siga.

–Gracias.

Después de parquear el jeep y subir su maletín a la casa, por las empinadas gradas, miró hacia el corredor buscando a la esposa de su amigo, pero en el corredor estaban las sillas vacías, unas cuantas hojas secas sobre el piso. Octavio se dirigió a buscar a su amigo, interesándose por la presencia de los huaqueros. La huaca “pintaba” bien, tendría un metro de profundidad, descendían, encontrando tiestos de cerámica utilitaria, y una ollita ornamental, en la que había un collar de huesos con una nariguera de oro.

–Es cultura llama –dijo, enseñándola Virgilio.

–¿Qué antigüedad puede tener?

–Precolombina; en el museo del Darién hay algunas piezas similares; y otras, en el Julio César Cubillos, de la Universidad del Valle.

Ni Octavio ni su amigo eran expertos en el tema, pero les gustaba la arqueología, o más sencillamente, se habían familiarizado con esta clase de hallazgos, pues la región es rica en enterramientos y tumbas indígenas; de esta región y de la de Yotoco, proceden varias de las más importantes piezas que exhibe el Museo de Oro, en Bogotá. Aunque en algunas oportunidades tuvo la fea sensación de creer que la “huaquería” era una forma vil de saquear las tumbas de otros seres humanos e irrespetar sus creencias y ritos funerarios, la curiosidad hacía que Virgilio dejara de lado estos cuestionamientos éticos y etnológicos, llevado por el

suspenso que encerraba, y por la inconfesada ilusión de llegar a sacar un tesoro. Eludía enfrentarse a la creencia de los indígenas de que en las vasijas de sus antepasados mora “Waca, el Dios de la casa”, y que muchas de ellas son sepulcros, no meros objetos.

Valeriano desprendía con cuidado la tierra, barriéndola con un cepillo, recogióndola con una pala de plástico para pasarla a unos canastos de cosechar café, que su ayudante subía tirando de un lazo. Por su experiencia calculaba que “el pozo” sería rectangular o eventualmente circular, a un metro o metro y medio más de profundidad, y que la cámara mortuoria se abriría hacia el brazo más largo del pozo, y que su piso se encontraría talvez a un poco más de profundidad, o al mismo nivel.

Algunos huaqueros distinguen entre “hoyo” y “huaca”; en el primero el enterramiento no pasa de dos o dos metros y medio; las huacas se hunden hasta 25 varas. Las miden desde el límite del dedo corazón hasta la mitad del pecho.

A Valeriano le decían “El Mocho”, porque había perdido la pierna derecha; tenía un muñón a la altura del fémur. Nadie sabía cómo la había perdido. Los más viejos lo recordaban siempre así, desde que llegó de La Cumbre. Valeriano tenía los rasgos de los campesinos de Nariño, y conservaba su acento. Era delgado, bajito, menudo, de pocas palabras, pero su cara se le iluminaba cuando encontraba algún indicio que alentara su fe.

–Un cuarzo...- dijo.

El ayudante vió sobre la tierra barrida, el delgado y pequeño cristal.

–Hay algo.... -comentó Valeriano.

–¿Qué pasa? –preguntó Virgilio.

–Parece una olla...

–Voy a subir.

El ayudante, un muchacho pequeño, con dificultades para caminar, a quien se le escapaba la saliva por los labios, de mirada perspicaz, descolgó la escalera de guadua. Valeriano salió cerrando los ojos golpeados por la luz, con la cara sucia, impregnada de tierra revuelta.

–Estamos llegando a una cámara, hacia el oriente, hacia el vientre de la montaña –dijo.

“Tus ojazos me han herido,/ tus labios me tienen preso,/ y si por la miel de un beso/ yo he de ser correspondido...”. Era el bambuco de José Macías, interpretado por Lucho Ramírez, que salía por los parlantes de la tienda de don Aristides, a todo el frente de la casa de Virgilio.

–¿Qué pasa? -Preguntó Virgilio.

“Y mi vida pondré de hinojos/ tan solo para adorarte/ dulcemente acariciarte/ y besar tus labios rojos”.

–Creo que encontramos algo...; pero debemos dejar que entre el aire; la tierra está muy húmeda –comentó Valeriano.

Muchas veces la ambición de los huaqueros los llevaba a dañar excelentes piezas, ya fuera porque la ansiedad del hallazgo los hacía perder el cuidado que debían tener, para no golpearla o quebrarla; o porque habiendo estado guardadas, en las entrañas de la tierra por siglos, su contacto al calor del ambiente las hacía resquebrajar. Valeriano era huaquero viejo.

Por un instante se escuchó silencio en la tienda; enseguida volvió a oírse la voz: “Eres como el lucero que alumbra la madrugada/ como la flor perfumada,/ como la luna en desvelo”.

Valeriano le mostró las condiciones de las paredes de la huaca, y Virgilio asintió, convino con sus razones. “Bonita cual los rumores/

de mis bambucos sentidos/ cuando muy dulce al oído/ te hablaba de mis amores”...

Octavio escuchaba las precisiones; constataba la humedad, el frío de la huaca. “Blanca flor hecha de fuego, sensitiva, perfumada,/ ven a mi alma enamorada,/ dale vida con tu aliento/ porque está loco, sediento de tu amor, el pecho mío”. Octavio repitió mentalmente, “..ven a mi alma enamorada”, y tarareó la melodía.

Siempre sucedía así. Cuando don Aristides atendía a su clientela y prendía el equipo, la música invadía el ambiente. Se habían habituado, e incluso en algunos momentos llegaban a extrañarla. Aunque Octavio prefería los ritmos contemporáneos, había aprendido a querer la música de cuerdas que gustaba a sus mayores, pasillos, bambucos, guabinas y sanjuaneros; en especial la sonoridad del encordado del tiple, con ese sonido metálico tan característico, llovizna de suaves roces de hilos sobre la lámina de zinc, que se aprende oyendo llover en el techo de las fincas.

Azul se veía el Alto del Oso, y el verde del gradual se deshacía entre ese azul y el gris de la neblina, mientras las flores rojas de un písamo ardían en el frío de tonos aguados y flotantes que venían a envolver la casa. Las hojas esmeralda del platanal se movían al paso de las nubes bajas que venían envolviéndolo todo, y rápidamente se disipaban, ocultando y dejando ver las montañas de la vereda.

Una pequeña perrita blanca y amarilla, estaba en el rellano de la grada, junto a una mata de hortensia.

—¿Cómo se llama? —preguntó Octavio.

—Wendy —dijo Virgilio.

La perrita paró las orejas, pero no los miró.

–Hace algunos días está viniendo; se queda así, paradita –dijo Virgilio, y le arrojó un pedacito de tostada de plátano que tenía en la mano.

Wendy se dio por enterada.

“Alma y vida ya no tengo,/ alma y vida te he entregado/ a ti, cariñito amado,/ a ti sueño de mi ensueño;/ he de amarte noche y día/ aunque me falta la calma/ porque ansiosa tengo el alma/ de tus besos vida mía”... Y se escuchó el tas tas, de las bolas de billar, y frases de aprobación, al unísono, que parecían exclamaciones en el corredor de la casa. Los vecinos reconocían los tonos de las voces de los asistentes.

La luz comenzó a opacarse; una sombra larga empezó a cubrir el Alto del Oso y a desprenderse, aunque algunos trazos malvas la pintaban a trechos, o la rompían coloridos arreboles de oro, tan breves, que parecían destellos de un candelabro de cobre entre los pliegues de las montañas; era el fuego con el que se despide el día en las tardes lluviosas, cuando aun no es invierno, porque agosto se imponía. La neblina borraba las estribaciones más lejanas y acentuaba las más cercanas, los árboles más altos viñeteaban el horizonte gris y verde; el verde y el amarillo de las laderas se despeñaba por las pendientes y declives de las cañadas, orladas por las copas de los árboles con sus distintos tonos y formas, hasta el tupido bosque, la maleza, y las bajas hierbas de los potreros. Los guaduales, con sus tonos amarillos, resistían a la tarde, junto al río, como los techos grises y rojos del caserío, donde los blancos obstinados copiaban la última luz de la tarde, despedida en el azul de la hortensia, iluminada de horizonte y de distancia, que poco a poco iba perdiendo color hasta quedar confundida en la gran sombra.

Resolvieron suspender los trabajos por varios días.

La noticia corrió y pronto comenzaron a hacerse comentarios; se decía que allí, en La Cabaña, habían sacado un tesoro, y quedaba por sacar lo mejor. Otros aseguraban que el gobierno

había suspendido las obras y vendrían funcionarios del Museo del Oro, del Banco de la República. Valeriano se apersonó del asunto, rodeó la entrada a la huaca con un cerco de guadua, y la protegió con un tejado hecho con hojas de palma de iraca. Valeriano se tomó un aguardiente, y llenó su boca con otro trago que lo sopló sobre la cubierta, y dijo “Waira apamushka mishukunaka/ runakunata wañuchishpa/ kichua kausaikunata/ taitakunata/ tukuchinata munashkakuna/ kunanakaman/ mana ushaskachu./ Allpa mama, Pachakamaj/ gran creador, hombre, mujer,/ sombra, cuerpo de Amaru/ cóndor, runa/ tu rostro lleno de siglos/ siempre nuevo/ los cambiaron con su rostro/ lastimado/ desde entonces, nuestra vida/ vive herida/ desde entonces la libertad/ está en exilio”. Esta oración me la enseñó, Ariruma Kowii, un poeta ecuatoriano, y compadece el dolor del indio; es para expresar respeto. Después Octavio supo que Valeriano había logrado entrar a la cámara, ésta se hundía hacia la montaña, a 2 metros de profundidad, en la cual había encontrado los esqueletos de un hombre y una mujer, adultos, y a su lado dos vasijas que contenían restos de alimentos, collares de cuarzo y caracoles. Numerosos husos, con incisiones pintadas de colores, se encontraron junto al cuerpo de la mujer.

Lo sucedido atrajo a curiosos, estafadores, y huaqueros, pidiendo autorización para “catear” el terreno; o que, sin esperar respuesta, entraron clandestinamente a la finca. Wendy subía al potrero de atrás, se acercaba hasta el tanque que distribuía el agua por gravedad, y ladraba a los intrusos. Gilberto salía a rondar, con una linterna en la mano se paseaba por el balcón. Enseguida le llegaron los comentarios que se hacían sobre él, de “chivato”, propuestas de participación si dejaba “vaciarla”, y hasta claras amenazas para él y su familia. Desde su habitación podía prender y apagar un bombillo potente que alumbraba todo ese sector de la finca, lo que él finalmente hacía, tomándose en serio las intenciones de los salteadores de entierros, dejándose llevar de su entendimiento por los ladridos de Wendy.

Los vecinos invitaban a Gilberto a sus fincas porque corría la leyenda que él era el que había ubicado la huaca al observar que

un punto del potrero era diferente, pues él le notaba cierto brillo en las noches, y por la mañana dos barranqueros de colores vistosos, verdes azulosos, de largas colas estilizadas, picoteaban en ese preciso lugar, junto a un árbol de achiote. Los campesinos creen que estas aves guardan secretos de los nativos, pero tienen la mala suerte que su propia belleza los delata.

CALIMA-DARIÉN. La experiencia de la huaquería motivó a Octavio para visitar el Museo Arqueológico de Calima-Darién, así que unas pocas semanas después fue a visitarlo acompañado de Adriana. Le propuso que después irían a almorzar a la orilla del lago y harían un agradable día campestre.

Llegaron a las 10 de la mañana y con especial interés comenzaron a recorrerlo. Octavio siempre se había sentido atraído, sin saber muy bien por qué, por la cultura indígena, y era solidario con sus reivindicaciones; de hecho, había participado en más de una marcha programada por sus líderes, y los había acompañado en una de ellas, uniéndoseles en Jamundí, hasta llegar a los predios de la propia Universidad del Valle. Alguna vez, comentando con un amigo a propósito de las películas norteamericanas que se refieren a la conquista del oeste y al aniquilamiento de los indígenas de América del Norte, tuvo más clara su posición, comprendiendo que su actitud era una resistencia moral ante la mentalidad del invasor y a su política de exterminio; tampoco le eran ajenas las vejaciones e ignominias a que fueron sometidos en el resto del continente, y vivía impresionado por las duras denuncias de Jorge Icaza en su novela Herasipungo; pero era muy significativo el sentimiento de curiosidad por la forma como los seres humanos habían solucionado sus necesidades en esas épocas primitivas, y más temprano aun, desde los albores de la humanidad. Sí, era eso; y estaba allí, con Adriana. Los dos recorrían el museo, dispuesto en una forma didáctica con las correspondientes localizaciones geográficas y explicaciones arqueológicas.

—Aquí queda Restrepo, aquí la vereda El Agrado; por aquí debe quedar la finca de Virgilio... Sí, por aquí; aquí esta La Cabaña.

—¿Dónde sacaron la huaca?

—Mirá, aquí —indicó Octavio.

—¡Ah!...

El museo ilustra sobre el Valle del Cauca prehispánico dando cuenta de la existencia de tres tradiciones culturales en las regiones del Alto-medio Cauca y Costa Pacífica. La guía es editada por el Instituto de Investigaciones Científicas –Inciva, con la participación del Museo Nacional de Colombia.

Estos son los datos tomados por Octavio:

1. Tradición de cazadores, recolectores y horticultores (8.000-2.000 a.C.). Esta tradición se asocia a los primeros habitantes de la región, los cuales durante un proceso que duró varios milenios, manejaron diversas plantas del bosque tropical. Hacia el 5.000 a.C., generaron incipientes formas de agricultura, en especial del maíz.

2. Tradición agro-alfarera temprana (1.500 a.C.-1.200 d.C.). Está representada por las culturas Iлама, Yotoco, Quimbaya Clásico y Tumaco-Tolita, sociedades cuya base económica era la agricultura intensiva, complementada con actividades de caza y pesca. Igualmente presentaron un alto nivel de desarrollo de la alfarería y la metalurgia y una organización política relativamente compleja, que incluía estratificación social.

Estas culturas compartieron diversos elementos mítico-religiosos que evidencian una concepción del mundo en la cual se funde el hombre con el animal.

3. Tradición agro-alfarera tardía (500-1.700 d.C.). Asociada con las culturas Sonso, Quimbaya Tardío, Bolo y Quebrada Seca. Este período se caracteriza por una mayor diversidad sociocultural, alta densidad de población, incremento de la agricultura y la textilería y cambios sustanciales en la alfarería, la metalurgia y el pensamiento simbólico.

Estas culturas presentaron diversos niveles de desarrollo social y una organización política tipo cacicazgo o señorío.

Al ver en las vitrinas del museo varios artefactos líticos, similares a algunos que tenía, de filo cortante y doble acanaladura lateral que permitía enmangarlo con facilidad, utilizado seguramente para remover suelos o cortar pequeños arbustos, se fue avivando su gusto por la antropología y los comienzos del hombre.

Interesantes láminas ayudaban a localizar las culturas y el lugar de las excavaciones, principiaban por dar cuenta de la tradición de los cazadores, recolectores y horticultores, informando que la presencia más antigua del hombre en el Valle del Cauca y el suroccidente colombiano se remonta a comienzos del Holoceno (8.000 antes de Cristo), cuando se suceden profundos cambios medioambientales en todo el mundo, debido a la finalización de la última glaciación. Aparecen entonces en el curso alto y medio del río Calima pequeños grupos humanos, con un patrón de asentamiento disperso sobre lomas y terrazas cercanas a los ríos y quebradas. La subsistencia se basaba en la caza de pequeños y medianos animales y la recolección de plantas y frutos silvestres.

Los restos materiales de su cultura han sido encontrados en excavaciones arqueológicas realizadas en los sitios de El Pital, Sauzalito y El Recreo. Estos grupos vivieron en la región Calima durante 6.000 años y sus evidencias aparecen en capas de cenizas volcánicas, cuya estratificación cultural es más evidente en El Pital. Hallazgos fortuitos hechos en la Hacienda Samaria están indicando la presencia de otros sitios precerámicos en las partes más altas del río Calima.

Los artefactos líticos más comunes son: yunques o bases de molienda, percutores, machacadores, raspadores, lascas grandes y guijarros fragmentados por el fuego. Estos evidencian actividades asociadas con la recolección de plantas, raíces, tubérculos comestibles, semillas, frutos y la preparación de presas de cacería. Otros instrumentos relacionados con la pesca y la caza, hechos en materiales perecederos (bejuco, madera y hueso), no se han preservado debido a las condiciones ácidas de los suelos de la región.

En conjunto, los instrumentos líticos de este período, permiten suponer que el hombre temprano de Calima incorporó a su alimentación ciertas especies vegetales seleccionadas y manipuladas. Practicó una horticultura incipiente que incluía el maíz, evidenciado en el registro palinológico hacia el 5.000 a.C.

Tecnológicamente, los instrumentos de Calima presentan similitud con los encontrados en el valle de Popayán (sitio los Arboles) y con artefactos de molienda hallados recientemente en el Tolima (sitio El Prodigio), lo cual forma un conjunto lítico homogéneo que difiere notablemente de las industrias líticas “Abriense” y “Tequendamiense” definidas en la cordillera Oriental y el valle del Magdalena.

El mayor interés lo tenía Octavio en la cultura llama, por ser la región en la que ubicada la finca de sus amigos y cuyo relieve conocía por sus frecuentes y amadas caminadas.

Con el nombre de llama se conoce la primera sociedad que introdujo en la región Calima el conocimiento para elaborar recipientes de barro cocido (alfarería) y la tecnología para fundir y trabajar el oro (metalurgia). La información arqueológica disponible, indica que esta sociedad agrícola y sedentaria existió desde aproximadamente 1.500 hasta finales del primer milenio antes de Cristo. Es probable que esta comunidad agroalfarera no tenga un ancestral origen en los grupos recolectores, cazadores y horticultores del período anterior. No hay evidencia que sugiera que la Cultura llama, represente un grado de evolución a partir de estos grupos precerámicos, cuyos rastros desaparecen alrededor del año 2.000 a.C.

Los llama se establecieron en aldeas dispersas ubicadas a lo largo del río Calima, de las quebradas y arroyos menores, en inmediaciones de zonas anegadizas, sobre lomas y terrazas naturales que aplanaron y ampliaron. En cerámica se han conservado modelos de poblados en los cuales se representan viviendas de plantas rectangulares y techos a dos aguas. Entre ellas hay una casa central de mayor tamaño y otras menores a su

alrededor, las cuales tienen una puerta en cada lado menor y se comunican entre sí por senderos.

La economía llama se fundamentaba en una eficiente agricultura migratoria, la cual era complementada con actividades de recolección, caza y pesca. Los datos de polen fósil indican que entre la espesa vegetación del bosque natural, se realizaban cultivos en pequeños claros. En las excavaciones se han encontrado granos carbonizados de maíz, frijol común y achiote. Los fotolitos señalan la presencia de calabaza o ahuyama, arruruz, frutas tropicales de la familia de la chirimoya y palmas silvestres. De estas últimas se aprovechaban frutos, grasas, resinas, líquidos fermentados, hojas y fibras para techar las viviendas y para la cestería. Igualmente, los juncos se utilizaron para la confección de esteras.

La dieta agrícola era complementada con proteína animal proveniente de bosques y ríos. En cerámica aparecen frecuentemente representaciones de armadillos, ardillas, perros de monte, zarigüeyas, micos, felinos, saínos, sapos, ranas, tortugas, iguanas y lagartos, serpientes, babillas, cangrejos, insectos, caracoles, peces y aves (palomas, perdices, carpinteros, búhos y lechuzas). Seguramente, muchas de estas especies eran consumidas por el hombre, otras cumplían un papel muy importante en su mundo simbólico.

Los llama fueron excelentes alfareros que produjeron una cerámica sobresaliente por su decoración incisa muy fina y el modelado de una gran variedad de formas humanas, animales y frutos, que presentan diferentes volúmenes. Las formas más comunes son: alcarrazas (sencillas, antropomorfas, zoomorfas y poblados), canastero, patones, vasos culebreros, jarros y cántaros modelados, cuencos, copas, vasos cilíndricos, ollas y silbatos.

La incisión fue la técnica decorativa más representativa de la cerámica llama. Por medio de delgadas incisiones (rectas, curvas y circulares), simétricamente trazadas, se obtenían finos diseños solos o zonificados que destacan cabellos, peinados, tatuajes,

adornos, collares y vestimentas. También se utilizó la pintura positiva roja o negra en un baño que recubre toda la vasija y pintura negativa negra sobre baño rojo, formando diseños geométricos. Con esta técnica y con incisiones se diseñaron triángulos opuestos, rombos, rectángulos concéntricos y grupos de líneas que configuran motivos decorativos complejos, los cuales indudablemente tenían contenidos simbólicos.

Los ceramistas llama representaron la figura humana en alcarrazas, jarras, canasteros, cántaros, patones y silbatos, donde puede notarse una tendencia al realismo. En alcarrazas modelaron imágenes humanas de ambos sexos en diferentes actitudes y actividades: sentadas, acucilladas, de pie, acostadas, recostadas y mujeres amamantando o dando a luz. Expresiones faciales de serenidad, aflicción, con la boca abierta y la lengua afuera, así como lágrimas que corren por el rostro, se representaron en alcarrazas, cántaros y silbatos con forma de cabeza humana. En los canasteros –figuras de hombres acurrucados que cargan un recipiente en la espalda- los rasgos faciales tienden a exagerarse, mostrando labios gruesos y nariz grande y aguileña. En los patones o figuras antropomorfas con grandes pies que le sirven de apoyo, los rasgos de la cara, el peinado y los collares tiene similitud con los que se presentan en las figuras anteriormente descritas. Los diseños en pintura negativa presentes en estas figuras podrían indicar el uso común de pintura facial y corporal.

Junto a las figuras humanas y de animales hay un grupo de vasijas antrozoomorfas con representaciones de seres “mágicos o míticos”, criaturas que incorporan elementos humanos y rasgos de diferentes especies animales: serpientes, murciélagos, felinos y sapos. Estas representaciones ocuparon un sitio central en la cosmología llama. Simbolizaban posiblemente, algún héroe o deidad cultural o representaban algunas de las transformaciones alcanzadas por los chamanes al ingerir alucinógenos para asumir la forma y el poder de algunos animales, durante el “vuelo chamánico” al mundo de los espíritus con fines curativos o para intervenir las fuerzas de la naturaleza.

La metalurgia llama debe ser una de las más antiguas del suroccidente colombiano. Los orfebres trabajaron el metal con técnicas como la fundición, el martillado y el grabado en relieve para elaborar cuentas de collar y narigueras (fundidas en núcleos de cerámica), narigueras sencillas y placas martilladas. En oro martillado y presionado se elaboraron cuentas grandes con formas humanas o animales y máscaras antropomorfas de tamaño natural, utilizadas en vida y en ceremonias asociadas con la muerte.

La muerte fue un acontecimiento significativo para la sociedad llama. Enterraban a sus muertos dentro o en los alrededores de las viviendas, en tumbas aisladas o en pequeños cementerios de dos a ocho tumbas, ocasionalmente hasta 30 sepulcros. Se localizan en las cumbres de las lomas y colinas o sobre las laderas y partes bajas de las mismas.

Por lo general, las tumbas llama son poco profundas (entre 1.5 a 2.5 metros), con pozo rectangular o eventualmente circular y cámara mortuoria, la cual se abre hacia uno de los lados más largos del pozo. Su piso puede encontrarse a mayor profundidad o al mismo nivel del piso del pozo. Allí se colocaba el cuerpo del muerto junto con el ajuar funerario para el viaje sepulcral y vida futura. Este varía según la importancia que tuvo la persona en vida. Generalmente está compuesto por ollas sencillas, cuencos, vasos, artefactos líticos, piedras y carbón. En algunos casos, el ajuar es más numeroso, con vasijas modeladas y pintadas. Ocasionalmente se encuentran ornamentos de oro y otros adornos personales como cuentas de collar en cuarzo cristalino, pizarras o piedras verdes talladas con figuras humanas y espejos de obsidiana.

Durante los últimos dos milenios antes de Cristo, en el suroccidente de Colombia existieron varias culturas agroalfareras con una marcada tendencia regional e identidad propia, las cuales establecieron entre sí intercambios económicos e ideológicos a larga distancia. Llama aparece como un desarrollo cultural

diferenciado y con un dominio territorial restringido al curso alto y medio del río Calima. No obstante, cerámica con atributos estilísticos típicos de esta cultura, ha sido encontrada en la llanura aluvial del Pacífico (Catanguero) y en el valle geográfico del río Cauca (Farfán, Tuluá). Posiblemente, los llama establecieron contactos culturales con la sociedad agustiniana durante el primer milenio antes de Cristo. Analogías estilísticas se observan en la representación de seres míticos como felinos, lagartos, serpientes y murciélagos, modelados en cerámica y esculpidos en piedra, los cuales fueron utilizados por ambas sociedades en su pensamiento simbólico.

Octavio y Adriana estaban llenos de un indescriptible goce al conocer con mayor detalle las manifestaciones de una cultura que no les había sido ajena, pero de la cual sólo se habían ocupado de una manera accidental sin reconocerle la verdadera riqueza e importancia. Su contacto fragmentario apenas si revestía esa curiosidad que a veces tienen las cosas antiguas, pero aisladas y fuera de todo contexto. Habían crecido con la impronta de la sociedad dominante y ajenos a la gran riqueza que tiene Colombia en sus indios, como precisa Reichel Dolmatoff, “una riqueza genética, cultural, lingüística; la riqueza de una experiencia humana adquirida en el curso de milenios”^{*}.

Absortos en los objetos y en las explicaciones siguieron con interés las relaciones de la cultura llama con la sociedad Yotoco. Les llamó la atención la transformación de la cultura llama en Yotoco, observar las afinidades estilísticas presentes en la cerámica, así como en las costumbres funerarias, las cuales parecen indicar continuidad cultural entre ambas sociedades.

Hacia finales del último milenio antes de Cristo aparecen en el registro arqueológico, evidencias de otra compleja sociedad que los investigadores han denominado Yotoco, la cual perdura hasta 1.200 d.C. Afinidades estilísticas presentes en la cerámica, así como en las costumbres funerarias, parecen indicar continuidad cultural entre ambas sociedades. La transformación de llama a Yotoco pudo darse a través de cambios que ocurrieron

paulatinamente dentro de la misma sociedad llama o por influencias culturales de grupos vecinos como resultado del intercambio.

Los Yotoco vivían en aldeas dispersas compuestas de pequeños grupos de viviendas o en casas individuales, localizadas sobre terrazas naturales en las partes bajas de las montañas, así como también en plataformas artificiales ubicadas en declives de lomas y áreas aplanadas encima de las cumbres de los cerros. Los ceramistas y orfebres Yotoco representaron poblados y viviendas con diferentes formas que muestran plantas rectangulares, cuadradas y circulares sosteniendo estructuras con techos cónicos y rectos a dos y cuatro aguas.

Desde los primeros siglos de la era cristiana el impacto sobre el medio ambiente aumentó considerablemente en la región Calima. Los estudios de suelos agrícolas señalan talas y quemas de vegetación natural como consecuencia de una mayor presión del hombre sobre el bosque. Se originó así un paisaje de áreas abiertas, dedicado a una agricultura intensiva cuya finalidad era sostener una población mayor que la del milenio anterior. Se continuaron los sembrados en zona de ladera por medio de pequeñas huertas junto a las viviendas y, posiblemente, se comenzó a cultivar en algunos de los sistemas de canales en pendiente que hay sobre las lomas y colinas. Pero, las obras de ingeniería agrícola más sobresalientes se llevaron a cabo en valles anegadizos (El Dorado y Calima). Estos fueron adecuados con anchas zanjias de drenaje que delimitaban espacios rectangulares. Igualmente, se hicieron campos elevados, conformados por eras o camellones paralelos separados por canales pandos utilizados para drenaje. Los principales cultivos eran el maíz, seguido por la calabaza o ahuyama, tubérculos (yuca dulce, arracacha, batata y mafafa), frutas (piña, aguacate, guayaba), ají y coca.

En la alfarería Yotoco se observan cambios significativos. Desaparecen las vasijas antropomorfas y zoomorfas decoradas con finas incisiones geométricas y surgen la policromía, las

estilizaciones fitomorfas y las vasijas silbantes. Asimismo, se continúa la elaboración de ollas, cuencos y alcarrazas, que comparten elementos como la forma y el mismo estilo de aplicar algunos diseños en pintura negativa negra.

Las formas que mejor definen el estilo Yotoco son vasijas finas como cuencos, copas, cántaros y alcarrazas. En estas últimas, las representaciones modeladas de seres humanos casi desaparecen y disminuyen las figuras de animales. Se reproducen con frecuencia imágenes de sapos de piel verrugosa, tortugas, cangrejos, aves, micos y otros cuadrúpedos. Asimismo, se vuelven comunes las alcarrazas con figuras de calabazos, frutos y tubérculos.

Otras formas incluyen vasijas para preparar y almacenar alimentos o líquidos (platos, cuencos grandes, cántaros globulares). Surge y se desarrolla la policromía combinando franjas alternadas de varios colores (rojo, blanco, naranja y crema). Igualmente, se le da una mayor importancia a la pintura negativa negra para formar complejos diseños geométricos como: franjas negras solas, oblicuas y paralelas que delimitan espacios rellenos con círculos positivos y pequeños cuadrados, espirales, bandas en zig-zag, triángulos opuestos o motivo "reloj de arena". Otras técnicas de decoración comprenden incisiones punteadas, formando la silueta de animales, pequeños apliques granulados y muescas en los labios. Durante la sociedad Yotoco se desarrolló una majestuosa metalurgia con fines rituales y de prestigio, la cual le ha dado renombre internacional a la región Calima. La máxima expresión artística en el trabajo del oro se realizó en esta época, mediante técnicas como el martillado de láminas de oro para elaborar pectorales, orejeras de carrete, narigueras, brazaletes, colgantes, etc. Por lo general, estas piezas están decoradas con motivos geométricos incisos o repujados y las más finas sobresalen por tener rostros humanos en alto relieve que llevan joyas en miniatura y diversos elementos colgantes. Con la misma técnica, se forraron trompetas y bastones de mando en madera o adornos de conchas marinas y poporos utilizados para el mameo de la coca. A través de la técnica de la cera perdida se fundieron

varillas o alfileres con pequeños remates decorativos que representan figuras humanas y animales (especialmente aves, murciélagos, serpientes y mamíferos unidos entre sí o en asociación con el hombre). También se fundieron insectos, conchas y caracoles. Por granulación se hicieron diminutas cuentas de collar. Asimismo, se usó la aleación de oro y cobre (tumbaga) con el fin de lograr ornamentos de diferentes colores y se combinó el metal con esmeraldas y otras piedras para obtener adornos compuestos.

Al igual que los llama, los indígenas Yotoco enterraban a sus muertos dentro o en los alrededores de las viviendas, en tumbas aisladas o en pequeños cementerios localizados en las cumbres de las lomas y colinas o sobre las laderas y partes bajas de las mismas.

Las tumbas continúan siendo de pozo con cámara lateral, muy semejantes a las llama, variando un poco la profundidad y la cantidad de objetos cerámicos y de metal depositados como ajuar funerario. Igualmente aparece una nueva forma de entierro en urnas de cerámica. La mayoría de los sepulcros presenta ajuares sencillos, mientras unos pocos sobresalen por su extraordinaria riqueza (finos adornos de oro, collares de cuarzo y caracoles marinos). Estos denotan la existencia de una marcada diferenciación social.

Una amplia red de caminos y senderos, que estaba en uso en esta época, facilitó el contacto e intercambio con zonas alejadas de la región Calima. Esto demuestra que la sociedad Yotoco sobrepasó los límites territoriales ocupados por la cultura llama. La presencia de piezas orfebres y cerámicas Yotoco en otras regiones arqueológicas sugiere no sólo contactos comerciales, sino también un conjunto compartido, de ideas, creencias religiosas y formas sociales. Es decir, las culturas del suroccidente colombiano y norte del Ecuador (Quimbaya Clásico, Yotoco, Tolima, Tierradentro, San Agustín y Tumaco-Tolita), conservaba su propia identidad, pero tenían estrechos contactos que se reflejan en la similitud de motivos y técnicas compartidas

por lo menos durante los primeros 500 años del primer milenio de nuestra era.

De la guía del Inciva, Octavio extractó estas notas.

Dejaron para otra visita la parte del museo dedicada a los asentamientos descubiertos en la Hacienda Malagana, corregimiento del Bolo, San Isidro, en 1992 y 1993, y pasadas las 12 salieron en busca de un lugar agradable donde almorzar junto al lago, cercano a la construcción de la represa, para regresar por Lobo Guerrero y Dagua.

El mantel en la hierba. Querían regresar por Lobo Guerrero, aunque tenían cierto temor de pasar por Tragedias, donde recientemente habían asaltado a varios turistas, para seguir a Dagua. Se dirigieron hacia el principio de la represa, donde funcionan las turbinas. Justamente allí se detuvieron, y en un recodo, cerca del rebosadero, se dispusieron a almorzar: cubrieron el lugar con un limpio mantel, colocaron los platos, y sobre éstos, unos emparedados de jamón y queso; abrieron una botella de vino rojo argentino. El compartir esos momentos los unía, aunque Adriana quería recibir alguna muestra de interés más especial, queriendo propiciarlo, dijo: “¡qué rico!”, y reposó la cabeza en su hombro. Rozó con los pies una mata de salvia con sus flores violáceas, azules, inclinando sus espigas, sintiéndose un agradable olor a campo.

—¡Como aroma esa mata!

—No sé bien; pero creo que es una salvia —dijo Octavio.

Una mariposa amarilla y blanca se posó en el mantel, abría y cerraba las alas con aparente despreocupación. Al borde del mantel había una adormidera. Octavio le dijo:

—Si la miras con cuidado, te darás cuenta cómo es de sensible; se cierra al tocarla.

Tocó la mimosa, y la planta se cerró.

–¡Ah!

–Me encanta estos paisajes; mira, en lo alto de la montaña, platean los Yarumos –dijo él.

* * *

Cerca de allí, junto a una camioneta Toyota, color café, cuatro hombres mayores comían un fiambre que llevaban envuelto en hojas de plátano, que pasaron, unos con gaseosa, y otros con cerveza. Parecía no tener prisa. Venían del Salado; iban para Restrepo. El mayor de todos tenía un hablar reposado y tranquilo, aspiraba para hablar, y las palabras iban saliendo frescas y amables. Se reía de lo que él mismo contaba, y lo celebraba diciendo: “No, mijo; eso si fue la machera”. Heladio, como se llama, contaba diversas anécdotas, y gozaba recordando la madrugada en que su gallo fino ganó dos peleas seguidas en Borrero Ayerbe, y lo sacaron en hombros. “Eso fue la apoteosis, les digo, pues...”. El más joven bromeaba con una escoba de palma de iraca.

–¿Qué va a hacer con ella? –preguntó don Heladio.

–Nada; llevársela de regalo al amigo –dijo, el más joven.

–No. ¿Cómo va a hacer éso? Se ofende.

–Le aseguro que le divierte. Virgilio no se preocupa de esas cosas.

–Va a creer que es una indirecta; que le dice que no barren; que la casa está sucia... -repuso don Heladio.

–No –replicó Parteso, el más joven. Es para que le preste la escoba a las brujas...

–¿Vos que opinás, Modesto? –preguntó el viejo Heladio.

–“Que las hay, las hay”... –dijo, riéndose con picardía, don Modesto.

–¿Vos que opinás, Alejandro? –insistió don Heladio.

Don Alejandro, ecuánime y tranquilo, le contestó:

–Cada quien sabe con quien trata; el amigo conoce al amigo.

–Yo si no estoy de acuerdo; a mi me da mucha pena. Mejor llevemos alguna cosa para la casa, unos bocadillos; o algo así. Si van a llegar con esa escoba, yo llego después de usted, doctor...

Bromearon y se chancearon un rato más, y continuaron hacia la carretera principal. El patriarca, como cariñosamente llamaban a don Heladio, iba seriamente preocupado, y pensaba en cómo zafarse de esa “pega”; sudaba... don Modesto disfrutaba para sus adentros, y don Alejandro sonreía observando las distintas reacciones.

Octavio y Adriana vieron a un niño y una niña, saltando en una sola pierna, y luego correr por la ruta que lleva a Darién. Tendrían 7 y 8 años; se veía mayor la mujercita. Iban limpios y aseaditos, como si lucieran sus vestidos nuevos para ir a misa. Los niños se acercaron a mirar la represa, su corte abisal y gris donde las aguas del lago se tornan de un frío verde oscuro, que les hizo retirarse. Tres camionetas, último modelo, con llantas anchas y vidrios oscuros, pasaron como bólidos estropeando el paisaje, levantando una nube de polvo. Una mujer alta, de pelo negro, alargó sus brazos y con delicadeza separó a los niños de la carretera, cuando una camioneta trataba de sobrepasar a otra, en un recodo, por donde corre el agua lluvia en los tiempos de invierno. Otro campesino, que venía en bicicleta en sentido contrario, se tuvo que salir de la vía, yéndose contra la peña para no ser arrollado por las camionetas; se golpeó la cabeza, se raspó

las manos y las rodillas, se le torció la dirección de la bicicleta y quedó viendo borroso al perder sus anteojos. Al llegar los niños le ayudaron a buscarlos, pero no los encontraron.

Se sentía un olor a uña, a perro de monte, a chucha, en el lugar. De la alcantarilla, salió un hombrecito sudado y mugroso, con una camisa de motivos de flores y de hojas, con los anteojos en la mano.

–Gracias –dijo el señor de la bicicleta.

Los niños siguieron caminando mientras el campesino metía la rueda delantera entre sus piernas y arreglaba la dirección. El hombrecito golpeaba su sombrero grande de fieltro café, contra el muslo derecho, para quitarle el polvo. Después de caminar un corto trayecto se adentró en un matorral y junto a una mata de amarguito se puso a defecar, colocando el sombrero en el suelo. A la distancia se veía la mujer de pelo largo, con falda azul y blusa blanca. Iba descalza. Toda la luz del medio día recortaba su figura, cayendo perpendicular al mismo punto, sin sombra de su cuerpo, y el brillo que reflejaba, rielaba en el lago.

LA PRIMERA VEZ. Octavio solía llevar un diario. Desde el colegio tomó este hábito que había mantenido intermitentemente, habiéndolo abandonado en algunos momentos de su vida, como le sucedió en la mitad de sus estudios de filosofía. Por esos días le pareció inútil y fatigante; retomó esta costumbre al final de la carrera y, de una manera tan natural que ni él mismo se dio cuenta. Comenzó a anotar en un cuaderno frases, pensamientos o sentencias que le llamaban la atención. Se sorprendió al leer la última anotación que tenía que ver consigo mismo; había escrito la noche anterior: “Cuando robé la primera pluma tenía 12 años. No se por qué ocurrió. Recuerdo que regresaba del patio de recreo, entré al salón de clases que se encontraba vacío, y la vi ¿Debo consignar aquí mis sensaciones de aquel día? ¿No es esta anotación, algo morboso? ¿Y si muero, y queda este testimonio de mi incorrecto proceder, escrito de mi propio puño y letra, no dañaré mi memoria? Pero, ¿a quién le van a interesar las confesiones de un ladrón de plumas? Es más, ¿por qué y para qué me detengo en relatar aquí el inicio de un comportamiento vergonzoso que no me generaría más que rechazo, por trivial que parezca? Lo cierto es que era una pluma Sheaffer, de tapa de oro y cabo verde, con vetas blancas y negras a lo largo, con bomba de caucho recargable desde el mango, desprendiendo una pequeña tapa al final del estilógrafo”.

—¡Uf! —se dijo.

Descubrió que sudaba, volvió a sentir aquel miedo infantil que tanto lo martirizó, por el que debió confesarse, sin haber devuelto nunca la pluma. Había fallado al sacramento de la confesión, no tenía un sincero arrepentimiento, contrición de corazón, ni propósito de la enmienda. Desde aquel día supo que había perdido la inocencia y que era capaz de realizar las más terribles transgresiones; de masturbarse; de decir las palabras prohibidas, aquellas que parecían reservadas solo para las emociones fuertes de los grandes para no llorar, para advertir al enemigo que hay palabras como puños.

Recordó aquel momento: la luz de la mañana, del otro lado de la ventana; y, al interior, esa claridad silenciosa que acompaña la realización de una mala acción al amparo de la soledad, que deja siempre ese temor de haber sido visto por el ojo misterioso y eterno de Dios. Claro que, a los doce años, no era ésta la primera falta, ni tampoco el origen del sentimiento de culpa. De otras faltas se acordaba, pero con el robo del estilógrafo había ocurrido algo distinto, era la irremediable sensación de culpa originada en el deseo concreto de tener ese estilógrafo, a sabiendas de que estaba mal; sabiendo que si lo viera el profesor o su padre, no lo haría...; y además, existía un dueño. A alguien le quitaba, “robaba” algo, útil para él, que tenía un precio, que, intuía que era costoso. Sus padres no le habían dado un estilógrafo como ése, pues protestaban no tener dinero. Su plumafuente como su ropa, eran más baratas, menos costosas. Los sentimientos que tenía respecto de su propietario, lo inquietaban más; y era que no le importaba, en lo más mínimo, lo que pudiera sentir su dueño. Para Octavio ese estilógrafo le pertenecía, porque era bello, y a él le había gustado.

Todo esto rememoró, ruborizándose. ¿Qué hizo con el estilógrafo aquel día? Lo tenía presente: lo llevó a la casa como quien tiene un tesoro, con la vergüenza de no poder mostrarlo, con la certeza que al verlo sus hermanos, o sus padres, lo descubrirían y él no tendría una explicación, y ello le hizo sentir la precariedad de su acto, su arrinconamiento, la admisión de su robo. Con las mismas sensaciones de aquel día se encontró Octavio, ya adulto, mirando a su pasado, mirándose a si mismo. Fue a su escritorio y tomó una de sus numerosas cajas en las cuales guardaba las plumas. Ésta era una caja de madera de aquellas en que antes venía un juego de productos Yardley, con tres jabones, crema de afeitar, loción para después de la afeitada y perfume. Era de un tamaño mediano, de diseño tradicional, agradable al tacto. En esa caja guardaba 6 plumas, dos tinteros, 3 empates o encabadores, y varios secantes, en cuyo dorso figuraban los dibujos de los bustos de los más famosos filósofos griegos de la antigüedad. Octavio extrajo, ésa, su primera pluma, quitó la tapa al cabo, abrió uno de los tinteros, y un olor conocido se expandió en el ambiente, como

el genio de la lámpara maravillosa surge al roce de la mano del amo disponiéndose a su servicio, produciéndole, al percibirlo, ese goce indecible que para él tiene la tinta. En trance por la vivencia y perdiéndose en la profundidad inefable de su experiencia, tomó el estilógrafo, y escribió, con esmerada caligrafía:

“Bien sé que soy un hombre; cosa orgullosa, y cosa lastimera”.
Shakespeare.

TENER SIEMPRE LA RAZON. Antes de ir a la Facultad de Filosofía en la cual dictaba “Comunicación y argumentación”, Octavio pasó por el taller del maestro Mario Gordillo a recoger un lienzo. Sus temas son recurrentes y, sus admiradores están acostumbrados a sus simbolismos. Él acude a la perfección del círculo; lo hace pista, escenario múltiple, síntesis de vida. En su obra se escuchan resonancias orquestales. El pincel convierte el color en movimiento, en armonías y se eleva emocionado. La fuerza, el resuello del caballo, sus ollares y sus belfos, complementados con el principio femenino, con la curva sensual de la mujer, articulados en un equilibrio de apoyos y de formas. La simultaneidad, con sus saltimbanquis, pone alas a los sueños, a la alegoría.

En el taller estaba Jairo Usma dando los últimos toques a su cuadro “El abrazo”. La obra de Jairo viene de la nostalgia, de los recuerdos de la juventud, que han reaparecido insistentes, cara a cara, cuerpo a cuerpo, mientras rezonga el bandoneón, y la espátula lleva los labios a los labios. Los reflejos del lugar iluminan a la pareja, el rostro del hombre, su sombrero negro, la camisa blanca que se hace azul, y la mano izquierda del galán, levanta la de ella, decidido en el paso, y la mano derecha roza el delgado tirante, el borde de la piel, de la costura de su vestido rojo, tocando la dicha en el talle, en esa espalda amplia y atrayente, en la penumbra soñadora.

Octavio iba contento con su lienzo, el cual guardó en un cilindro protector de grueso cartón, que puso a su lado, en el viejo Santana gris, y se dirigió a la universidad. La “vuelta” que iba a hacer era breve, dejar el programa de la clase en la fotocopiadora, junto con una conferencia de Arthur Schopenhauer, sobre “El arte de tener siempre la razón”. Tal vez porque en la secretaría estaba Julián, quien iba a ser su alumno, y otros estudiantes. Saludó a la secretaria y revisó su casillero; bajó a la fotocopiadora, a la entrada del edificio.

—¿Señor, no ha visto mi estilógrafo? -preguntó una estudiante.

–No –contestó Octavio.

–Vé, que raro, si lo puse aquí, mientras sacaba la cartera de mi mochila.

–Revise bien –dijo Octavio, dándole calma. Puede estar en el fondo.

–No, en el fondo, no; ya revisé.

La encargada de la fotocopidora insistió:

–Vuelva y revise.

–Ya revisé –dijo la estudiante, mirando en el suelo y buscando si podría haber caído, rodado y estar debajo de la fotocopidora.

–¿Cómo es? –preguntó la encargada de la fotocopidora.

–Un Waterman.

–Sí, pero, ¿de qué color?

–Fucsia.

–Ah sí; yo sí se lo vi –dijo. A ver, profesor, ¿en qué le puedo servir?

–Veinte fotocopias.

La estudiante se cansó de buscar y resignada se fue. Enseguida regresó, entró al baño y volvió a salir.

–¿Qué hubo?

–Nada. Si se lo llega a encontrar me avisa.

Era una estudiante de la escuela de música, que había estado fotocopiando una partitura de Albinoni.

–¿Por qué no revisa dentro del estuche del violín?; yo vi que metió algo adentro –dijo la encargada.

La estudiante abrió el estuche, sacó el violín y en él se vio la partitura, las bellas grafías de la escritura musical; las fotocopias que acababa de sacar. Revisó, volteó el estuche de su instrumento, y no encontró su extraviada pluma; resignada y aburrida dejó el recinto.

–¿Cómo así, profe, “¿El arte de tener siempre la razón?” - preguntó la encargada de la fotocopidora, curioseando el material.

–Para que vea.

–¿Eso, si es posible?

–De eso se trata, ¿no? –contestó con cierta picardía.

–¡Uuyy! Ni me lo diga, que no me lo creo. Uno no se las sabe todas.

–Hay quienes sí, y aquellas que no se sabe, las tienen apuntadas...

–No me venga con cuentos, profe; ¿eso es lo que usted enseña? Entonces usted es un profesor muy malo; permíteme la franqueza, profesor; lo que pasa es que “errar es de humanos”, como dice el dicho; yo si no me le creería ese cuentico...

Octavio sonrió.

–Aquí las tiene.

–Gracias.

–Profe: no enseñe mentiras.

–Tranquila.

En ese momento llegaron Alma y Adriana, estudiantes de la escuela de música.

–Hola.

–¿Llega o se va?

–Ya salgo.

–¿Va pa'l centro? –preguntó Adriana.

–Sí.

–¿Nos arrastra?

–Las espero.

–Por favor, una fotocopia –dijo Adriana, pasando un texto de Pachelbel.

–Yo me quedo en el CAM –dijo Alma.

Adriana miraba con simpatía Octavio. Los dos estaban contentos de haberse encontrado, quizás porque en el semestre anterior habían conversado un día en la cafetería, ella recordaba su voz con la memoria de un ciego.

–Purcell, Albinoni, Gluck –dijo Octavio, demostrando interés.

–Que no te falte Boccherini –dijo Adriana, siguiendo su juego.

–El minueto... –comentó Octavio, insinuante.

–Vea, pues; cómo sabe.

Alma –o Mita-, como la llamaban cariñosamente sus amigos, se quedó en Avianca; ellos siguieron.

El semestre empezaba; el encuentro les auguraba la oportunidad de compartir.

Alma esperaba el bus en la bahía del Parque de Los Poetas y escuchó sin querer el diálogo de dos parroquianos sentados en el muro bajo la pérgola que cubre la veranera junto al paradero de la Ermita. Un artista disponía el equipo de sonido en la plazuela para interpretar a Sandro, siguiendo las pistas. Probaba el sonido del micrófono: “Aló; aló, aló, aló! Buenas tardes... probando, probando”. Su voz se imponía graduando el volumen los bajos, los altos... “Tu pelo, se perdió en la noche;/ la luna, se aferró a tu piel; y el mar se sintió celoso/ y quiso en tus ojos estar él también” ... “Aló; aló, aló, aló!. Probando, probando; ¿se oye bien? Aló; aló, aló, aló!. Buenas tardes”. “Tu boca sensual, peligrosa.../ Tus manos la dulzura son...”.

La buseta blanco y negro que tomaría para ir donde su abuela, se demoraba, entonces escuchó que un parroquiano, al parecer un artista callejero, le decía a otro que le llamaba mucho la atención la manera de hablar de la gente; que “se le pegaron las cobijas”; que “lo cogió el día”; que “lo cogió la noche”; que “lo cogió el tiempo”; que “las canas que me ha sacado”; etc. Y su compañero, también artista callejero que se estaba pintando la cara para ser el mimo, le contestó:

–Me imagino que las cobijas se le pegan como si fuera gusano de seda... ¡Uy! ¡qué miedo!

–Y al que lo coge el día, ¿lo coge porque trasnochó? O, ¿al contrario?

–Al que lo coge el tiempo, a mi me da la impresión que se quiebra un reloj de arena, y el dueño queda hecho un viejito; ¡Me asusta!

–El dicho de las canas puede uno entenderlo de doble vía; que las canas crecen rápido como matas de arroz, o que se las arrancan torturándolo con un depilador... –dijo, y se levantó del muro.

El amigo le pasó las pinturas, pues él también es un mimo, y trabajan en el paseo Bolívar bromeando a la gente.

En eso llegó la buseta, Alma subió, y continuó pensando en el tema de la escena vivida; una tras otra le fueron surgiendo expresiones de uso coloquial que la maravillaban o dejaban sorprendida: “La agarró el miedo”; eso de que lo agarre el miedo a una debe ser muy asustador –pensó; “la agarró el sueño”, y si es el sueño entonces queda una como la Bella Durmiente. ¡Fantástico! “Llegar volando”, eso es lo que yo quisiera ahora. “Se metió a la boca del lobo”; “lo agarró la tembladera”. Esos dichos me dan intranquilidad, me enfrían. “Tiene rabo de paja”; me imagino las nalgas de hierba seca...; siempre a punto de quemarse; por lo que habría que saber guardar las distancias; “En par patadas”, es muy brusco, de patanes. Me llama la atención el “quiere llover”, “se va a ir la luz”, el conocer “la voluntad” de la naturaleza, se dijo, experimentando al comprender lo esencial de estos dichos: “Esto es muy agarrador”, y sonrió.

Alma no disimulaba su inquietud intentando conocer el verdadero sentido de “se lo llevó el que lo trajo”; o el de “lo volvió nada” “...¿Quién era el que tenía esos poderes?”

La mamá le dijo a un niño en la buseta, cansada de sus inquietudes: “Cálmate que me traes alta del suelo”, y Alma imaginó como si la buseta no necesitara ruedas; y la mamá le reiteró al muchacho que insistía: “Vos sabes que estoy en la olla”. Entonces Alma se dijo: “Si no hubiera sido por que caí en cuenta de la conversación de los mimos, esta forma de hablar me habría pasado desapercibida. Llegó al paradero, timbró, se bajó y se le apagaron todas estas voces interiores. Solo deseaba llegar a casa de la abuela.

Al llegar le abrió la tía Manuela. Era la menor de una familia de once hermanos, y finalmente, había quedado al cuidado de su madre, cuando todos y cada uno de los hermanos fueron partiendo.

–Quiubo, tía.

–Hola, Mita; la estaba esperando.

–¿La abuela?

–Caminó un ratico en la terraza y se acostó; está como indispueta; casi no quiso probar bocado.

–Aquí le traje unos pandebonos.

–Gracias, hija.

–¿Cómo ha seguido?

–Como se dice “la vejez es ese cansancio que no se quita con el baño de la mañana”.

–Si usted lo dice –asintió. Y le comentó: tía escuché en la calle una conversación que me llamó la atención, me quedé analizando la manera como habla la gente.

–Mita, ¿qué ocurrió?

Alma solía tocar temas de interés general con la tía, pues fue precisamente ella quien la motivó hacia la música y las humanidades.

–Tía si una se detiene en lo que va diciendo encuentra cosas curiosas, como éstas, por ejemplo: “se me cae la cara de la vergüenza”; “me va a tragar la tierra”; “está más del otro lado que de éste”; o lo contrario, “está más de este lado que del otro”.

–El lenguaje tiene muchas figuras; “tropos”, nos decían en el colegio, aunque los profesores se fijaban más en los recursos literarios.

–Fíjese en estos: “Tiene la cabeza llena de musarañas”.

–¡Cómo sería!

–A mi los que más me gustan son los que personifican los fenómenos naturales: “tiene ganas de llover”; “se va a ir la luz”; “despertó la mañana”.

–Son como los dichos; en eso los paisas son los mejores.

–Pero allí está muy claro que son dichos, refranes; pero en el lenguaje común lo que me gustan son las metáforas: “oye con los ojos”; “¡calle esa mirada!”; “tiene los ojos empijamados”; “lágrimas de cocodrilo”.

–Enreda a un duende en un parque”

–“Tengo enredos en el alma”; “se trezó en una pelea”.

–“No cumple ni años”.

–“Se metió en la grande”; ¿qué es, “la grande”, tía?

–Un problema difícil; igual se dice “la embarró”.

–Hoy se dice “empelicularse”.

–Antes se decía: “se comió el cuento”; “se tragó el anzuelo”; a mi siempre me gustó oír cosas de esas, como ésta: “voy a conversar con la almohada”.

–Los dichos también me gustan, pero es que esto, ocurre todos los días, uno los usa y no cae en cuenta.

–Es que la gente “anda por las nubes”, “se mantiene elevada”, y “no tiene los pies en la tierra” –dijo la tía. Mita, pásame la pastilla de la presión, para dársela a la abuela; está en el baño.

–Voy por ella “v-o-l-a-n-d-o”....

La tía sonrió, le dijo:

–Tu que eres joven porque cuando uno se va haciendo viejo el tiempo se acorta, las distancias se alargan, y uno ya no vuela, sino que arrastra los pies, como los caracoles.

–Pero tía, usted todavía “tiene mucha cuerda”...

EL VALLE DE COCORA. Acordaron ir ese fin de semana a Salento; compartían el mismo gusto por el campo, sentir la sensación de estar entre las montañas, internarse en el bosque de niebla y, al reencontrarse con la naturaleza, observar los matorrales y las hierbas, los árboles, los yarumos que se ven blancos a lo lejos y el envés de sus hojas es oscuro. Octavio deseaba tomar algunas fotografías a los guaduales, que como islas reverdecen los potreros del Quindío, en especial las grandes matas cercanas al río La Vieja, que siempre habían cautivado su sensibilidad.

Adriana había nacido en Sevilla (Valle), también un municipio cubierto por la neblina, y sus experiencias de niña y de adolescente estaban marcadas por la impronta de esos grises, y las escenas de la vida rural. Los padres de Adriana se vinieron a vivir a Cali cuando ella tenía catorce años, y hacía siete vivían en Cali. La impresión de los cafetales, cubiertos de guamos; la sombra de los platanales y las matas de banano, con sus inmensos y gruesos racimos eran sus vivencias; las ardillas, los azulejos, las mirilas, las azomas. Había un recuerdo que constantemente reaparecía al pensar en esa época; era de una mata de bromelia que crecía en la alta rama de un añoso aguacate, de la que se levantaba, erecta, de un color rojo, una flor que los campesinos llamaban trenza. Adriana recordaba que se enamoró de esa mata, y le pidió a su papá que se la regalara. Por esos días apenas sería una chiquilla de 7 años. Su padre no accedió; dijo que allí en la rama estaba bien y podía ir a verla cuando quisiera; pero una tarde uno de los trabajadores que ayudaban en las labores de la finca le regaló una, no tan grande como la del viejo aguacate, pero sí muy bonita, que colocó en un guásimo cercano a la casa, que estaba a las afueras del pueblo. No llegó nunca a explicarse el por qué de su atracción por esa epífita, y mucho menos de su deseo de ir a la verla cada que se acordaba o pasaba por allí, en las caminadas con sus padres o con sus hermanos.

A las dos de la tarde estaban echándole gasolina a “Sisífo”, como Octavio llamaba a su campero, pasaron por Mulaló. En el

Portachuelo de Vije un alud de piedras se había desprendido de lo alto del corte de la carretera y obstruía la vía; había paso restringido. Los operarios daban paso a las largas filas que se hacían en ambos sentidos. Siguieron a Yotoco, a Media Canoa; abandonaron la carretera Panorama y, en Buga, tomaron la carretera central. Cuando iban por San Pedro se desató un aguacero que no amainó hasta pasar Andalucía, donde pararon para tomarse un café y comprar gelatina. La lluvia hizo que la marcha se tornara lenta; al pasar por el puente sobre el río La Vieja, llovía, y la oscuridad llegó inesperadamente. Las luces de los vehículos los cansaban. Se alojaron en una antigua casona, conocida por Octavio, a las afueras de Armenia.

Aunque Octavio y Adriana se conocían hacía algún tiempo, y en la Universidad y en las reuniones de amigos se trataban, era la primera vez que compartían un fin de semana. Era un encuentro deseado; querían hacerlo especial. Ella miraba con simpatía y él había encontrado en Adriana ese algo, indefinido, que le hacía desear su proximidad y gozar de su presencia. Las pequeñas cosas que hacían cuando estaban juntos, los hacían felices; preparaban spaguettis con salsa de tomate; café para acompañar sus horas de estudio, o cuando Octavio preparaba sus clases de filosofía y ella estudiaba solfeo.

La casa en la que se habían hospedado era típica, de dos plantas; en la parte de abajo funcionaban las oficinas de una hacienda ganadera, y las habitaciones de la familia propietaria, una viuda con dos hijos, ya mayores; y en la parte de arriba, con acceso independiente desde la calle, tenía tres habitaciones, cada una con un baño privado, y una amplia sala de recibo común. A Octavio le gustaba ir allí, por su ambiente familiar y los precios cómodos. La habitación que la señora les asignó fue la misma que había dispuesto para él en otras oportunidades; tenía una ventana mediana, que daba sobre el patio interior donde se podía apreciar un naranjo cargado, cuyos frutos amarillos, contrastaban con el verde de las hojas; algunas pequeñas orquídeas delicadas, blancas con delicados tonos amarillos, crecían sobre sus ramas pobladas de musgos.

Acordaron con la señora una comida ligera, que les subió a una mesa en el recibidor, donde estaba el único televisor a servicio de los usuarios. La señora esperaba comprar pronto otros televisores para poner uno en cada habitación. Les ofreció un caldo de pastas y un plato seco, consistente en carne molida, arroz, y tajadas maduras; un vaso de leche, queso y arequipe. La señora sabía que al profesor le gustaba una ración pequeña, lo que al uso de la región seguía siendo abundante para él, pero no excesivo.

Salieron a caminar, entrelazados, pasando cada uno el brazo sobre la cintura del otro, sintiendo el calor de sus cuerpos, y disfrutando del viento fresco sobre la cara; los charcos desmotivaban hacer una caminata más larga, entraron a una tienda y, de pie ante el mostrador, Octavio se tomó un ron viejo de Caldas, del que Adriana apenas si dio una probadita. Él compró una caneca y emprendieron el regreso.

Se despertó antes del amanecer, y se puso a contemplar a Adriana; delicadamente le dio un beso en el cuello, otro en la espalda, y cuando besaba su frente, tan levemente que creía que lo notaría, ella dirigió sus labios hacia él, y se besaron. De nuevo se abrazaron, y él sintió su aroma abriéndose como una flor, tibia y sensual, presente en la caricia que fecunda el encuentro de otros encuentros que traerán nuevas caricias para que crezca la dicha.

Fueron donde Jaime y Martha, y su linda hijita Laura, queridos amigos de Octavio, quienes los invitaron al Mirador, en las afueras de Salento. Mirando desde el Balcón de Dios, en el Valle de Cocora, abrazaban la dicha al abrazarse. Algo había cambiado al universo; una nueva fuerza, cálida y sutil, les renovaba la confianza en los días, y daba entusiasmo a su joven corazón. Mas ocurrió que pese a las acostumbradas previsiones de Octavio este olvidó cambiar el carrete de la cámara fotográfica, y le fue imposible allí, conseguir un rollo. Lo vieron mirar el paisaje embelesado como si tratara de fijarlo indeleblemente en su alma.

Subía y bajaba la mirada, columbraba la distancia, la pasaba por el río y la dilataba en el aire que parecía hacerse verde y diluirse en azul, en transparencia, deshacerse en el instante. Todo fue solo un parpadeo: hubiese querido retener el momento en la fotografía, pero debía consultar la memoria para llamar al regocijo de ese instante sublime.

Al regresar, en casa de sus amigos, Jaime les regaló una acuarela del Valle del Cocora, pintada por Antonio. La litografía le caló en lo más profundo de su ser.

Octavio esa noche escribió en su diario con entusiasmo: “Con timidez y reverencia me asomé al Balcón de Dios y divisé el Valle del Cocora. El cielo estaba despejado y un tenue azul se extendía a lo lejos en medio de dos franjas blancas, de las cuales la más baja parecía reposar, suavemente, en el horizonte, sobre el perfil de las verdes montañas. Fue en Salento; ahora estoy en el cuadro de Antonio; su vívida acuarela aun tomando la humedad del ambiente para diluir los colores del paisaje; el camino colorado que bordea el pie de loma; el claro río corriendo entre las piedras; el valle poblado de árboles frondosos entre los que se empinan las esbeltas palmas de cera; las blancas casas campesinas con sus rojos techos de teja; y esa luz que, viniendo del sol, roza, acaricia, penetra la tierra fecundándola, haciendo, sosteniendo la vida, en un bello contraste de claridades y de sombras, como lo hace la mano del pintor.

Desde la altura de la montaña, en este privilegiado balcón al que me habían invitado los amigos, todo mi ser se extasiaba, emocionado contemplando tanta belleza, ante la impronta. Imaginaba caminar por el sendero rojo; entrar al río Quindío, hundir mis manos en la corriente, sentir su fuerza, beber el agua, escuchar su rumor; detenerme a mirar cada piedra, las hierbas de la orilla; pasear entre los bosquecillos que a trechos se forman en su campo; escuchar el canto familiar del pinche, el melodioso tema de la mirla embarradora, conversar con sus gentes, entrar de lleno en el cuadro, en el paisaje.

No sabía cuánta hermosura me esperaba en este recóndito lugar, y respiraba profundo, columbrando la acogedora hondonada. Había algo más que no lograba identificar, ni definir. A pesar de los contornos precisos del valle, la impresión que me producía iba más allá de los límites geográficos, como si en él se concentrase una fuerza telúrica, un contacto de la tierra con las dimensiones infinitas del cosmos. No era solo una belleza bucólica y rural, sino una remisión al misterio del universo, en esos contrastes del sol cayendo sobre el humus.

Los dos pintores, el sol y el artista, son uno solo; el papel y el valle, la misma extensión, por donde pasa el río; donde Antonio humedece el pincel que en su paleta toma el rojo de las tejas, el blanco del carburo de las paredes de las casas campesinas, el aire transparente que permite ver la creación, el cuadro, los tonos y matices de la madre naturaleza.

Además están la neblina, los yarumos, el viento fresco; la palabra cordial, reveladora de Jaime que nombra lo esencial de los seres, enseñando la aceptación de su destino, con la confianza que esa misma fuerza que hace al paisaje, no desampara.

Allí, en ese balcón de Salento, sobre el Valle del Cocora, sentí la presencia de Taodi en cada cosa, en cada hoja de ese verde cuadro; en el rayo de luz que retoca la rama, la palma, la hierbecilla, la gota de agua, la montaña, la transparencia del aire; la palabra que inclina el follaje entregado a la ruta del viento; y mi alma se regocijó con esta comunión con el paisaje”.

Un letrero anunciaba al “Hotel Campestre” a las afueras del pueblo. Más que hotel, parecía la casa de una parcela campesina. Para llegar a él había que pasar junto a una hilera de árboles en los que se había pegado varias cuerdas de alambre de púa, para dividir el cafetal de la manga de entrada. El cerco se prolongaba más allá de la casa, hasta unirse con la propiedad contigua.

“Hotel Campestre”; el letrero estaba en una valla alta, que cubría el tanque de agua para el abasto de la casa. El logo era

agradable, reproducían la entrada, en cuya elaboración se había esmerado el artista, haciendo una romántica viñeta, dándole al lugar una connotación de paz, tranquilidad y naturaleza. Avanzaron unos ochenta metros y, al sentirlos, los perros salieron ladrando. Adriana se preocupó y se incorporó en su asiento, atenta; subió el vidrio; puso seguro. Octavio avanzó. Los perros dejaron de ladrar. Unos gansos que se encontraban echados a la entrada, se hicieron al lado contrario de los perros. Octavio estacionó el campero al frente de la edificación, y los perros olieron las llantas; el macho se orinó en la llanta delantera izquierda. Adriana tenía miedo.

–Buenas tardes –saludó el propietario.

–Buenas tardes –contestó Octavio.

Un niño, de aproximados dos años, se asomó y tras él su hermanita mayor, tomándolo de un brazo.

–Jacinto, no se salga -le ordenó.

Tras ella apareció la madre, mujer de aproximados 35 años, que aparentaba ser mayor, con el delantal recogido entre las manos, y una sonrisa acogedora.

–¿Tiene habitación disponible? –preguntó Octavio.

–Sí, sigan –contestó el señor.

Adriana le pidió a Octavio que le preguntara al señor si los perros eran bravos.

–Son mansitos; no hacen nada –respondió el señor al oírla, antes de que Octavio pudiera decirle algo. A lo que Adriana le contestó: “No creo, señor; si fueran mansos no los tendría para que le cuidaran”.

–Son para avisar.

–¿Por qué no los coge?

–¿Ya mordieron? –bromeó Octavio.

–No; Octavio sin bromas –protestó ella. Cójalos, señor.

–Con mucho gusto, “Tyson”, “Katanako”, vengan.

Tyson fue; Katanako se escondió; se fue a un lado de la casa, cerca de una mata de borrachero.

–Con esos nombres, tienen que morder... –dijo Adriana.

El señor le indicó a Octavio que estacionara el jeep bajo un cobertizo de zinc, levantado en guadua, cerca de una ramada, y en el que había capacidad para guardar unos cinco vehículos.

Cuando el hotelero amarró a Katanako, Adriana se bajó.

La manga y el cafetal formaban dos cuadrados de dimensiones semejantes, y, en la manga que rodeaba la casa, pastaban dos vacas holstein, destinadas al ordeño.

El hotel era una casa típica del Quindío con sus puertas verdes, los barandales anaranjados, y una explosión de matas florecidas en un abigarrado jardín, al lado y lado de la entrada principal.

Un profesor de la Universidad se las había recomendado, y fue así como Octavio le propuso a Adriana que pernoctaran allí. La idea le agradó a Adriana. En el hotel había una pareja de geógrafos alemanes que saldrían temprano al Parque de los Nevados, por una ruta poco conocida, para lo cual estaban esperando el guía. En ese momento no se encontraban en el hotel, estaban conociendo La Posada Alemana, en el Alto del Roble, entre Armenia y Pereira.

La señora los acompañó a la habitación, les mostró las camas recién tendidas; les enseñó el surtido de la nevera, les entregó las llaves y se puso a su disposición. Como la comida era de la casa, les pidió que le ordenaran el pedido antes de las 7 p.m., que a las 8 cerraban el servicio de comedor. Decidieron recostarse unos minutos, antes de salir a dar un paseo a la portada. Adriana recorrió la cortina y abrió la ventana, la cual estaba protegida por un anjeo. Un aire fresco y húmedo entró a la habitación. El atardecer era azul, y sobre el cafetal, que se divisaba desde la ventana, se veía pasar la neblina impulsada por un vientecillo agradable y sostenido.

Al salir le indicaron a la señora lo que deseaban comer. Convinieron que estarían en el comedor a las 7:30. Pasaron el jardín de la entrada, los gansos se apartaron graznando y haciendo esos ruidos apausados y graves que suelen hacer cuando descansan; Tyson y Katanako estaban amarrados. Los terneros apartados se encontraban en la ramada, y no cesaban de llamar a sus madres con sus berridos, ni éstas de contestarles, con unos mugidos roncós y viscerales, que les recordaban su presencia. El bombillo del tanque, alumbraba el camino hacia la portada, a veces iluminada por los destellos de los vehículos que pasaban en ambos sentidos de la vía. Octavio y Adriana caminaban tranquilos disfrutando de las primeras horas de la noche, escuchando los grillos, el canto de las ranas cerca al beneficiadero del café y viendo las luciérnagas prenderse y apagarse.

–Mee, mee, mee.

–Muu, muu, muu.

El diálogo de los terneros y las vacas, era constante.

A la hora convenida fueron a comer.

Ya en la habitación, Adriana sacó una botella de ron y fue a pedirle a la señora un par de vasos de cristal, con hielo. Después

de tomar un par de tragos volvieron a salir. No era solo la noche; era su propia espera.

Adriana estaba contra la pared de la portada, atractiva. Octavio le abrió la chaqueta, e introdujo su mano bajo la blusa acariciando la redondez de su seno derecho. Adriana sonrió complacida. Octavio en la penumbra se encontró con sus ojos inquietos.

–Tengo miedo de que el perro se escape.

Octavio retiró suavemente la mano sintiendo la tibieza de su pecho.

–Vamos a la habitación –propuso.

Un aroma a humedad y a montaña envolvía al ambiente, en el que dominaba, cerca de la portada, un olor a jazmín; y por la ramada, el olor a majada que tienen los establos.

Respiraban profundo, a gusto, ese olor a campo. Venían entrelazados, con sus brazos en la cintura. Vieron un animal que corrió del cafetal al beneficiadero; los perros se inquietaron.

–Tal vez una chucha –dijo Octavio. Huele fuerte.

–Mejor entrémonos ya.

La puerta del jardín chirrió; los perros ladraron. Don Fernando salió.

–Buenas noches –les dijo.

–Buenas –contestaron.

–A las 9 sale la luna...

–Estaba pendiente.

–¿A qué horas quiere que los despierte?

–No se preocupe –dijo Octavio.

–Buenas noches; cualquier cosa, me avisan.

Un ratoncito correteó por el corredor pero ninguno lo vio; se escondió en un rincón.

Ella sentía el llamado en su sangre; estaba cariñosa. Él lo advirtió. Octavio se asomó a la ventana y descubrió a la luna. Adriana puso cubitos de hielo en los vasos y él sirvió el ron y una pequeña cantidad de coca-cola. Los ruidos de los últimos quehaceres de la casa fueron disminuyendo hasta que todo quedó en silencio, excepto el zumbido de los carros al pasar veloces, y el canto de los grillos. De vez en cuando se oía el coro creciente de los sapos. Era como si la naturaleza los rodeara y acompañara, de la lucha y amargo de la vida, a la entrega amorosa que restaña las heridas y da gozo a nuestro ser.

DEL OTRO MUNDO. Kaoru llamó a Mita y le contó lo sucedido en la cafetería del Bambú. Esa fue una conversación larga, llena de precesiones y matices sobre la reacción de Sagmi. Sagmi tenía sus motivos para actuar así, sus fantasmas nacionales y familiares, pero definitivamente estos son otros tiempos. Pero otro tema motivaba a Kaoru; los dichos y giros del lenguaje que llamaban la atención de Mita.

–Te tengo unos muy buenos.

–A ver, marica, decí...

–Para comenzar, como te parece “matar el tiempo”.

–No, pues, buenísimo.

–Claro, hermana; además es el tiempo el que lo mata a uno...

–Soltate otro...

–Del mismo estilo: “recogiendo los pasos...”

–Sí, igual; eso es imposible.

–Eso dicen; lo que pasa es que él que está recogiendo los pasos, ya va por el camino “del otro mundo...”.

Alma rió.

–Otro muy sencillo “dejar volar a la imaginación”.

–¿Realmente qué quiere decir?

–Vagar, divagar ¿...?

–Crear, soñar, idear, pensar...

–¿Cómo te parece, “palo de agua”?

–Excelente. Te ha rendido...

–Fue que me dejaste iniciada...

–¿Y a vos cómo te parece éste? “Lo tengo en la punta de la lengua”.

–Eso si que lo dice uno; con tanto olvido...

–Es lo que los poetas llaman: “El dolor de nombrar...”.

Llamaron a Alma. Era la tía diciéndole que necesitaba el teléfono.

–Vé...

–Apuráte que mi tía tiene que hacer una llamada.

–Prestále el celular.

–No, no tengo minutos.

–¿Cómo así? Tan joven y sin minutos...

Alma sonrió.

–No pendeja; es que ella va a viajar y necesita hacer una llamada.

–Entonces, ¿cuelgo?

–No, decime alguno más.

–Sabes ¿qué?

–¿Qué?

–Mejor te los digo, y después hablamos.

–Listo.

–“Se me luenga la traba”; “meterse en camisa de once varas”; “tener todo el tiempo del mundo”; “irse volando”; “no decir ni mú”; “verse a gatas”; “contra la voluntad del río”; “palo de agua”; “tiene ganas de salir el sol”; “tomar el sol”; “despertar la mañana”; “morir la tarde”; “parar bolas”; “para donde va el mundo”; “éste ha sido un día muy loco”.

–¡Esperate! Apenas estoy principiando a copiar “palo de agua”.

–“Se mejoró el teléfono”.

–Bueno, chao. Ahorita te llamo, que me están azarando.

La tía Manuela le dijo:

–Mita apúrese, que el teléfono no es para hacer visitas.

–¿No entiende tía que soy joven, mujer, y necesito hablar...?

–Es que se le va la mano...

–¿Cómo así? A veces me irrita que... Vé, es...

–No, no; no vamos a discutir por tonterías.

NISSEI KAN*

–Hola, Hiro.

–Hola, Hoichi.

–¿Qué haces?

–Voy a consultar unas revistas.

–¿Vos?

–Espero a Kaoru.

–¿Qué van a hacer?

–A buscar información sobre la colonia.

–¿Cuál colonia?

–La Japonesa, querido “Nissei-kan...”

–¡Ah! Verdad que está cumpliendo 75 años.

–Hola –dijo Kaoru.

–¿Y no es mejor en la Asociación, con Blanca Kuratomi? Ella tiene mucho material, fotos, cartas, documentos, notas –opinó Hiroshi.

–Pues, sí.

–Yo tengo el teléfono.

–¿Qué es lo tuyo? –preguntó Hoichi.

* Término japonés para designar a los hijos de los inmigrantes.

–Ni que nos hubiéramos puesto de acuerdo.

–¿Por qué?

–Mi trabajo es sobre el haikú.

–En la biblioteca hay material.

–Sí; ya he fotocopiado varios libros y sacado algunas notas – confirmó Hiroshi.

–Está el libro del profesor Juan Manuel Cuartas.

–Blanco, rojo, negro –precisó Hiroshi.

–Trae buena bibliografía –dijo Hoichi.

–Yo tengo algunos libros –dijo Kaoru.

–Pasámelos.

–Cuando querás.

Los estudiantes dejaron sus maletines a la entrada y Kaoru, su mochila, y entraron a la biblioteca central, pero algo había perturbado el ambiente; alguien había hurtado el estilógrafo de una joven que lo había dejado sobre la mesa, para pasar a la de enseguida a charlar con una amiga.

–Busque bien –dijo una de las empleadas.

–Ya busqué.

–Puede estar en el suelo.

–Ya miré.

–¿Entre los cuadernos?

–Ya los revisé.

–¿En cuál cuaderno estaba copiando? –concretó la empleada.

–En éste; vea: no hay nada –dijo enfática.

–Puede estar entre el libro.

–Tampoco ¡Mire! –dijo contrariada y triste.

–Busquemos por el suelo; puede haberse caído.

–Fue lo primero que hice.

–Lo pueden haber llevado al lugar de los objetos perdidos.

–No me crea tan pendeja –dijo con fastidio.

–¿Entonces?

–Pues se lo robaron ¡Ladrones de mierda! ¡Maricas!

–Sí, hija –dijo su amiga.

Los estudiantes presenciaron la escena y siguieron en sus consultas, mientras en la víctima del hurto, crecía la rabia. En las paredes de la biblioteca afiches con distintos motivos invitaban a que los usuarios guardaran silencio; numerosos plegables de la campaña del silencio en la biblioteca Mario Carvajal, se encontraban sobre las mesas. Dos mimos en el afiche invitaban al silencio. El afiche decía: “El silencio no es vacío, no es ausencia... Es simplemente el momento idóneo para aprender, reflexionar y dejar que la imaginación se fortalezca”. En otro afiche se leía: “No al ruido... por un buen ambiente en la biblioteca”; en otro: “La biblioteca es nuestro lugar de lectura, de estudio, de investigación

y, en ocasiones, es un simple lugar de descanso y encuentro consigo mismo. ¡Ayudanos a evitar el ruido”.

Inquieta por el alboroto una funcionaria de la Vicerrectoría Académica se acercó al corrillo y pidió silencio, señalando con el índice el afiche.

–Ve ésta –dijo irritada la afectada.

–¿Qué estilógrafo era? –preguntó su amiga.

–El de mi papá; ni le sé la marca.

–Más tetuda vos que te ponés a traer esos lujos aquí; estas son tierras para el kilométrico, mija.

–Pues sí, me pasó por güevona –se resignó.

Fastidiadas por la presencia de la funcionaria que les pedía que no hicieran ruido, resolvieron dejar la biblioteca. Mientras reclamaban sus mochilas se encontraron con Octavio, quien también esperaba que le devolvieran su maletín.

–Quiubo, profe.

–¿Qué les pasó?

–Le robaron el estilógrafo a Margarita –dijo Joana.

–¡Esos maricas! Era de mi papá; así, como el suyo, profe... –dijo Margarita.

Octavio hizo un gesto de solidaridad, y dijo:

–¡Qué vaina!, ¿no?

–¡Pobre marica! –dijo Margarita. Ni sabrá escribir con pluma, ese desechable.

–Lo siento.

–Gracias, profe.

Numerosos estudiantes estaban sentados en las escaleras de acceso a la biblioteca, y aunque el día había amanecido fresco, a las once de la mañana el sol caía fuerte; los estudiantes se habían quitado sus chaquetas y sus sweters, los cuales, junto con sus libros, maletines y mochilas, formaban un abigarrado y colorido conjunto que daba vida a la universidad.

Pasadas las doce salieron Kaoru y Hoichi. Después, iban a llamar a Blanca a la Asociación; querían saber detalles sobre la venida de Yuzo Takeshima, del Japón a Colombia, a la vereda El Jagual, en el Municipio de Corinto, en el Departamento del Cauca. Ellos sabían, por tradición, que Yuzo había estudiado idiomas en Tokio, y había traducido al Japonés la novela “María”, de Jorge Isaacs. Kaoru y Hoichi estaban decididos a convertir ese trabajo de clase en una respuesta personal. También sabían que la lectura de la novela “con su fondo idílico y las descripciones de su hermoso valle, siempre verde y su clima excepcional”, lo había cautivado a él y a cuatro compañeros más, igualmente románticos, y tanto o más valerosos, como cuentan las crónicas. Sabían que ello había ocurrido a principio de los años 20. Querían precisar detalles.

–Quiubo, Hiro, ¿cómo te fué?

–Encontré cosas chéveres.

–¿Qué, mano? –preguntó Hoichi.

–Vainas de Octavio Paz, de Borges, y de la Universidad de Antioquia sobre Basho y sus discípulos.

–Habláte con Malatesta, que tiene buena bibliografía; ¿y el libro que te dije?

–¿El de Cuartas?

–Sí.

–Ahí lo estuve hojeando.

–Mirá; oí decir que para la Feria del Libro, la Universidad va a publicar un libro sobre los poetas del haikú; habláte con el Decano.

–Ustedes, ¿qué?

–A buscar a la gente de la Asociación y a Gonzalo España que va a publicar, también, para la feria, un libro que tiene que ver con estos temas.

El libro se llama “El Japonés que amó a La María”, del profesor Gonzalo España. Coincidentalmente tenían temas afines. La primera inmigración japonesa llegó al puerto de Buenaventura el 30 de junio de 1923*, y tanto Hiroshi, Hoichi y Kaoru eran descendientes directos de los primeros inmigrantes, y aunque sus familias inicialmente habían vivido en El Jagual, luego se radicaron en Corinto, Florida, Pradera, Palmira y Cali; en realidad los descendientes de la primera inmigración, como los de la segunda, ocurrida el 16 de noviembre de 1929, y de la tercera y última, que tuvo lugar el 26 de octubre de 1935, se esparcieron por todo el Valle del Cauca, y hoy es común encontrar sus apellidos presentes en las familias del Valle, totalmente integrados. Aun con edades aproximadas, Hoichi era tercera generación, mientras que Hiroshi y Kaoru, pertenecían a la cuarta. Hoichi y Kaoru mostraban mucho más interés por la historia que sus propios padres. Los viejos ya murieron, y a los que viven, quienes llegaron pequeñitos, les gusta recordar los temas de sus mayores, y reunirse, recordar historias, hablar de la amada isla de Kyoshu, de las prefecturas de Fukuoka, de Yamaguchi y de Fukushima.

* Datos tomados por Hoichi de la Revista Occidental que se publica en Cali.

La colonia japonesa se encuentra integrada a la vida nacional; los hijos de los inmigrantes cultivan las tierras que fueron de sus padres, muchos cultivan la caña de azúcar, pues por la inseguridad en el campo han tenido que dejar el cultivo de granos, pero algunos continúan sembrando soya, sorgo, algodón; otros son profesionales de la medicina, de las ingenierías, de la odontología, de la economía, o son profesores universitarios, y ejercen particularmente, y en empresas colombianas y japonesas. Otros por falta de oportunidades han repetido la historia de sus mayores, al revés, retornando a la tierra de sus ancestros.

El calor aumentaba; Kaoru se levantó , se amarró el sweter a la cintura; Hoichi, también se levantó, despreciándose placenteramente, levantando los dos brazos y suspirando.

–¿Ya te vas? –preguntó Hoichi a Hiroshi.

–Paso por idiomas.

–Ah –dijo Hoichi, entendiendo que se separaba.

–¿Nos vamos? –dijo Kaoru.

–Bueno –dijo Hoichi.

–Chao –dijo Hiroshi.

–Chao, nos vemos.

Al bajar las gradas Hoichi pasó su brazo por la cintura de Kaoru, y dejó su mano izquierda bajo su camiseta; sintió su piel tibia y dulce, agradable, a la caricia acostumbrada.

En la pared occidental de la biblioteca central, que da al Museo Arqueológico Julio César Cubillos, había un grafiti dedicado a los perros; se veían varios perros de diferentes razas pintados de una manera sugestiva, que despertaba simpatía por los canes: “Dime que has hecho tu por ellos”. Firmaba, La Sociedad Protectora de

Animales. Este graffitti llamó la atención de Luis Castro, el jardinero, quien vivía copiando graffitis y consignas de los muros, afiches, y propaganda que hacían los universitarios. El jardinero había reunido a lo largo de los años una buena cantidad de estas expresiones, e incluso había anotado otras más desvergonzadas y atrevidas que dejaban en los baños. Luis escribía también, y lo suyo tenía ese mismo tono directo, desafiante y sentencioso de los muros. En horas de descanso cuando no repasaba sus apuntes tallaba alguna figura en madera. Hoichi y Kaoru lo vieron frente al graffitti, lo saludaron, y él contestó sonriente:

–También tienen quien se ocupe de ellos ¿no?

Iban contentos, tomaron por el Departamento de Idiomas, y siguieron rumbo a la autopista, pasando bajo las sombras y el ambiente de los chambimbos, de los algarrobos, chiminangos, guamos, palmas africanas, mangos, ceibas, guásimos, leucadenas y guayabos. El calor del medio día hacía reunir a los estudiantes en las cafeterías, y a las aves recogerse entre los follajes de los árboles. En el bus Kaoru puso su cabeza en el hombro de su amigo y se abandonó al cambiante ritmo del viaje.

EL GUADUAL ENCANTADO. El lunes siguiente era festivo, movido de nuevo por el deseo de ver el verde de los guaduales y caminar por la región, Octavio quiso visitar a Virgilio y a su familia, caminar los senderos, de la vereda. Invitó a Adriana –a Araña, como le decía-, para que lo acompañara el fin de semana, y Araña –o Arañita-, estuvo complacida, aunque apenada pensando que sería la primera vez que, ante personas amigas, asumía su posición de compañera, al compartir la habitación con Octavio. Ésta era una situación nueva que le preocupaba; no sabía qué dispondría la dueña de la casa; pensó que tal vez les darían cuartos separados. Los anfitriones no se ocuparon de esos detalles y les ofrecieron la habitación de los huéspedes. Llegaron cuando las gallinas comenzaban a subirse al árbol, y el lucero puntual, pisaba la línea en que el día se separa de la noche. Adriana reflejó cierto pudor y vergüenza, que le fue pasando, cuando, avanzando la noche frente a un juego de parqués, y unos cuantos aguardientes, todos se sentían a gusto, animados y contentos.

Fue alrededor de las cinco de la tarde del día siguiente, que los muchachos quisieron salir a caminar por los potreros de las lomas de la “Hacienda Llama” hasta llegar a la casa y los corrales. A los sobrinos de Virgilio y Esneda les gusta ir a “La Cabaña”, y disfrutaban en sus juegos y aventuras. Tienen diferentes edades y van, desde los más pequeños, incluso de nido, hasta los adolescentes, llenos de impulsos por conocer el mundo y vivir sus “propias” experiencias.

Julio pasó con sus calores sofocantes; Agosto le sucedió meciendo las cometas en el viento; Septiembre había traído el canto de las mirlas que aman el invierno y hacen sus nidos de barro; no faltaban las lluvias, los aguaceros, los repentinos chubascos.

Adelante iban Octavio y Adriana; a un lado, Wendy, que sin mirar los esperaba; atrás venía Virgilio llevando de la mano a Aura María; más atrás Esneda y una amiga; y separados a un lado, más arriba en la montaña, iba Aníbal, maestro de escuela, con

Daniela y el grueso de la muchachada. Pasando la loma descubrieron una hondonada por la que corre una quebrada, y desde una depresión de suave declive divisaban la montaña del frente cubierta de árboles nativos. Aníbal, gritó:

–Eco, eco...

–Eco, eco... –contestó la montaña.

La chiquillada del paseo quedó admirada de este fenómeno y cada uno de los muchachos comenzó a decir “Eco, eco...”, y la montaña a responder: “Eco, eco...”. Al juego del uno seguía el juego del otro, y el eco siempre devolviendo sus palabras: “Daniela, Danieeellaaa...”, “Auraa Maríaaa, Auraa Marííaa...”; “Sebastiáaann, Sebastiáaann”.

Vieron que, por el camino de la puerta azul de zinc, que divide los potreros, por la que tenían que pasar, en el alto de la loma, descendía una mujer alta, delgada, muy blanca, de pelo negro, vestida con una falda verde oliva y blusa amarilla que parecía confundirse con el pasto; enseguida surgió cerca, se distrajeron en sus juegos y, cuando esperaban verla salir de un pliegue de la ondulación de la falda de la montaña, ya había pasado. Esa mujer que se robaba los colores del campo, de tonos suaves, beige, verdosos y amarillos, sobre la acuarela cálida de los tonos de los potreros, cuyo pelo recogido en forma de cola de caballo parecía la crin la una yegua, caminaba bajo el arco iris, confundiéndose en el verde del paisaje.

El profesor se quedó mirándola: la vio salir a la carretera y desaparecer entre el gradual, por las vueltas del Valle del Dorado, cerca a la casa.

Todo parecía normal, pero el profesor, que era observador y curioso, les preguntó:

–¿Quién vio a la señora de negro?

La mayoría contestó que la había visto.

–¿Están seguros?

–Claro, como saber que estamos de día.

–Éste sí esta bien claro –comentó el profesor.

–¿Quién más está seguro?

La mayoría contestó que estaba segura.

–Les digo que ahora va a llover, pero para que no digan que yo me invento las cosas, quiero que cualquiera de ustedes me muestre una huella de las pisadas que haya dejado la señora que pasó; antes de que llueva, para que no digan que el aguacero las borró.

–Yo, profesor.

–Yo, profesor.

–Yo.

Todos corrieron atropelladamente, en busca del camino que lleva a la puerta azul; la abrieron, pasaron, regresaron, buscaron y no encontraron ningún rastro.

–¿Qué pasó? –preguntó el profesor.

–Seguro iba por el pasto.

–Puede ser.

–No, profe; fíjese que aquí está esta huella...- dijo Alfredo.

Aníbal se acercó a ver el punto indicado por el niño, y no vio nada parecido a un rastro; ¿era la imaginación de Alfredito?

–¿Iba descalza o con zapatos? –preguntó Daniela.

–Con zapatos –opinó un muchacho.

–No, descalza –dijo otro.

–Ya nadie anda descalzo, duele mucho; todo el mundo tiene para comprar un par de zapatos –opinó Daniela.

–O iba por el potrero –insinuó Aníbal, retomando la explicación del primer niño.

–¿Y esta huella? –preguntó Alfredo.

–Esa es de un ternero; fíjese que tiene pezuñas –observó Aníbal.

–¿Y si la señora tiene pezuñas? –dijo otro niño.

–Bueno, eso si está mejor –aprobó Aníbal.

Comenzó a lloviznar, a lo lejos se divisaba un arco iris que pasaba sobre ellos, cuyo extremo se hundía en el guadual, al lado del camino.

–Cuando llueve y hace sol, suceden cosas raras; salen los espíritus, los duendes, los fantasmas –afirmó con tono misterioso Aníbal.

–Y por las noches Las Ánimas –dijo una de las niñas mayores. Van vestidas de blanco, en fila india, por los caminos.

Las gotas se hicieron más gruesas, anunciando en breve un aguacero; el arco iris comenzó a difuminarse. Los muchachos rodeaban al profesor. Wendy estaba parada al lado de Octavio y Adriana; Virgilio y la niña, los alcanzaron. Enseguida llegaron los muchachos contando que habían visto una mujer que al caminar no dejaba huella en la tierra; que Aníbal había dicho que cuando

llueve y hace sol, salen los duendes y los fantasmas. Comenzaban a ponerse ansiosos con los comentarios del profesor.

Fabián, uno de los niños dijo, que él, una vez, había visto al Duende; que era un señor bajito, que usaba sombrero, y que se robaba a las niñas a las que nunca les habían cortado el pelo. Todas se llevaron la mano a la cabeza y trataron de recordar cuándo les habían cortado por primera vez el cabello.

La noche tiñó el arco iris, y ocurrió un momento indefinido durante el cual se deshacían en gris, en azul y en negro los colores del ocaso. El profesor miró su reloj, faltaban 10 minutos para la seis, y les dijo a los muchachos:

–Les voy a comentar algo: Este día de sol con lluvia, este día con el arco iris, está muy raro; me parece que en un día como éste debe salir la luna llena.

Wendy dio media vuelta y se dirigió hacia la carretera. El niño que contó que había visto al Duende, dijo:

–Lo que a mí me da más miedo es pasar por el guadual; se oyen ruidos.

–Son las guaguas que rozan unas con otras –dijo Esneda.

–No; se oyen ruidos raros.

–Se oyen quejidos. Gilberto dice que se oye quejar a la Llorona –dijo Sebastián.

–Mejor que sea la Llorona, y no la Patasola, porque la Patasola se come a la gente, hasta a los grandes –dijo Octavio.

–¡Octavio! –le reclamo Adriana.

–Verdad, Adriana; la Patasola, y la Madremonte, son devoradoras
–replicó.

A Adriana también la visitó el miedo.

–La Tunda golpea y aruña; la Viuda Negra, asusta y priva a la gente, al mostrar su calavera; pero la más temible, dicen, es la Patasola.

–Si –dijo Virgilio. Eso nos lo contó Humberto.

Wendy estaba parada, sin mirar atrás, cerca de la curva de la mata de guadua. Las gotas de lluvia cesaron. Entre las últimas luces del día y la oscuridad que principiaba, el cielo se fue iluminando, y apareció la luna.

–¿No les dije, muchachos, que en un día como éste, iba a salir la luna? –dijo el profesor.

Todos se alarmaron al constatar el hecho. Era verdad, había salido la luna; se separaron de él y se hicieron junto a las dos señoras.

–No les meta miedo; no les diga esas cosas –reclamó Esneda.

–Ellos mismos han sido testigos de lo ocurrido; no me he inventado nada.

–No me venga con cuentos.

–Si, es verdad –dijo fríamente Octavio.

–Esneda, yo paso con usted cuando llegemos al guadual –dijo uno de los niños, cogiéndose de la tela de su pantalón.

Fabián le dijo a Virgilio, pasito, para que los demás no lo oyeran:

–Yo, con usted.

Al llegar a la curva, ya Wendy había pasado por el guadual. ¡Uuuu! ¡liii! Se escuchó un ruido grave, que se adelgazaba dentro del guadual, un grito, o un quejido; ¡U, u, u! ¡l, i, i! Los muchachos se intimidaron. Los mayorcitos emprendieron la carrera para pasar por el lugar, y no pararon hasta entrar a la cocina de La Cabaña. Los pequeños se pegaron a los adultos, mirando al profesor con desconfianza.

Las gotas aumentaron, anunciando el aguacero inminente. ¡U, u, u! ¡l, i, i! El ruido volvió a salir del guadual. Esta vez hasta Esneda se atemorizó. Un relámpago rasgó la oscuridad y un trueno ensordecedor retumbó en las montañas. El aguacero comenzó a caer, dando la impresión de que arreciaría.

Al llegar a la casa, Gilberto y Patricia los esperaban en el corredor, y les daban ánimo a los niños. Wendy estaba echada en el kiosko seca y tranquila, como si no le hubiera caído una gota; y los muchachos no lograban calmar su ansiedad. El niño que dijo que había visto el Duende, confesó que era mentira; que él lo había dicho porque sí; y que le pedía perdón por hablar de él; para que no le fuera a hacer daño. Le dieron agua de valeriana y tuvieron que calmarlo.

–Mocosos miedosos –dijo el profesor.

–Te estás pasando -le observó, prudentemente, Virgilio.

–¿Usted qué se cree? ¿De qué se las da? –replicó uno de los chiquillos, furioso por el miedo que les había metido.

–No, mijitos; hay que ser machos –dijo Aníbal, chanceándose.

Todos, hasta los mayores, durmieron esa noche, con la luz prendida. A la hora de acostarse, arreglaban las camas, y vieron varias luces blancas, en fila india que subían a la casa. Danielita que salía del baño dio un grito y corrió en busca de su madre. Las nubes habían ocultado la luna, y esas luces venían oscilando en

la oscuridad. Los muchachos se encerraron; llorando y gritando, en una de las habitaciones, sin hacer ya, caso a los mayores que intentaban calmarlos.

Esneda se puso seria.

–Míre lo que ha hecho ¡No más!

Eran los huaqueros que venían con sus linternas; querían comentarle a Virgilio del hallazgo de una alcarraza en la huaca que estaban abriendo Cholo y Chepe. Aristides estaba con ellos. Querían tomarse un aguardiente para el frío. Gilberto los despidió.

–Jamás lo olvidarán –dijo.

–No más –repitió cortante.

–Mujer, ya vendrán los tediosos días de la realidad; déjelos vivir la infancia.

–No; y no más. ¡Me hace el favor!

Esa noche fue larga y angustiosa, y el profesor, como si nada.

El lunes, el profesor se levantó de primero. Patricia le ofreció un café tinto. Octavio oyó que Aníbal le preguntaba si había visto su estilógrafo.

–¿Cómo es?

–Azul, con tapa dorada –explicó el profesor. Caí en el olvido de no dejarlo en el nochero, aunque no estoy seguro de habérmelo llevado.

–¿Era de oro?

–No.

Octavio, al oírlos, se levantó. Patricia le ofreció un tinto.

–¿Cuántas de azúcar?

–Dos cucharaditas.

Gilberto se les unió también recibiendo su pocillo. Dijo:

–Van a venir los huaqueros.

–A las once vienen para que vayan a ver la huaca. Sacaron una olla muy bonita –dijo Patricia. Tiene figuritas.

–Una alcarraza –precisó Gilberto.

–¡Es más bonita! –reiteró Patricia. Le va a gustar.

–En el museo les dijeron que era una representación chamánica de la dualidad hombre-animal; querían que se las dejaran para sacarle una fotografía, pero a Cholo le dio miedo que se la decomisaran. Se la quiere mostrar a usted. El administrador del museo le dijo que era muy antigua.

Patricia había ido aprendiendo del asunto.

Aníbal desayunó y se fue para el norte del Valle. Los muchachos se despertaron tarde, igual que los mayores, excepto Adriana, que fue a caminar con Octavio. Los huaqueros llegaron ya muy tarde, cuando la familia se aprestaba para regresar a Cali; tenían tufo, tambaleaban, abrazaban a Virgilio y a Octavio, y pensaron que en esas condiciones podrían quebrar la alcarraza; que lo más aconsejable era posponer la visita a la huaca, y acordaron de ver la alcarraza y otras figuras, en 15 días.

LA MINA. A los quince días volvieron como lo habían convenido, para participar en la huaquería. Llegaron, entrando la noche del sábado. Luego de comer, y conversar en el corredor, se acostaron temprano. Octavio al abrir la puerta de la habitación por la mañana se encontró con un día fresco, lluvioso, traspasado de una delicada transparencia gris, azulosa, que le daba un ambiente suave y delicado. Los pájaros que habían estado cantando minutos antes, callaron para guarecerse entre las ramas; alguno cantaba y otro revoloteaba, regocijados de una finísima llovizna suspendida en la luz.

–Buenos días –dijo Patricia.

–Buenos –respondió Octavio.

–Mañana lluviosa.

–Bella.

–¿Quiere un tinto, o va a dar su vuelta, primero?

Patricia conocía sus hábitos. Lo sentía por la noche levantarse y salir al corredor. No comprendía cómo podía pasar tanto tiempo meditando. Le parecía imposible que una persona pudiera conversar tanto tiempo consigo misma; ella se aburría y siempre que se encontraba sola, por alguna circunstancia, se dedicaba a hacer oficio en la cocina, a arreglar las mudas de ropa, o a cuidar las matas.

–Los patrones se van a levantar tarde; anoche se quedaron jugando parques, con las niñas. Usted se acostó temprano, como siempre –dijo Patricia.

–¿Sí?

–Si viera la furia que le dio a esa niñita que vino con ellas, cuando vio que perdió el juego. Ésa sino sabe para qué es el parques.

La llovizna se convirtió en aguacero; el agua escurría por las tejas de eternit, caía sobre una hilera de hortensias blancas, malvas, rosas, anturios y begonias. Patricia llegó con la taza de café. Octavio tomó la taza entre sus manos, sintió su calor, disfrutó del aroma que subía en espirales, y dio el primero sorbo.

–Está rico.

–¿Quiere otra taza?

–Bueno.

Octavio apuró el café y Patricia trajo la olleta de aluminio; llenó de nuevo la taza. Disminuyó la intensidad del aguacero hasta acabarse, y un cálido resplandor se insinuó por el oriente. Patricia le recibió la taza, Octavio se metió el pantalón entre las botas altas de caucho, tomó su bordón de caña menuda, y se dispuso a dar el paseo.

–Ojalá no le llueva.

–No creo; ya vuelvo. Voy por los lados de los Hispanos.

Al abrir la puerta metálica que da sobre la carretera, sonaron las bisagras. Al lado apareció la perrita. Wendy nunca iba junto a él, pero tampoco le dejaba; iba adelante, atrás, o a los lados; siempre, se diría, a una distancia habitual. Wendy perseguía pellares, garzas, pájaros, conejos, se metía en las charcas y reaparecía a la misma distancia; adelante, atrás o a los lados, pero a la distancia acostumbrada. Era pequeña, de color amarillo con grandes manchas blancas, que los campesinos suelen denominar “mariposa”; venía de una ascendencia desconocida, heredera de su propio azar. Incluso su llegada a La Cabaña fue así, espontánea. Wendy corría y desaparecía; se veía doblar los tallos de las plantas junto a las acequias y el agua empozada de los potreros; se le oía ladrar, e inesperadamente, estaba ahí, al lado, parada, sin mirar siquiera, pero consciente de todo,

pendiente. Y Octavio iba distrayéndose con ella, compenetrado con el paisaje, con la grata frescura de la mañana.

En todo estaba Dios; su Dios era Taodi.

En realidad ¿qué lo hacía buscar el campo? La impronta de su infancia era muy fuerte; sus primeras experiencias en la hacienda paterna, aunque no a todos sus hermanos les había pasado lo mismo, por lo menos en el grado de intensidad como en él, repercutía. Tenía una sensación que trascendía las vivencias infantiles y de juventud; sentía, con claridad, que pertenecía a la esencia del Todo, que su ser formaba parte integral de esas montañas.

Llevaba estos pensamientos. Dejó la primera vuelta y descendió hasta la entrada de la Hacienda Llama, subió de nuevo y comenzó a descender por la curva. Wendy salió del gradual, cuyas hojas verdes, suavemente movidas por el viento, amarillaban con el sol que imponía generosamente su luz y quitaba el frío a la mañana, haciendo un clima agradable, propicio a su paseo. Wendy iba adelante. Octavio sonrió para sí, frente al gradual, recordando el susto de los muchachos con el Duende; pasó por los Hispanos, por la tienda frente al campo de fútbol, y Wendy tomó la vía hacia Vijes; Octavio la siguió.

–Adiós –dijo un campesino.

–Adiós –respondió.

El campesino iba limpio, y él recordó lo que decían los mayores; que dejaban su mejor vestido para salir al pueblo los domingos; pero eso era antes, y lo llamaban “el dominguero”... Octavio iba pronunciando los nombres de los árboles que conocía, y gustaba de ver los brotes de los postes de los cercos que anunciaban que el árbol había retoñado, sobrevivido y se había multiplicado; guamos, higueros, jiguas, nacederos, etc. Como a los caballos o a las reses, a Octavio le gustaba rozar su cuerpo contra los árboles, acariciar sus ramas, tocar los arbustos, deslizar sus

manos sobre las hierbas, pasar el dorso de su antebrazo contra la corteza de los árboles, las mejillas contra las plantas, acostarse sobre el oloroso pasto yaraguá. Y Wendy trotando adelante.

Iban así, cuando vio venir en la lejanía a una mujer blanca, delgada, con el pelo muy largo y vestida de negro, corriendo; parecía no tener nada que ver con el campesino que acababa de pasar; siguió por su lado sin sentirse, corriendo, sin prestar atención a las piedras ni a las desigualdades del terreno. Él se impresionó con la frente de la señora, en cuya piel pálida se insinuaba **en las junturas de los huesos**. Wendy estaba inmóvil, mirando al frente, por donde había aparecido la señora; y él, desconcertado, sin apenas tener tiempo de pensar en lo sucedido, vio a la distancia un grupo de personas que traían unas camillas improvisadas en guadua.

Wendy se había detenido a unos veinte metros de distancia, con la cabeza agachada y las orejas caídas. A pocos metros del primer grupo apareció otro más numeroso, tratando de dar alcance al primero; los unos y los otros corrían de manera irregular y las parihuelas se balanceaban bruscamente, de un lado para otro. Cuando el primer grupo se aproximaba, Wendy subió al barranco y Octavio vio que en las camillas traían a dos niños en medio de llantos, gritos y maldiciones. El bus escalera, que había llegado a la tienda, pitó, y el sonido del motor zumbó. Al escucharlo, los campesinos gritaron fuertemente, desesperados por ser oídos. Las dos primeras personas habían logrado llegar. Los demás se esforzaban por llamar su atención con voces estridentes y angustiadas que rompían y rasgaban en pedazos la calma de la mañana. Llegó el segundo grupo en el que venían mujeres con niños de brazos, ancianos y niños pequeños como una avalancha impulsada por el miedo. Otro grupo, al parecer conformado por varias familias vecinas entre sí, venían a caballo por el camino real, y llevaban en mulas sus prendas y objetos personales; entre ellas destacaba una jovencita que montaba muy bien, de maneras delicadas, hija del dueño de una de esas fincas.

–¿Qué pasó? –preguntó a un campesino de rasgos indígenas que venía rezagado.

–Los destrozó una bomba.

Se impresionó con la respuesta y se cohibió de preguntar detalles. Wendy seguía echada en lo alto del barranco, a la orilla de la carretera; tenía la cabeza apoyada sobre sus dos manos blancas. Las orejas sobresalían entre las matas de estrella. Con un movimiento rápido atrapó con la boca un tábano que la molestaba. Se lo tragó.

–¿En dónde ocurrió? –preguntó a otro indígena.

–De la Fresneda pa'riba; por un punto que llama “Altavista...”; por esos lados, creo... yo no sé.

–¿Desde allá vienen a pie?

–Es que tienen la vía bloqueada por un paro armado. El Alto del Piojo está tomado. Hay enfrentamientos entre los paras y la guerrilla. Hay fuego cruzado. Dicen que viene el ejército.

–La cosa es difícil. Va a haber un desplazamiento masivo.

El bus escalera se perdió detrás de la primera vuelta, después de la cancha de fútbol. A pesar del suelo húmedo y rasbaladizo, más rápido que de costumbre.

Octavio decidió regresar. Wendy se le acercó y él le acarició el lomo. La perrita tomó la delantera. Lo esperó en la tienda; allí le dijeron que dos hermanitos habían ido al cafetal buscando leña, y uno pisó una mina antipersonal que le destrozó totalmente el pie derecho, e hirió con las esquirlas, el abdomen de su hermanito; ambos niños estaban muy mal heridos, sangraban profusamente a pesar de los torniquetes, y los rudimentarios primeros auxilios, que les habían prestado. Podrían morir. Wendy se detuvo a oler

una gasa empapada de sangre que se había desprendido del niño menor, de 6 años, herido en el estómago.

–Van muy mal –dijo el dueño de la tienda, sacando unas gallinas kikas, que picoteaban bajo el viejo mostrador de madera.

La mujer delgada, que Octavio había visto inicialmente, apareció en El Crucero, retornando hacia La Fresneda. Eso creyó Octavio. El pelo le caía más abajo de la cintura. Se sintió perturbado; le resultaba un ser extraño, misterioso y liviano; sin peso, flotante.

–¿Quién es esa señora? Es distinta, ¿no le parece?

–Nestor dice que no tiene ombligo; pero lo que pasa es que él es un embustero, y se mantiene diciendo ésto y aquello; no se le puede creer. De ella se dicen muchas cosas. Siempre la he visto sola; nunca habla con nadie. La ven por El Cachimbal, pero no le conocen el rancho.

En la casa vieron a Wendy y supieron que él no tardaría. En la vereda voló la noticia, y el sobrevuelo de la región, por el avión fantasma, preocupó a los moradores. Poco antes de la hora del almuerzo vieron pasar, destino a Restrepo, otro bus escalera totalmente ocupado por familias campesinas con sus pertenencias metidas en maletas, cajas, chuspas, juntamente con muebles, enseres y animales domésticos; se veían niños, estufas, neveras, bultos, cerdos, gallinas, pavos, gansos, conejos, cuyes, entremezclados, apiñados.

En horas de la tarde, vieron avanzar un piquete del ejército, con varios suboficiales que iba a inspeccionar el área. Iban en seis vehículos, acompañados de técnicos antiexplosivos, mientras por el aire un helicóptero “Black Hawk” les daba apoyo. Al llegar los uniformados al Crucero, el grupo especializado entró a un potrero de pasto pangola y, en fila india, se dirigió hasta el lugar indicado por los informantes al batallón de Alta Montaña. Las noticias sobre los niños no eran alentadoras, comentaron los soldados. Esa inspección al lugar tenía como objetivo probar una carretilla

manual, diseñada para protegerse de las minas antipersonales, pues según se informó, algunos campesinos eran auxiliares de los grupos ilegales y habían sido vistos ocultando minas en caletas que tenían camufladas en los potreros, cafetales y cultivos. El helicóptero aterrizó en una terraza donde antes había habido un poblado indígena, y el personal descendió tomando posiciones de combate. A la distancia se oyó el disparo de un franco tirador. Cerca de una canoa de sal, encontraron un balde y en él una bomba. Estaba cubierto con un tronco podrido. El técnico identificó su fabricación y optaron por explotarla de manera controlada. A la distancia respondió una ráfaga de ametralladora y el estruendo de un mortero. El comandante de la tripulación del helicóptero dio la orden de alzar vuelo, y el del piquete terrestre, la de abandonar el lugar. El helicóptero estuvo dando vueltas en el aire, como las aves de rapiña observan a la presa, dando apoyo a los vehículos que salían a la carretera, rumbo a Vijos, mientras ráfagas de ametralladora se sucedían por donde el “Black Hawk” pasaba.

El niño toda la noche estuvo en la clínica llamando ¡mamá! ¡mamá!, con un llanto interminable. El soplo de la muerte quería infectar la herida de la pierna; la herida del ombligo.

La impresión de lo sucedido fue tal que la madre impactada perdió el sentido y permaneció confundida y delirante, y el papá le pidió a los hermanos mayores que acompañaran a los niños. Al día siguiente el periódico dio la noticia con el titular de “Campesinos viven su drama”. En una página interior se describía el diseño del nuevo “arrancamatic”, para agilizar la labor de erradicación manual de coca y amapola, para la protección de los erradicadores. Algo más, cercano a los arrancadores, que en vista del desempleo habían aceptado la suicida misión de desafiar a los grupos ilegales que cuidaban esos cultivos, sembrados de las minas malditas. Las nuevas formas de luchar de los actores ilegales del conflicto, la intensificación de otras, daba lugar a nuevas reacciones y tácticas por parte del Estado; a ello se debía el diseño de este aparato que esperaba generalizar en la serranía de La Macarena.

Los sucesos ocurridos en las montañas, y los sobrevuelos del avión fantasma, crearon una sensación de desasosiego y miedo social, que hizo a Virgilio y a su familia, anticipar el regreso a la ciudad, sin poder dedicarse a la huaquería, posponiendo su deseo de ver la famosa alcarraza “chamánica”, como la habían denominado en el museo. Con ellos salieron Octavio y Adriana.

COMO SÓCRATES. Estacionó a “Sísifo” en el parqueadero de la universidad, bajo la fronda de los altos árboles, y se dirigió al salón de clases. El tema le era grato: se retomaría la lección pronunciada por Karl Popper, con motivo de su investidura como Doctor Honoris Causa por la Universidad Complutense de Madrid. En su clase de filosofía y dentro de su programa se ocupaba de dos autores con particular interés: Ludwig Wittgenstein y Karl Popper. Se detenía en el Diario Filosófico (1914-1916), del primero, y en la Lección de Madrid, del segundo. Octavio consideraba el Diario una excelente ayuda para el estudio de la obra del autor, en particular del Tractatus, tenida como la obra más influyente en el círculo de Viena. Pero si su gusto por este autor era grande, no menos era su simpatía por la disposición socrática de Popper, en la Lección Inaugural; le agradaba citarlo: “..Sócrates estaba en lo cierto, incluso hoy (...). La idea de Sócrates “sólo sé que no sé nada”, es una idea de palpitante actualidad; pienso que aun más que en tiempos de Sócrates. Y tenemos razones, en razón, de la tolerancia, para deducir de la idea de Sócrates aquellas consecuencias éticas que fueron deducidas en sus tiempos, por el propio Sócrates, por Erasmo, Montaigne, Voltaire, Kant y Lessing...”.

Seguía a Popper en la deducción de las consecuencias de su postura; consideraba que tal actitud ética era el fundamento del “diálogo racional”; es decir, de toda discusión encaminada a la búsqueda de la verdad”, y deducía de ello, tres principios: “1) El principio de falibilidad: quizá yo esté equivocado y quizá usted tenga razón, pero, desde luego, ambos podemos estar equivocados; 2) El principio del diálogo racional: queremos críticamente, pero, por supuesto, sin ningún tipo de crítica personal, poner a prueba nuestras razones a favor y en contra de nuestras variadas (criticables) teorías. Esta actitud crítica a la que estamos obligados a adherirnos, es parte de nuestra responsabilidad intelectual; 3) El principio de acercamiento a la verdad con la ayuda del debate. Podemos casi siempre acercarnos a la verdad con la ayuda de tales discusiones críticas impersonales (y objetivas), y de este modo podemos casi siempre

mejorar nuestro entendimiento; incluso en aquellos casos en los que no llegamos a un acuerdo”.

Para Popper –decía Octavio, siguiendo al maestro- es extraordinario que esos tres principios sean epistemológicos y al mismo tiempo, sean también éticos. Porque implican, entre otras cosas, tolerancia: si yo puedo aprender de usted, y si yo quiero aprender, en el interés por la búsqueda de la verdad, no solo debo tolerarle como persona, sino que debo reconocerle potencialmente como a un igual; la unidad potencial de la humanidad y la igualdad potencial de todos los seres humanos, es un prerrequisito para nuestra voluntad de dialogar racionalmente. De mayor importancia es el principio según el cual podemos aprender mucho de la discusión; incluso cuando no nos lleva a ningún acuerdo. Porque un diálogo racional puede ayudarnos a que se haga luz sobre los errores, incluso nuestros propios errores –dijo, citando al maestro.

Mientras el profesor hablaba Julián escribió un papelito y se lo pasó a Ximena; ella lo desenvolvió y lo leyó; enseguida sus ojos voltearon a mirarlo. Julián lo esperaba y sonrieron. Octavio fue testigo de ese cruce de miradas y dudó en llamarles la atención, fue entonces cuando, se reafirmó en la tesis de Popper:

–“No hay autoridades (...) Es imposible evitar todos los errores, pero precisamente para evitarlos debemos ser conscientes sobre todo de la dificultad que esto encierra y del hecho de que nadie logra evitarlos; ni siquiera el científico más creativo guiado por la intuición”.

Enseguida se abrió entre los estudiantes, una controversia en torno al alcance de la intuición, como también en el conocimiento objetivo de determinada ciencia, conforme al estado en que se encuentra, y el conocimiento subjetivo que un científico puede llegar a tener.

–“La intuición se equivoca más veces de las que acierta” –dijo un alumno.

–“El error puede existir oculto al conocimiento de todo, incluso en nuestras teorías mejor comprobadas; así la tarea específica del científico es buscar tales errores” –dijo.

Julián le hizo una seña a Ximena, y ésta guardó compostura. El profesor descansó al notarlo. Al concentrarse Julián escuchó el final de la frase “...debemos aprender de nuestros propios errores”; y se pregunta, ¿es ésta una clase de ética o de epistemología? Era natural su estado, no había puesto atención al principio; con ser uno de los más aventajados alumnos.

Él les dijo:

–Es claro que necesitamos a los demás para descubrir y corregir nuestros errores.

Julián pensó para sus adentros: de la misma manera que los demás nos necesitan a nosotros, y le sorprendió que el profesor dijera:

–De la misma manera que los demás necesitan de nosotros. Debemos aprender, como dice el maestro, que la autocrítica es la mejor crítica, y que la crítica de los demás es una necesidad. Y concluyó: así se consigue la tolerancia.

Ximena notó que el bolsillo de la camisa del profesor estaba manchado de tinta.

–Es una idea de acercamiento, de aproximación. Me gusta esa postura, profe -dijo Julián, por fin, prestando atención.

–Como dice Popper, la crítica tiene que ser impersonal; pero debería ser benévola –dijo Octavio. Ésta es una lección sabia que nos aleja de los fanatismos. Las sugerencias del maestro van dirigidas a recordarnos la falibilidad humana.

Al final Julián y Ximena se acercaron al profesor y ampliaron algunos puntos de los tratados en clase.

“Popper”, le decían a Octavio por apodo, y él lo sabía, por eso en algunos momentos en que los estudiantes se sonreían por alguna sutil alusión a su sobrenombre, creando ambigüedad entre el nombre del maestro o alguna alusión velada a su sobrenombre, les sonreía, y a veces, equivocadamente, por lo prevenido que estaba. Los estudiantes descubrían esta circunstancia y sonreían con mayor razón, y era cuando él los trataba de platónicos, aristótelicos, enciclopedistas.

Ximena aprovechó la oportunidad para observarle que tenía la camisa manchada; el hecho lo molestó, y más, cuando al tratar de sacar la pluma la presionó restregándola sobre la tela. Octavio reflejó preocupación. Era un estilógrafo que llamó la atención de los estudiantes que permanecían con él. Se sintió descubierto, desnudo.

–Este es uno de los primeros modelos de Parker –dijo.

–Es muy bonito –comentaron.

–¿Qué tal pluma? –preguntó Ignacio.

–Mediana.

–Bueno, nerdos, vámonos para la cafetería que allá está el parche –dijo Diego.

–Ya voy, marica; ¡que tan picado el verraco!

–No, vení, ya; que allá están unos peluches.

–¿Qué van a hacer? –preguntó Amalia.

En ese momento llegó Adriana; habían quedado de encontrarse a la salida de clase.

–Va a ver cuenteros en el teatrino de Ingenierías –comentó Julián.

–¿Vamos? –le preguntó Octavio a Adriana.

–Tomemos algo, primero.

–Quiubo, mano, vamos –apuró Diego.

–Ya voy –dijo Ignacio.

–Apuráte güevón.

Octavio y Adriana pasaron de largo, frente a la cafetería de la Facultad de Sociología y se acercaron al lago, lo bordearon despaciosamente; cientos de garzas blanqueaban los árboles, y el ruido de los ollereros buscando un lugar entre las copas producía una algarabía que animaba el campus.

–Quiubo profe –saludó Luis, el jardinero.

–Bien; ¿qué hay de esos escritos?

–Ahí, dándole. Le tengo que mostrar es la escultura. Yo lo busco.

Tras dejar el edificio de la Administración, escuchaban el canto breve y agudo del titiribí, lo seguían en sus revuelos cazando insectos en el aire, y el canto fuerte del pechiamarillo dominando la tarde. Viendo teñir la noche pasaron por la biblioteca central y llegaron a la plazoleta de Ingenierías, en la que había un ambiente festivo e informal que celebraba el final de la semana de estudios y anunciaba la alegría de la juventud excitada por su propia libertad y despreocupación.

Plenilunio. Apareció la luna llena entre los árboles, recortada por el vaivén de las hojas de las palmeras. Los estudiantes compartían animadamente, tocaban flauta, guitarra, acordeón. Un cuentero iba soltando su narración encantada,

mientras los asistentes bebían camuflando sus tragos entre sus morrales y mochilas, o bebían y fumaban sin reparo alguno, desafiantes; el cuentero intentaba ganarse la atención de los asistentes con sus recursos histriónicos, con su voz variada y atrayente, pero algunos de los estudiantes distraídos, no conseguían hilvanar su relato y acceder al sentido. Otros, no perdían palabra, movimiento o gesto del narrador, y lo premiaban con sus exclamaciones, aprobaciones y aplausos.

La luz de la luna acentuaba la sombra de los edificios, formaba unos claro-oscuros que matizaban la noche de tonos azules y grises. Una claridad de plata iluminaba el centro de la plazoleta, y bañaba a los actores que salían a ofrecer sus cuentos, sus danzas, su música, su poesía.

El gusto era ése, estar ahí; así, divirtiéndose. Las 7:30 serían cuando dejaron el teatrino y se dirigieron a la pasoancho a tomar el bus; Octavio no había llevado el Santana. Al pasar por el campus sintieron el olor de la vegetación, la humedad de la tierra, el canto de los grillos, y se detuvieron a contemplar el titilar de las estrellas. Durante ese breve trayecto Adriana, metió su mano izquierda en el bolsillo izquierdo de la chaqueta de él, abrazándolo; y en el bus, desde la ventanilla, miraba la luna discurrir en el cielo azul, y a veces perderse cortada por los árboles o los edificios del recorrido, o cubierta por las nubes errantes que por instantes la velaban.

Ah, era viernes, principio del fin de semana. Tal vez irían a una audición de Benny Moré, por los lados de la Colina de San Antonio. Fue lo que hicieron. Sentados en una terraza, y al regusto de unas cervezas, unos, y aguardientes, otros, fueron, repasando los álbumes del célebre cantante cubano. El anfitrión tenía una excelente colección, e inició la sesión con temas como “Esta noche corazón”, “Mata siguaraya”, “Yiri Yiri bon”, “Dolor y perdón”, “Bonito y sabroso”, “El Bobo de la yuca”, “La múcura”, “San Fernando”, “Anacaoba”. Se le escuchaba con atención, y el dueño de casa se regocijaba en hacer comentarios sobre distintas interpretaciones del mismo tema, en diferentes oportunidades;

gozaba haciendo notar las variaciones, ya fuera por la calidad de las grabaciones, las fechas, los escenarios, o los acompañantes, mientras de lugares circunvecinos se escapaban los compases de otros ritmos, de tal manera que la colina parecía una torre de balcones, terrazas, ventanas iluminadas y abiertas, por las que la ciudad cantaba. A media noche, se despidieron.

LA ABUELA, A VECES... Poco antes de amanecer, estando aun la habitación a oscuras, la enfermera dormía; soñaba en no sé qué escenas que la mente crea y recorre en ese estado, y la abuela sintió la necesidad de ir al baño a orinar. En ese momento olvidó que era anciana, sorda, con poca visión, y tambaleante, aunque nunca se había dado cuenta de ello, pese a que sí notaba que las demás personas se inmiscuían más y más en su vida, la limitaban, le ordenaban hacer cosas, en especial la empleada del servicio y la enfermera, a quien antes, ella, daba instrucciones.

La abuela salió de la anestesia general, como quien sale de un largo túnel; como quien se demora varios días en pasar de un lugar a otro; de un momento a otro en su vida, encontrándose sin explicación alguna. La abuela despertó en la clínica, sin darse cuenta de que estaba allí. Extrañaba la cama, la habitación, la ausencia de la ventana que da a la terraza, el tocador, su closet; todo lo suyo; las cosas que le hacían más fácil y más grato vivir.

—¿Qué hago aquí?

—Está en la clínica —contestó la enfermera.

—¿Por qué?

—Se cayó en el apartamento y se quebró el fémur.

—¿Me quebré, el quéee?

—El fémur.

—No; no tengo nada; me quiero ir a mi casa.

—Sí, mamita; está convaleciente. Se cayó cuando iba para el baño.

—¿Cómo así?

–Sí; madrecita.

–Eso es mentira; me quiero ir para mi casa.

–Hay que esperar la orden del médico.

–¿Cuál médico?

–El que la operó.

–Pero, si yo no tengo nada.

–Sí, mamita; se quebró el fémur.

–No sé por qué me tienen aquí! Yo quiero irme para mi casa.

Entre protestar y reclamar pasaron tres días hasta que el traumatólogo autorizó su salida.

Una semana después Alma fue a visitarla; le informaron que había pasado mala noche, estaba fatigada e intranquila. La tía Manuela estaba en Miami.

–Yo quiero levantarme.

–Todavía no puede –dijo la enfermera.

–¿Por qué?

–Porque el médico dice que no debe apoyar el pie.

–Tiene que esperar.

–No; yo quiero levantarme.

–Ayúdeme usted –suplicó a Alma.

–Hágales caso abuelita.

–¿Por qué me hacen ésto? Ustedes son malas conmigo. Me quiero levantar. ¿Dónde estoy? ¿Esta cama de quien es? Yo me quiero ir para mi casa; me tienen secuestrada ¡Ayúdeme usted, niña! Vea...

–Haga caso abuelita.

–Ya estamos en la casa; lo que pasa es que está es una cama ortopédica; míre que ése es su escritorio.

–Ustedes son malas; yo no tengo nada; yo me quiero levantar.

–Vamos a bañarla.

El momento del baño era difícil para la abuela, para la enfermera y la empleada que tenían que lidiar con ella. Temían lastimarla y la abuela forcejeaba rehusándose.

Alma quedó preocupada, y así se lo dijo a sus padres. Ellos le comentaron que era natural, pues la abuela tenía 95 años. La tía Carmen Elvira se ofreció para cuidarla. Se fue a vivir con ella por esos días, mientras volvía Manuela.

A la siguiente visita Alma la encontró relajada y contenta. Había estado caminando por el apartamento apoyándose en el caminador. Estaba radiante, con un vestido azul y blanco que le sentaba muy bien; tenía el pelo bien lavado y peinado, cogido a los lados con unos ganchitos que la hacían ver muy bonita. Al verla se le iluminó la cara.

–¿Qué hay abuela?

–Vea, vea –dijo sonriente.

–Ya está caminando –dijo la enfermera.

–¿Quiere verla? –dijo la empleada del servicio, acercándole el caminador.

Entre la empleada y la enfermera la ayudaron a levantar, ella se apoyó en el caminador, dócil, sumisa.

–¿Qué hago? –dijo.

–Muéstrole que ya camina –dijo la empleada.

–Vamos a la ventana –propuso la enfermera.

La abuela, ayudada por las dos, fue dando lentos y débiles pasos, hasta alcanzar la ventana. Al llegar volaron los pájaros que acostumbrados al cuchuco que les daba, esperaban su ración; había pichafués, torcazas, canarios, guardacaminos y azucareritos, que levantaron vuelo hacia las ramas de la acacia amarilla. Al volverse a sentar, Alma la vio relajada, plácida, como si hubiese olvidado los achaques, la convalecencia, su rebeldía.

Alma observó una bomba blanca que estaba sobre un asiento de la sala. La enfermera al notarlo le dijo:

–Ella estaba jugando con la bomba. Abuela, muéstrole como juega. Muéstrole a su nieta.

La abuela aceptó sonriendo, y su rostro se iluminó, reflejando serenidad y alegría. Así pasaron un buen rato tirándose uno a otro la bomba. Alma observó la finura de los movimientos de la abuela, su concentración y reflejos; comprendió lo bien que estaba.

–¿De quién fue la de la idea?

–Terapia ocupacional –respondió la enfermera.

La empleada hizo un gesto amagando tirarle la bomba a la abuela, y ésta reaccionó atenta y oportuna, con rápidos reflejos que sorprendieron a su nieta.

–¿Vio? –dijo Martha.

La abuela sonrió.

–¿Usted quién es? –preguntó la abuela.

–Su nieta -respondió Alma.

–¿Qué estudia hija?

–Música, abuelita.

–Los músicos son muy inteligentes; a mi me gustan mucho porque son muy inteligentes. ¡Admirables!

–Ella es su nieta –repitió Martha.

La abuela de nuevo se emocionó.

–¿Y por qué no había dicho que era mi nieta? Yo la quiero mucho, hija; usted sabe.

–Sí, abuelita.

–¿Cuándo vino? Yo lo he estado llamando, pero nunca me contesta.

–Sí; es verdad –dijo Martha.

–“Ingrata, pues” –dijo la enfermera, que había dicho la abuela.

Alma se levantó y le dio un beso en la frente. Reparó en la fotografía que tenía en su tocador de cuando la abuela era jovencita. Se detuvo a contemplarla: hace ochenta años tenía quince, y el pelo negro y lacio caía justo al hombro blanco que lucía, con sus ojos alegres y vivos, y su sonrisa generosa de joven buena y dulce coquetería. El vestido plisado, de mangas volantes;

un pie levantado y otro adelante, y las manos suavemente desvaídas, la izquierda -tenuemente iluminada- sobre una mesita. Solité de quince, el fondo oscuro y la luz de su mirada y la luz de su sonrisa. Al tiempo que veía la fotografía de la abuela en sus 15 años el espejo le devolvía la imagen de la anciana, como si pasado y presente se fundieran en ese mismo instante, la niña y la anciana delirante.

La abuela miró hacia el suelo, cerró los ojos y comenzó a rezar:

–“Te ofrezco, Señor, toda mi vida, por tu sangre redentora; para que me permitas llegar a la vida eterna, en compañía de José y la Virgen, y todos los santos. Te doy gracias por los dones recibidos y pido perdón por mis pecados”.

–Amén –contestaron la enfermera y la empleada.

–Gracias por oírme –dijo la abuela, levantando lentamente los ojos.

–Linda -dijo la nieta, con ternura.

Alma salió y la abuela preguntó a la empleada.

–¿Quién es?

–Su nieta; ¿no la reconoció?

–¡Ah! Es que me olvido; ¿cuándo vino?

–Vino a verla.

–¡¿Ah?!.

–Venga; vamos a la mesa, para tomar una gelatinita –dijo la empleada.

–¿Si?

–Sí, venga.

–Si quiere...

–Vaya, que le aprovecha –dijo la enfermera, terminando de disponer la mesa que había a la entrada, y donde, por años, la abuela y sus amigas jugaron bridge.

Cerca de la mesa, y contra la pared había un pequeño secretáire con motivos de flores pirograbadas, cuyos colores se habían difuminado con el paso del tiempo; al interior guardaba la abuela sus viejos juegos de cartas, ya gastados, una libreta con las direcciones, los teléfonos de sus amigas más cercanas, y varios libros de poemas, Asubio, Almadía, El Trino Persistente; versos de Amado Nervo, de Francisco Luis Bernardez, de Parteso. La ventana daba contra la terraza, sobre la diagonal, de la que se divisaba un parque cercano de ceibas añosas, y altas palmeras, cuyo verde contrastaba con las nubes grises y el azul de los farallones.

LA CEREMONIA DEL ¡AH, DIOS!*. Esa mañana Víctor al oír a su abuelo Jorge preparando los tragos de café, se levantó, desperezó y se fue a lavar la cara. Los hijos dormían. Ana Xiomara, su compañera, se encontraba en el Hospital Carlos Carmona. A sus 22 años había dado a luz su cuarto hijo; vivían en un humilde hogar, se ganaban la vida acarreando leña y chatarra al oriente de la ciudad. Empezaba a clarear y salió en busca de “Palomo”, el guapo caballo que tiraba la carretilla; amarró a Polomo contra la varilla de hierro de la ventana, y entró a desayunar con su abuelo.

A las 9 hicieron un viaje de escombros y regresaron. Cuando separaban a Palomo de la carretilla se les acercó un señor para contratar el transporte de una carga por los lados de la carrera 42 con la autopista, en inmediaciones del Conjunto Residencial Oasis del Sur, en el barrio Ciudad Modelo. El abuelo y el nieto alimentaron al caballo e hicieron un breve recorrido por el lugar buscando, algún acarreo. Después del almuerzo, un sancocho de plátano con arroz, escaso, que apenas alcanzó para la familia, recogieron la carga en un taller, en la ruta. Siguieron a su destino.

—Iba manejando mi carro y solo sentí la explosión y vi una humareda; luego desperté en el hospital, sin saber qué había pasado —dijo Luis Eduardo Lozada, víctima del atentado.

El taxista iba a sobrepasar la carretilla, que transitaba frente al edificio que alberga a la Policía Judicial de Cali, cuando el vehículo de tracción animal voló por los aires. Los medios informaron que él había sido trasladado al hospital Carmona, con heridas en el cuello y en el oído. Fue allí donde se dio cuenta que una carga explosiva de cinco kilos de amonal, activada a control remoto, había estallado en el lugar. Su tía Rosalba González, le contó que él se había salvado de milagro, “porque esa explosión mató a dos hombres que iban en la carretilla e hirió a otras seis que estaban cerca”. Tampoco se había enterado del pánico que produjo entre los vecinos.

* Apartir de las noticias del periódico El País.

–En lo único que pensé, fue en mi hija; ella estaba en el colegio que queda enseguida de la Sijín. Salí corriendo a buscarla y venía llorando. No sabíamos qué había pasado. Vi gente sangrando que se cogía el cuerpo, y gritaba –dijo Graciela Lasso.

Al parecer el pánico surgió porque, contiguo a la Sijín está ubicado el Instituto Técnico Villa del Sur, un colegio de secundaria, mixto, que, en ese momento, estaba repleto de estudiantes.

El parte de las autoridades precisó la situación: las víctimas fatales fueron identificadas como Jorge Octavio Tabares, el carretillero, y su nieto, Víctor Hugo. En la propia carretilla había un recipiente metálico que contenía la carga explosiva, del mismo material que las Farc habían utilizado, días antes, para atacar contra las torres de energía. El comandante de la policía atribuyó el atentado a esas milicias, en retaliación por la captura de un cabecilla.

Las fotografías publicadas por el periódico, al día siguiente eran elocuentes; los pie de fotos, suficientemente descriptivos: “Destrozados quedaron los cuerpos de los ocupantes de la carretilla y el animal que tiraba el vehículo en el que fue transportado el explosivo, accionado cuando sobrepasaba la sede de la Sijín, sobre la autopista Simón Bolívar”; “Presas del pánico, estudiantes del Instituto Técnico Villa del Sur, fueron evacuadas por la Fuerza Pública que acordonó la zona, pues se creía que había otro artefacto explosivo”; “el taxista Luis Eduardo Lozano, de 37 años, fue atendido en el Hospital Carlos Carmona, donde recobró el sentido”.

María Elsy Tabares decía, patéticamente: “Mi hermano y mi sobrino fueron contratados para morir por unos desalmados que no tiene perdón de Dios”. Su testimonio corrobora la posición que asumieron la ciudadanía y las autoridades sobre las condiciones en que murieron los carretilleros, embarcados en un viaje sin regreso, engañados por milicianos. Resaltó las cualidades de Octavio, como hombre trabajador, que le hacía el bien a mucha

gente del Barrio Comuneros, donde vivía con sus seis nietos, a quienes crió como a sus hijos.

–Por ser de buen corazón, no encontró reparo en prestar el servicio a desconocidos –dice María Elsy. ¡Con cuánta ilusión, mi nieto, esperaba el producido de ese viaje para recoger a Xiomara y el niño!

Xiomara se quedó esperándolo y debió irse, sin su ayuda, a su humilde hogar, con el nuevo bebé, a reunirse con sus otros tres hijitos. Todas estas vicisitudes y, la huella que dejó Jorge, motivaron la solidaridad de los vecinos para acompañarlos hasta su última morada. La policía repudió el acto y ofreció recompensa para aquel que contribuya a dar con el paradero de los responsables.

–Se trató de hacerle daño a las instalaciones de la Sijin, pero fallaron –dijo el Director Nacional de la Policía.

El General ratificó que las informaciones remiten a que los responsables del atentado, eran milicianos de la columna móvil Manuel Cepeda Vargas; confirmó que el explosivo, activado a control remoto, contenía cinco kilos de amonal con metralla; que además de los daños al taxi, resultó averiado un vehículo de la policía. El general concluyó, diciendo que tenía la intención de aumentar la seguridad, y anunció que destinaría un helicóptero para vigilar la ciudad, para prevenir que se repitan hechos como éste.

El azar que une y separa los hilos del destino también en este caso dejó su extraño misterio; Yuli, la hermana de Víctor Hugo, iba a acompañarlos, pero se quedó dormida.

–Cuando desperté me encontré con la noticia –dijo, y evocó nostálgica al abuelo, a su hermano, mientras las lágrimas nublaban su vista, y el corazón se le ahogaba.

Dentro el taxi averiado, el personal de la policía acordonando el lugar de los hechos, se veía el cadáver de “Palomo” sobre un charco de sangre. Los restos de madera de la carretilla parecían ser la última carga del caballo; caían, pesadamente, sobre su vientre hinchado; aun muerto, parecía apenas desgonzado, con sus manos alargadas y su casco delantero izquierdo pisado por una tabla; el eje trasero de la carretilla, y sus dos ruedas hacia arriba, se amontonaban sobre él, produciendo esa dantesca imagen de destrozo y de ruina que deja el terrorismo. ¡Pobre Palomo!

En el último adiós a los carretilleros, unos 500 conductores, en doscientos vehículos de tracción animal, acompañaron con sus familias y amigos el viaje final del abuelo y el nieto, asesinados. En un largo y conmovedor desfile de carretillas, amigos y familiares, escoltaron los cuerpos, por las calles, hasta el cementerio de Siloé. Los carretilleros madrugaron a acicalar a sus queridos corceles. En el barrio Comuneros se hicieron presentes unas 80 carretillas y en el trayecto se les fueron uniendo otras, uniendo y uniendo, hasta completar unas doscientas. Con inmenso amor enlucieron sus queridos animales para que estuvieran a la altura del compromiso, porque “despedir a un amigo es algo especial”. Eso dijo Yaneth, acariciando el cuello de “Chispas”, el caballo que hace ocho años no la desampara. Yaneth se descompone al hablar del viejo, más amigo de su esposo Gabriel Flórez, también carretillero, con quien, en su oficio, tantos momentos compartieron. En la puerta del cementerio todos se dolían del injusto suceso, de lo desalmados que los llevaron a esa muerte, y les rendían su homenaje, tristes, condolidos, entre la rabia y la impotencia, lacerados.

Pero, ¿y, “Palomo”? ¿Qué ocurrió con su dolor y su muerte? ¿Cómo modificó su fallecimiento las cosas de este mundo? Operarios del Municipio llegaron al lugar donde se encontraba el cadáver blanco del sufrido animal, bajo los escombros de la carretilla. Fueron con un cargador, poderoso e inmenso, de tamaño descomunal, y después de remover los pedazos del vehículo con las manos, bajaron el cargador y recogieron los

restos mortales de Palomo, como si fuera la mano gigante de un monstruo metálico, y se lo llevaron rumbo al basurero. Curiosos, agentes, familiares de los carretilleros, amigos y vecinos que se encontraban, lo vieron, con sus miradas apagadas, alejarse. En el suelo quedaron trozos de carne esparcidos dentro de un gran charco de sangre. Un policía espantó a un perro amarillo, hambriento, que se acercó a lamer la mancha roja que le atraía las tripas, con ese olfato carroñero que le había hecho sobrevivir.

Al acercarse los operarios al basurero con su carga de guerra, con los pesados despojos, una nube de garzas blancas y de negros gallinazos, revoloteó a su lado, y numerosos perros y basuriegos se acercaron al sitio en que cayó, mientras un claro cielo azul, luminoso y radiante, caía sobre tanto resto donde empezaba otro destino, no menos enigmático y violento. A lo lejos el caballo de un carretillero relinchó, largo y sostenido, como un clarín sumiendo el momento en un adiós fraternal..., sobre aquel campo donde van a caer los residuos de las cosas que amamos, sus desarticulados mecanismos, muebles viejos y desvencijados, y la carne de los caballos que se desvían de los fauces de los animales del zoológico.

Oscar le había cambiado a Palomo, a don José, por un viejo enfriador. El se lo había comprado a otro carretillero, recién amansado, y lo había acompañado durante seis años. Durante todo ese tiempo había trabajado en un vivero y salía a vender matas por los barrios del norte y del occidente.

Un último adiós. Al regresar del sepelio Oscar desprendió su caballo "Melao" de la carretilla y se fue en silencio a darle un último adiós, sin saber muy bien, por qué. Era por sus compañeros y era también por él, por esa sensación de duelo que producen estas situaciones, y uno siente que debe estar allí, con los seres queridos, con quienes uno ha compartido; ese cariño que incluso nos despiertan los objetos, los aperos, los caminos.

Oscar se fue acercando al último brazo útil del basurero de Navarro.

–¿Dónde botaron a Palomo? –preguntó a un colega.

–Detrás de ese cambuche.

–¿De cuál?

–El de la tela roja y amarilla, con plástico verde. Al lado de las coletas.

–Gracias, mano.

–Le volaron la mitad de la cabeza; de la jeta pa'arriba...

Oscar no dijo nada. Los gallinazos sobrevolaban el lugar donde se esparcen diariamente las miles de toneladas de basuras que producen los caleños; cientos de recicladores se movían, sacando de los desechos, algo que les pudiera servir entre roedores y carroñeros. Los gallinazos daban saltos desgarrados y tétricos, liándose en peleas entre sí, disputándose tiras de piel y restos de animales.

Una comisión de la CVC inspeccionaba el lugar, pues este basurero ya debía haberse cerrado, no obstante el Municipio viene disponiendo las basuras, mientras consigue lote para construir el relleno sanitario regional. Oscar pasó por donde habían entrado varios camiones y dos viejos carros de basura en malas condiciones; un buldozer movía basuras abriendo trocha entre los malolientes desechos, en medio de los cuales, plásticos rojos, verdes, blancos, azules y amarillos, coloreaban las montañas de basura y la miseria de la gente.

A caballo encontró a “Palomo”, hinchado, reventado, con destrozos en la cabeza y varias partes del cuerpo, picado por los “galembos”, que le habían sacado los ojos. Lo miró compasivamente, y luego sintió esa rabia impotente que se resuelve en una interjección que se pierde en el todo, que se transforma en la nada; como un crujido del alma o el ruido de una

chamiza quebrada en el monte. Por un momento lo recordó como era: joven, sano, brillante, impetuoso tirando la carretilla; o a los años llevando la carretilla llena de matas, thuyas, chefleras, azulinas, bifloras, swinglias, matas de coca, veraneras, orquídeas, y un sentimiento respetuoso se apoderó de él; entonces salió de esta otra tumba común.

LAS PALABRAS PERDIDAS. Cali es una de las ciudades más grandes del país, en el suroccidente de Colombia, receptora de la mayor parte de la población desplazada por los conflictos socio-políticos; ello agudiza sus dificultades al incrementar las condiciones de desempleo y pobreza. Es notorio el deterioro de la calidad de vida, el aumento de la violencia y de la delincuencia; cada persona, adulto, mujer, adolescente, niño, anciano trae consigo una historia. Kevin e Ingrid, estudiantes de la Universidad del Valle, quisieron conocer las circunstancias en que viven no solo los carretilleros de los Comuneros sino tantos otros desplazados, provenientes de las zonas de violencia, que viven en las laderas. En todos los lugares posibles de la ciudad, no encontraron donde no ver el mismo drama de las caras tristes, las pieles enfermas, el hambre, y esa invencible capacidad de lucha para sobrevivir en la mendicidad, la prostitución, el hacinamiento, el abuso, el crimen y, aun, el heroísmo de una vida cotidiana que no rompe los cauces de una normalidad, que les pesa y les impide superar las tapas de alcantarillas donde caen como desechos sociales.

En carretillas, y a pie, entre el termitero urbano, se encontraron con un resumen que no dudaron en llamar, “Las palabras perdidas”. Si el seguimiento al gremio de los carretilleros fue revelador, no lo fue menos su aproximación a la vida de los desplazados de Las Brisas, sobre una alta colina bordeada por casitas de cartón, guadua y plástico, en una extensa zona de asentamientos donde más de 600 familias luchan por un espacio, en la ciudad que los rechaza y estigmatiza, pero de la que se defienden como sólo la necesidad de sobrevivir permite hacerlo. Indocumentados, perseguidos, trashumantes, han perdido las palabras, el nombre, la dirección, los verbos cotidianos de alimentarse, amar, soñar. Extraviaron en los caminos, que quedaron en la memoria, la palabra madre, abuela, hermano, profesora, novia, amor y beso, y se limitan a echar mano, cada vez que pueden, a una menguada ración que cuesta más que arrancar los minerales a las entrañas de la tierra, porque es más dura la injusticia que la veta en el socavón. Sin embargo construyen un mundo con las palabras que les quedan como

gotera, chuspa, hijo, escuela, galería, rebusque, café, aguapanela, caja, esterilla, albahaca, perejil, boñiga, barro, masa suave, embutido, pared nueva, y recuperan la palabra techo, puerta, cuarto, casa. Como el termitero, la ciudad está invadida por miles de luchadores, guerreros cotidianos y anónimos: los de la ladera, ven desde arriba, el más bello panorama; los de abajo, se maravillan de la belleza de las altas montañas y los tonos azules que bordean los agrestes farallones. Sigue siendo bello beber el rocío en las mañanas, pues todavía sobrevive la flor.

CRIMEN EN LA AVENIDA GUADUALAPE. Un agricultor de Ginebra tramitaba ante la CVC una regulación de aguas para sus cultivos de soya y algodón; había sido citado el viernes 9 de septiembre, en compañía de su abogado, para notificarle la resolución respectiva. Al salir, iba a subir a su camioneta estacionada al frente de la sede, se le aproximó una motocicleta, de la que se bajó el parrillero, intimidándolo, pidiéndole las llaves; el agricultor se negó, y el delincuente esgrimió una pistola contra él, disparándole en tres ocasiones, causándole la muerte enseguida. El agricultor cayó sobre el andén, y a su lado, anegada en su propia sangre, quedó la resolución. El agresor con pasmosa frialdad, después de ordenarle al abogado que se acostara boca abajo, a su lado, se subió a la camioneta, vigilado por su compañero de la moto, y se perdió siguiendo hacia el oriente. Los disparos no se escucharon; debía ser una pistola con silenciador. Solo unos pocos de los usuarios que hacían fila a la entrada de la institución dijeron oír –o creyeron- haber oído, los disparos. La Fiscalía recogió las versiones e inició la tarea de elaborar los retratos hablados. Los familiares no sabían cómo explicar lo sucedido, en especial teniendo en cuenta que era un hombre de trabajo que salía con el sol al campo y regresaba del campo a su casa, antes de que se pusiera el sol. Lo de la resolución de regulación del agua, tampoco había representado ningún problema con los vecinos, ni con los de los predios precedentes. Una de la hipótesis era el robo, pero las otras eran propias de lo que la imaginación de un pueblo violento se permite en la confusión de sus valores.

Sus familiares lo acompañaron a su tumba, la sociedad les demostró sus sentimientos, y después de estas manifestaciones habría sido una víctima más, de la violencia absurda, que habría caído en el olvido, de no haber sido por una circunstancia. En su huida el delincuente se subió al separador de la avenida, lo que le produjo daño a la camioneta, por lo que la dejó en el primer taller que encontró con la puerta abierta, y ante el que simuló ser el chofer del propietario de la misma. Los documentos del vehículo estaban en la guantera. El administrador no mostró ningún interés

en averiguar datos y se comprometió a repararla inmediatamente para entregarla a primeras horas de la tarde.

Fue ese mismo viernes a las dos de tarde cuando Octavio llevó su viejo Land Rover para sincronizarlo, pues estaba fallando el carburador. Cuando le entregó las llaves al administrador en las oficinas, otros clientes esperaban que los atendieran; solicitó que le facilitaran el teléfono, habló con “Arañita”, tomó el estilógrafo que estaba sobre el escritorio para anotar una dirección, y quedó de recoger el campero el sábado por la mañana. Tampoco Octavio sabía lo que le esperaba, pero había acordado verse en la universidad con “Arañita”, después de la clase.

Alma y Adriana entraron a la cafetería; estaban Hiroshi y Hoichi, tomando coca-cola con brownies.

—¿Qué van a hacer por la noche? —preguntó Hoichi a Adriana.

—Por ahora, no me ha dicho nada.

—Vengan al apartamento y hacemos una comida japonesa en la raclette. Tengo una botellita de sake*.

—Sí, vamos —dijo Alma.

Alma y Adriana siguieron a clase; ellos permanecieron en la cafetería. Llegó Kaoru.

—¿Cómo te va con el haikú? —preguntó Kaoru.

—Excelente; he encontrado materiales muy buenos. Cada vez me gusta más; es un genero muy hermoso que revela los sentimientos bellamente —dijo Hiroshi. Incluso estoy practicando.

—Lo mejor del haikú es lo que tiene del budismo zen —dijo Hoichi.

* Aguardiente japonés hecho a base de arroz.

–Creo que lo fundamental, en el contenido, tal vez sea esa compenetración con la naturaleza; ese saberse parte del todo y de ser el todo en una parte, que lleva a una emoción cósmica, a la compasión con todos los seres vivos, al desprendimiento, a la resignación.

–¡Uy! ¡Qué cátedra! –dijo Kaoru, dándole un beso.

–Hiroshi, ¿y en lo formal? –preguntó Hoichi.

–La estructura es simple: 5/7/5 sílabas; aunque tiene reglas con relación a los kigos, o estaciones –dijo Hiroshi. Es muy interesante su historia, las influencias de la literatura china, en especial de la dinastía tang.

–En la casa de mis papás está el libro de Antonio Cabezas; por si se te ofrece –dijo Hoichi.

–Pasámelo. Me han dicho que hay un man, en Calarcá, que hace años publica una revista; Humberto Senegal –dijo Hiroshi.

–Contactáte aquí en Cali a Escobar y a Parteso; esos manes tienen mucha cosa –dijo Hoichi.

–El martes tengo reunión con ellos.

–¿Por qué no llevas algunos esta noche? –propuso Kaoru.

Llegada la noche fueron al aparta-estudio de Hoichi. En el balcón que da a la calle; dispusieron la raclette. Los hombres prepararon trocitos de carne de ampolleta con cebolla, acento, y salsa de soya; Kaoru cortó, en trocitos, pepinos japoneses. Abrieron varios paqueticos de raíces chinas, e hicieron arroz blanco, simple y masacotudo. Octavio y Adriana llevaron sake, que compraron en Yasai. Alma puso un disco de música zen, y los suaves sonidos de una flauta de bambú ambientaron la reunión.

–¿Quieren que les ponga a Kítaro o prefieren Rock Japonés?

–Por ahora, Kítaro... –dijo Adriana.

Al acabarse la botella de sake, Hoichi ofreció la suya, pero los demás se abrieron a sus distintos gustos: cerveza, aguardiente, ron o gaseosa.

–Habías quedado en traer algunos poemas –le recordó Kaoru.

–Sí, los traje –dijo Hiroshi.

Alma bajó el volumen de la música.

–Ha sido muy chévere descubrir el haikú, conocer la importancia que ha tenido en el mundo; en América; en México, Brasil, Ecuador, Argentina, Colombia; aquí en el Valle. Me gusta la brevedad, la sugerencia, incluso sus problemas formales. Quiero compartir con ustedes, tres miniaturas, inmensas... –anunció Hiroshi, sacando una pequeña hoja doblada del bolsillo de la camisa.

Si miro con cuidado
en el seto veo
florecer la nazuna.

Yoku mireba
nazuna hanasaku
kakine kana.

–Éste es de Basho, aclaró.

En este mundo
hasta las mariposas
deben ganar su sustento.

Yo no naka ya
choo no kurashi mo
isoga shiki.

–Éste es de Issa, dijo con admiración.

Despertarse vivo en este mundo;
¡que felicidad!
La lluvia de invierno.

Ikite –yo ni
nezame ureshiki
shigure kana.

–Éste es de Shooha –presentó el autor, repitiendo con aire
acontecido “despertarse vivo”...

Cuando mi vida
atiende al crisantemo
se tranquiliza.

Waga inochi
kiku ni mukaite
shizuka naru.

–Éste es de Sujuu –dijo. La emoción que le produce la flor.

–¡Hermosos! –dijo Hoichi.

–Me cuesta captarlos –dijo Adriana. Les queda faltando...

–Es que estamos más acostumbrados a la rima, a las
explicaciones, a las confesiones, al ritmo –aclaró Octavio. Así que
van a estar muy contentos con la feria ¿no? –bromeó.

–Imagínese –dijo Kaoru.

Hiroshi acompañó a Alma a su casa en el barrio Granada.
Bajando de regreso a la suya, en Santa Mónica, presencié
casualmente una escena azul al interior de una habitación; venía
bajando la empinada calle, y en el primer piso de una antigua

casona la penumbra era tenue y permitía ver los cuerpos de una pareja joven, desnuda, que, con despreocupación, se desplazaba en el cuarto. La sábana se descolgaba de la cama; la camisa, la blusa, los zapatos, sobre el suelo, en desorden, recordaban el momento de la prisa, de la entrega. En una mesa pequeña una botella de vino vacía, dos copas servidas, un cuaderno, un estilógrafo, las gafas de carey, hablaban bien de aquel momento. Hiroshi se detuvo y permaneció en silencio, temiendo ser visto entre las tablillas de la persiana; guardó la respiración admirando tan maravillosa escena; la belleza del cuello de la mujer; los hombros y la espalda del hombre; y escuchó los acordes melódicos de un tema de Telemann. La joven pareja, sentada en el suelo, contra el borde de la cama, tenía al frente la mesita con las copas de vino. Parecía que prolongaban morosamente la entrega amorosa; ese encuentro maravilloso de los complementarios de la naturaleza, que en los seres humanos florece en un quejido, en la certeza de que se agoniza de sí, para renacer, amando; que es la exaltación de los contrarios; ese choque, vigoroso y tierno, que se resuelve en sonrisa, mirada, labio, beso, jadeo y vida nueva. Hiroshi sintió cerrar una ventana, ajustar la persiana. No oyó más la música barroca, tan solo escuchaba sus propias pisadas en la calle solitaria.

LA FISCALIA. Las 11:30 tal vez serían, cuando se despidieron de sus amigos, dejaron la avenida 6A y salieron a la avenida sexta. Por el lugar pululaban los jóvenes a las afueras de los bares, de las discotecas, y más abajo, travestis, solos o en grupos, prostitutas y busconas, recorrían el sector de arriba abajo, y de abajo a arriba. En la intersección de la avenida sexta norte, con la calle 27, numerosos conos rojos demarcaban la vía en señal inequívoca de la presencia de la policía. Dos agentes le indicaron que se detuviera y el sitio donde debía estacionar el campero, le pidieron los documentos personales a los dos, y los correspondientes al vehículo. Los hicieron salir, pararse contra el jeep con las manos en alto; una mujer requisó a Adriana, y un policía a Octavio. Luego abrió la guantera y comenzó a revisar el vehículo con sin igual minuciosidad y escrúpulo; levantó los tapetes; revisó detrás de los asientos.

–¿Por qué tiene tantos lapiceros? –preguntó la mujer.

–Me gustan, los colecciono.

–¿No son muchos lapiceros?

–Son estilógrafos.

–Lo que sea; ¿por qué tantos?

La policía se dio a la tarea de revisar todos, uno por uno, y se detuvo en un llamativo Mont blanc.

–¿Usted por qué tiene este lapicero?

–¿Cuál?

–Éste, que está marcado con el nombre de Abraham Agnus Higuera –precisó la policía.

–No sé, ahora no me acuerdo.

–¿Qué hace?

–Soy profesor universitario.

–¿De qué universidad?

–De Univalle, en la facultad de filosofía.

–¿Está bebido?

–No; dos copas; aquí, a la vuelta, en el apartamento de un compañero.

–Venga; hablemos con el capitán.

Adriana se preocupó.

La policía habló con el comandante, y éste le dijo:

–Tiene derecho a llamar a un abogado.

–No creo que sea necesario; soy persona de bien.

–¿Por qué tiene este lapicero?

–La verdad; no me acuerdo.

–Este lapicero pertenece a un muerto; a ese hombre lo asesinaron el 9 de septiembre, en la Avenida Guadalupe; ¿usted por qué lo tiene? ¿Lo conocía? ¿Eran amigos? Puede callar...

No supo responder, lo retuvieron y lo llevaron en compañía de Adriana a las instalaciones de la Fiscalía, en el Palacio de Justicia, en el centro. Inmovilizaron el carro.

Adriana avisó a Alma, sobre lo sucedido, por el celular.

En las instalaciones de la URI un fiscal le pedía a Octavio que diera una explicación clara de la forma como él entró en posesión de ese objeto; pero, de la impresión, Octavio no atinaba a recordar. Además, un bloqueo psicológico al saberse descubierto de su inconfesable manía, le impedía pensar y le enrojecía la cara de susto y de vergüenza.

Cuando Hoichi y Kaoru, enterados por “Mita”, llegaron, a Octavio le estaban haciendo firmar un acta de compromiso de presentación ante el fiscal que adelantaba la investigación por el homicidio de la Guadalupe, y dejaban constancia del decomiso de un lapicero.

Los amigos lo acompañaron al apartamento, se tomaron un trago más, y lo dejaron en compañía de Adriana. Hoichi y Kaoru quedaron intrigados. Esos hechos tan inesperados e inexplicados, les parecían muy raros. Se quedaron con la callada sensación de que él, no les había dicho toda la verdad; que sabía acerca de lo sucedido a ese señor que mataron frente a la CVC. Kaoru llamó a Alma y le contó sus impresiones.

—¿Qué es lo que pasó? —dijo Kaoru.

—No sé muy bien porque no he hablado a fondo con Adriana.

—¿Pero qué te ha dicho?

—Que lo están enredando en un homicidio; pero lo que hay es otra cosa.

—¿Qué cosa?

—Creo que es un problema en que se metió por haber cogido unas cosas.

—¿Qué cosas?

–Adriana me dijo que después me contaba; voy a hablar con ella y ya te llamo.

Llevada de la misma intriga, Mita cogió el teléfono y llamó a Adriana.

–¿Podés hablar?

–Sí, sí; está en la cocina.

–Vé, ¿qué fue lo que pasó?

–Por cogerse un estilógrafo de una oficina lo han estado siguiendo.

–¡No digás! ¿Por un estilógrafo? ¿Eso no es por algo más grave?

–Después te cuento bien, porque me da pena con él que ya va a salir.

Adriana colgó y Octavio al llegar le preguntó que con quien hablaba; y ella le contestó que Alma estaba preocupada; y él, al sonrojarse dejó traslucir su inseguridad y vergüenza, y se dispuso a contarle toda la verdad.

Aturdido por lo ocurrido le comentó a Adriana su manía, le abrió su corazón y le mostró los cajones donde conservaba los estilógrafos que había sustraído, incluso empates, plumas antiguas, y hasta lapiceros.

Adriana le dio un beso en el hombro y le ofreció un trago de aguardiente antioqueño, sobre cubitos de hielo. Octavio con mucho pudor le pasó su diario y le enseñó un lapicero que él había robado. Adriana sonrió, y al sonreír, Octavio recordó el episodio del estilógrafo marcado con el nombre de Abraham Agnus Higuera. *Lo vio todo patente, como si estuviera sucediendo.* Fue el día que llevó el campero a sincronizar, y al tomar el teléfono y llamar a Adriana, cogió ese estilógrafo. Lo

recordó y descansó, pero golpes fuertes en la puerta lo intimidaron. Al abrir, dos agentes armados irrumpieron precipitadamente y, enseguida, dos más, que se apostaron a lado y lado de la puerta. Los primeros los requisaron. En ese momento hizo su ingreso el Fiscal. Parte del personal del operativo permaneció a la entrada del edificio y en los extremos de la calle. Era necesario que los acompañaran de nuevo a la Fiscalía; que permitieran un registro. El Fiscal exhibió la orden de allanamiento. Registraron el apartamento, palmo a palmo, cajón por cajón, tarro por tarro, los closets, las ollas, etc, y solo encontraron libros, cuadernos, folderes, videos, DVDS, una abigarrada cantidad de lápices, lapiceros, marcadores, estilógrafos, plumas, hasta pinceles chinos, que llamó la atención del investigador, y le permitió a Octavio esbozar la explicación de lo sucedido.

No obstante su versión, y las sentidas convincentes palabras de Adriana mostrándoles en el diario su confesión, lo condujeron, otra vez, a las instalaciones de la Fiscalía. Lo que no sabía era que al interior del estilógrafo decomisado habían encontrado un papel, en vez de la bomba de tinta, en el cual se había anotado, en clave, una ruta de distribución de droga, y era indispensable interrogarlo. Mientras lo hacían continuaron con el allanamiento, decomisando lapiceros y plumas, para revisarlas minuciosamente. Cuando comenzaba a clarear permitieron que Adriana saliera libre; a él lo mantendrían retenido para verificar la versión que había dado. Simultáneamente se produjeron varios allanamientos y capturas en seguimiento de las claves descubiertas en el Mont blanc, de Agnus.

Adriana habló con el Departamento Jurídico de la Universidad donde le asignaron un abogado. Adriana concertó la cita con el profesional, especializado en derecho penal, para las 8 de la mañana del día siguiente.

Desde la celda de la Fiscalía en donde estaba retenido vio pasar a uno de los mecánicos del “Taller Santana”, al que acostumbraba llevar su campero, y a la secretaria; la misma que le facilitó el teléfono. Respiró profundo, tomando un aire de descanso. Hacia

las 5 de la tarde volvió el Fiscal para ampliar unos puntos, a los que Octavio respondió con rapidez y precisión. Había declarado el mecánico, y la secretaria aportado la factura de la sincronización, comprobándose que había dicho la verdad en lo referente a haber llevado su vehículo con ese propósito específico, ese día, a esa hora, en ese taller; y lo que era un mejor: la secretaria reconoció el estilógrafo, contando como lo echó de menos cuando salió el profesor, pero sin sospechar jamás que él pudiera habérselo llevado. La declaración de los empleados fue de tanto valor, que condujo certeramente a las autoridades tras las huellas de los responsables, al reconocer, también, al hombre joven que dejó el estilógrafo y permitir tomar sus huellas dactilares, e identificar la camioneta, informando el nuevo color con el que se había pintado.

El Fiscal de la investigación sonrió pensando en el problema que se había metido el docente por su curiosa cleptomanía; le hizo llamar a su Despacho, y volvió a sonreír benévolaente.

–Ahí están sus vainas.

–Gracias.

–Lo voy a dejar ir, pero me firma un compromiso de presentaciones.

–Bueno.

–¿Qué hace con esas pendejadas?

–Nada; me gustan.

–¿Por qué esa joda?

–No sé; me atrae.

–¿Si vé, en qué líos lo mete, esa güevonada?

–Sí.

–¿No está viejo para ponerse a hacer zoqueterías?

–Pues...

–¡Carajo! A mi no me cabe en la cabeza que una persona como usted, haga tanta maricada. ¿De qué le sirve tanto estudio y tanta joda? ¿Para nada? Ah, y le anticipo, que lo voy a hacer requisar porque seguro se lleva alguna cosa de aquí...

–No..

–Afuera lo espera una estudiante.

–¿Adriana?

–O Ariela, pero amable, ¿qué es de usted?

–La novia.

–Llévese sus lapiceros, sea más serio; que si sigue con esa pendejadita se va a meter en un lío bien jodido.

–Sí, doctor.

A las siete lo dejaron salir; fueron al Obelisco a tomarse una cerveza y comer unas empanaditas; luego caminaron por el río; y, Adriana, silenciosa, sin saber qué decir ni qué hacer, apretaba, cerraba la mano de él entre la suya. Sintió que se detuvo, se le hizo al frente, le puso la cabeza en el pecho, y lloró.

El Fiscal en su Despacho se puso a organizar los papeles, correspondientes al caso, dictámenes de balística, grafología y dactiloscopia. Iban tras la pista de la red, de los autores del homicidio. Tenían a varios capturados; la jornada iba a ser larga. La coca estaba derribando fronteras en su ruta por el África. Buscó su lapicero rojo “Allegro”, para priorizar las diligencias,

poniendo asteriscos, según su costumbre, pero no lo encontró. Miró su reloj, bostezó y fue a lavarse la cara.

Ese fin de semana decidieron ir a Circasia, se aislaron.

Buscaba refugio en su “tela de araña”, en su hamaca cálida y dulce, que lo envolvía en el tejido de sus palabras y detalles. Sentía el deseo de amarla, y esa sensación parecía estar acompañada de esa armonía natural, de esa luz de luna, de ese frescor, que hacían más grata su tibieza, y le llevaban a ese grato umbral del abrazo de la pareja. Él distinguía el olor de Adriana, todo su olor y el de cada parte de su cuerpo; le anticipaba la nuca y el pelo, las axilas, el vientre, los muslos, el vello; le anticipaba la dureza emocionante de sus dientes, por los que volvía a la sonrisa y al beso, para descansar en el regazo de sus senos olorosos de flores, de deseos. Ella ganaba en el silencio, como si la palabra cediera a esa otra comunicación que tienen las almas cuando hablan con la piel; ella no decía muslo; lo tocaba; tampoco decía, sexo; sabía de su fuerza, de su tensión y empuje, de su deseo de lanza y batalla. Todo surgía del anhelo, del afán de sentirse y de comunicarse. Era la necesidad del llamado del otro, del complementario, sublimada en la caricia.

Se desnudaron. Era un mundo sobre un mundo, las superficies, dos, entrelazados; era la orografía de los cuerpos llenando sus espacios de colinas, de montes y de ríos; eran los campos de la piel; valles, montes, lagunas, pájaros y flores. Un rayo de luna rozó el espejo de la habitación, que se reflejó sobre el cuello de ella y sobre el ojo derecho de él; esa visita de la luz interespacial les hizo flotar entre estrellas y constelaciones como dos astros unidos trascendidos de la fuerza universal. Dulcemente reposaron, y de nuevo se vieron desnudos, pues venían, de esa dimensión eterna y sideral en la que las formas y los seres, el espacio, el amor y el deseo se confunden en el mismo cosmos dilatado e inmenso, palpitante, integral. El tiempo se había desvanecido. Él sintió de nuevo el olor a campo, a selva, a ella; el olfato lo llevaba, a ese aroma de jazmín que entraba por la

ventana como atraído por la luz de la luna que embriagaba la habitación.

Ella vio que él se levantó, abrió la nevera, sacó la gaveta y puso cubitos de hielo en los vasos, luego sirvió un poco de ron y menos de coca-cola; a ella le gustaba su desnudez, la doble redondez de sus nalgas tensas. Se sentaron sobre la cama. Sobre los morados del pecho ella le dibujó unas gaviotas.

XI FERIA DEL LIBRO DEL PACIFICO. La Feria del Libro del Pacífico se programó como un encuentro de las culturas de esta gran región del suroccidente y su contacto con el mundo. La programación satisfacía y superaba las expectativas, teniendo a Japón como país invitado, e iría de octubre 28 a Noviembre 7 de 2005. Se proponía la XI Feria del Libro del Pacífico como una ocasión de “cultura en paz y convivencia”. El reconocido periódico de la Universidad “La Palabra”, se ocupaba de difundir sus actos relevantes, entre éstos, el lanzamiento de la novela “María”, de Jorge Isaacs, en una edición crítica de María Teresa Cristina, realizada después de cotejar las ediciones anteriores y haber tenido a la vista la primera y posteriores del autor. La Feria invitaba a revisiones históricas en actos como el de “Jorge Isaacs, y el Nadaismo”; a estudios complejos de la novelística, como “Las mil caras de la Novela en Colombia”; a lanzamientos editoriales entre los cuales estaban los anunciados libros “El Japonés que amó La María”, y “Los siete poetas del haikú”, “Para el corazón que no duda...”, que Hiroshi esperaba con interés. Igualmente había un pabellón infantil, un simposio internacional sobre Isaacs, muestras pedagógicas e ilustrativas, y siendo Japón el país invitado de honor, se esperaba la presencia del señor embajador, de diplomáticos, personalidades de la cultura y de la política regional.

La programación preveía su descentralización, tanto en la ciudad como propiciando encuentros en otras sedes regionales, lo cual había sido precedido por actividades, difundiendo aspectos relevantes de geografía, historia y cultura del Japón.

Hiroshi y Alma, Hoichi y Kaoru, se sentían contentos y orgullosos, pues al tiempo que se exaltaba su cultura ancestral, tendrían ocasión de compenetrarse con sus diversas manifestaciones y avanzar en sus trabajos. Alma no tenía ascendientes japoneses pero compartía su amistad con Hiroshi y había comenzado a sentir interés por las formas literarias del Japón medieval. Los Nissei-Kan se movían a gusto en el evento. Estaban pendientes de asistir a los lanzamientos, a las conferencias, mesas redondas,

foros, seminarios, etc. Una gran actividad cultural, variada, concentrada e intensa, convocaba a los estudiantes.

Entre el marco de la feria se realizaría también un encuentro nacional de estudiantes de literatura, y se haría el estreno, mundial de la obra de teatro, escrita por Jorge Isaacs, “Paulina Lamberti”. Existían programaciones de narración oral escénica, noche de música, talleres de ikebana, origami, manga, shodo, y sobre el juego del Go. Hoichi y Kaoru tendrían la oportunidad de profundizar en el tema de la inmigración, asistiendo a la conferencia de la profesora Inés Sanmiguel, de la Universidad de Teikyo (Tokio, Japón), en el edificio Tulio Ramírez, de Univalle, en la sede Melendez. El mundo universitario bullía en torno a la feria programada, en la facultad de humanidades y otro tanto ocurría con los estudiantes de las otras facultades. Para el día 22 de septiembre, faltando un poco más de un mes de la inauguración de la Feria del Libro, se programó una jornada crítica.

La crónica anota que no se presentían los hechos de sangre que mancharían los pasillos. Kevin Alexis García, estudiante de comunicación social, tituló su artículo, publicado en La Palabra, “Luto en la Universidad del Valle”; en él relata lo ocurrido, así:

“A la una de la tarde del 22 de septiembre de 2005, en el interior de la Universidad del Valle se vivía un ambiente de normalidad pese a la jornada de reflexión en torno al Tratado de Libre Comercio, TLC, y la política estatal sobre las universidades públicas, que habían convocado los trabajadores y estudiantes para ese día. No se presentían los hechos de sangre que en pocas horas mancharían sus pasillos.

Al despuntar la mañana los trabajadores, profesores y estudiantes empezaron a llegar al Campus Universitario. Algunos estudiantes ingresaron para adelantar sus trabajos académicos, como Jhonny Silva Aranguren, de 21 años y quinto semestre de Química; otros lo hacían para participar de las actividades culturales y los conversatorios preparados para la jornada, como lo hizo Albeiro Gutiérrez, estudiante de Licenciatura en Educación Básica y

representante estudiantil en el Consejo Superior. Otros, como Germán Perdomo, estudiante de último semestre de Psicología, atendería su puesto de revistas en el primer piso de la cafetería central, labor que le permite ingresos para costear sus estudios. Los adeptos al deporte querían aprovechar el día para practicar en el Centro Deportivo Universitario, con ellos estaba Rosario Rivera Quintero, de quinto semestre de Lenguas Extranjeras, quien acompañaba a su novio a la clase de natación.

Presencia preventiva. Pasada la una de la tarde, la cafetería central no abrió sus puertas y Germán Perdomo comía una hamburguesa en los bajos del restaurante. Jhonny Silva caminaba con una ración de yogur, pan y salchichas, empacada por su madre; Albeiro Gutiérrez preparaba una ponencia sobre la universidad pública y Jairo Andrés Velásquez, de tercer semestre de Filosofía, picaba papas a un lado de la Administración Central, para una olla comunitaria. En la plazoleta de Las Banderas se escuchaba música reggae y en la de Ingenierías, las historias de un grupo de cuenteros que participaban de las actividades artísticas, hacían sus delicias. Dos horas más tarde, a las 3:00 p.m., en el auditorio 5, se realizaba un conversatorio con la presencia de profesores de las universidades Nacional y del Atlántico, y una comisión internacional de académicos ingleses. En las afueras de la Universidad, en la acera de Unicentro, por la Avenida Pasoancho, se encontraban los agentes del Escuadrón Móvil Anti Disturbios, ESMAD, un equipo especializado de la Policía.

El detonante. En Villagorgona, pequeño corregimiento del municipio de Candelaria, Valle del Cauca, sus habitantes realizaban una protesta por la falta de agua potable. Habían bloqueado la vía, y la Policía para evitar la manifestación se había enfrentado con los habitantes, dejando a varios con heridas de gravedad, y a un niño de dos años muerto, debido a la inhalación de los gases lacrimógenos que usa el ESMAD para controlar las multitudes. La noticia llegó hasta la Universidad del Valle, y un grupo de estudiantes decidió realizar “un plantón”, o sea pararse en la en la Avenida Pasoancho para denunciar los hechos. Los

estudiantes pretendían detener el tráfico y la Policía reaccionó con gases. Así se inició un intercambio de insultos, piedras y lacrimógenos. Era cerca de las 5:00 p.m. cuando las directivas de la Universidad dieron la orden de evacuación y la vigilancia privada cerró los edificios académicos y administrativos. Los estudiantes debieron salir de los recintos cerrados, pero las salidas principales por la Avenida Pasoancho estaban bloqueadas como consecuencia de la confrontación. En estos casos sólo queda una salida, por la Avenida que conduce al Centro Comercial Carrefour, alejada de los edificios académicos. Algunos estudiantes decidieron quedarse en los pasillos y zonas verdes esperando que se acabaran los enfrentamientos. Otros atravesaron extensos pastizales de la Universidad para salir, inclinándose entre las púas de las cercas que bordean el Campus. Aquellos que decidieron aguardar al interior vivieron un atardecer de pánico y confusión.

Quienes participaban en el conversatorio en el auditorio cinco salieron para enterarse de lo que ocurría, entre ellos, Albeiro Gutiérrez, el líder estudiantil, quien se dirigió a la cancha de Economía cercana a los disturbios, allí donde los ESMAD bloqueaban las salidas vehicular y peatonal por la Pasoancho. Jhonny Silva, obedeciendo la orden de evacuación, dejaba la biblioteca y caminaba hacia la vía peatonal.

En la Cafetería Central, Germán Perdomo cerró su revistería y también partió hacia la cancha de Economía. Rosario abandonaba la piscina con su novio, mientras buscaba cómo evacuar. En el campamento, montado a un lado de la Administración, algunos estudiantes y trabajadores empezaron a recoger sus implementos tras ver que los enfrentamientos no paraban. No lo hizo así Jairo Andrés, estudiante de Filosofía, y se quedó con otro compañero esperando entre las carpas.

*Penumbras. A las seis de la tarde, ya empezaba a oscurecer. Pocos minutos después, se escucharon las voces de alarma: **¡Pilas, que se metieron; están adentro, se metió la Policía!** Desde la cancha, Albeiro vio una estampida de estudiantes que*

corría despavorida hacia los edificios centrales. Pensaba, como era costumbre, que la Policía ingresaría no más de 30 metros y que luego se devolvería hacia la Avenida; pero esto no ocurrió y los estudiantes siguieron corriendo en busca de un resguardo que no encontrarían. Los que estaban en los corredores y zonas verdes hicieron lo propio al ver la avalancha que se venía sobre ellos. Rosario, que apenas se enteraba de lo ocurrido, quiso correr hacia una plazoleta que conectaba con la salida trasera, pero algunos uniformados ya estaban en ese camino. Ella y un centenar de estudiantes giraron hacia una amplia zona verde ubicada alrededor del lago. Hacia allá también se dirigía Jhonny Silva desde la cancha de Economía. A varios metros, algunos estudiantes como Albeiro gritaban a los más desprevenidos que corrieran porque el ESMAD ya estaba adentro.

Los estudiantes menos hábiles se quedaron relegados; Jhonny Silva padecía problemas psicomotrices que le impedían correr, y su poca coordinación de las piernas le obligaba a caminar de lado a lado, a manera de zigzag. A esto se sumaba su sistema nervioso que colapsaba en situaciones de tensión, debido a un trauma que le produjo ver a la edad de tres años numerosos cadáveres de los enfrentamientos entre el ejército y la guerrilla, en una zona del Huila donde trabajaba su padre. De repente, la luz eléctrica fue interrumpida y el área de la biblioteca central y la administración quedó en penumbras. Pero la estampida de los estudiantes sólo se detuvo cuando alguien gritó: “¡Un estudiante está caído! ¡Hirieron a un estudiante!”. Albeiro paró y con él decenas de estudiantes más.

A un lado del edificio central, Jhonny estaba tendido sobre el piso, desangrándose por el cuello y la boca. Quince minutos después, arribó la ambulancia de la Universidad, ambulancia que no tenía los implementos necesarios para una situación como ésta. **La enfermera trataba de reanimarlo, le tocaba las manos y le medía el pulso; pero él no respondía**, cuenta Albeiro, quien ayudó a recogerlo. Cinco minutos más tarde, ingresaba a la Clínica Valle del Lílí y luego de tres intentos fallidos de reanimación, los médicos lo declararon muerto. Albeiro aún no

salía de su asombro cuando le informaron que regresara con la ambulancia porque otro estudiante llamado Germán Perdomo, el revistero, estaba herido de gravedad. Entre tanto, Wilman Silva y Enerieth Aranguren, padres de Jhonny, recibían la trágica noticia”.

Los estudiantes sintieron la muerte de su compañero y reaccionaron con indignación; la ciudad tendría que soportar su rechazo y cólera, sus marchas, la Toma de La Ermita, para pedir justicia.

La reacción de las directivas Universitarias, de la Gobernación del Departamento y de la Alcaldía del Municipio se hizo sentir, pidiendo el desalojo del templo, al tiempo que la Arquidiócesis rechazaba enérgicamente La Toma. Compañeros, familiares y amigos de los estudiantes, se declararon en guardia permanente, para protegerlos, calificándola de “pacífica”, adjetivo que finalmente fue aceptado por todas las instancias a las que incumbía la situación; “y así, como de pacífica, fue titulada el acta de acuerdo que se firmó el 30 de Septiembre, para abandonar la iglesia”.

Los universitarios consiguieron mantener en el anonimato la identidad de los compañeros que la llevaron a cabo, incluso de la comisión facilitadora; “era algo que nos preocupaba”, dijo Gladysz.

***La que sigue es el acta de acuerdo, tomada de “La Palabra”:
“Puntos del acuerdo de desalojo de la iglesia La Ermita,
firmado por representantes de la Alcaldía de Cali, el
Ministerio Público, la Comisión facilitadora y estudiantes de
Univalle, el pasado 30 de septiembre.***

1. Alcaldía de Santiago de Cali, bajo el liderazgo del Dr. Apolinar Salcedo, acoge el llamado de la comisión facilitadora en el sentido de comunicarle a la ciudadanía su plena disposición al diálogo y la negociación pacífica con el grupo de estudiantes que hace presencia en la iglesia La Ermita, en perspectiva de hacer posible la salida pacífica del templo. En igual sentir, el alcalde manifiesta su total acuerdo

por la defensa de la autonomía universitaria y pide el respeto de las autoridades por el Campus, el cual se concibe como un espacio de construcción de saberes y de debate abierto a la ciudadanía.

2. Se acuerda con la comisión facilitadora la organización de la audiencia pública en la ciudad de Cali, en la cual todos los sectores sociales harán públicas sus propuestas con relación al esclarecimiento de los hechos que produjeron el asesinato del estudiante de la universidad del Valle Johnny Silva Arangueren, el pasado 22 de septiembre de 2005. Dicha actividad contará con la presencia del alcalde de Santiago de Cali, demás autoridades municipales, autoridades departamentales, representantes del Ministerio Público y las distintas organizaciones sociales y populares defensoras de los derechos humanos, escenario que se concibe como reivindicación del derecho a la vida.

3. Se acuerda que, con el liderazgo de la Alcaldía de Cali, a través del Comisionado Municipal de Juventud, se van a adelantar foros de ciudad que permitan la deliberación pública, abierta y democrática de los siguientes temas: gobernabilidad local; políticas públicas de seguridad y convivencia; el derecho a la movilización y la protesta social.

4. Instalar la mesa de verdad y justicia, frente a la muerte del estudiante Jhony Silva Arangueren, que será coordinada por la Iglesia Católica, el Ministerio Público y un representante de la Comisión Facilitadora. Dicha instalación se hará a través de un acto en la Iglesia La Ermita, el día viernes 30 de septiembre de 2005, a las 4:00 p.m., con la presencia del señor alcalde de Cali, Dr. Apolinar Salcedo; el Sr. Gobernador Angelino Garzón, representado por el Dr. Alonso Moreno; el representante a la Cámara Alexander López; el Rector de la Universidad del Valle, Dr. Iván Ramos Calderón; los representantes del Ministerio Público; la iglesia católica; la comisión facilitadora; los medios de comunicación y todas las organizaciones sociales.

5. El alcalde de Santiago de Cali asume la vocería de la Administración Municipal ante la ciudad para tratar, con la comunidad educativa de la Universidad del Valle, los procesos de diálogo y concertación en torno las causas y consecuencias de la muerte del estudiante Jhonny Silva Arangure, en función del respeto al ordenamiento jurídico y la promoción de la convivencia pacífica.

6. El presente acuerdo se realiza dentro del marco del mandato ciudadano, convenido en la Universidad del Valle triestamentaria, realizada el martes 27 de septiembre de 2005 con la presencia de la comunidad universitaria y el Consejo Superior, presidido por el señor gobernador.

7. Las partes garantizan las condiciones de seguridad para la salida y desplazamiento de los estudiantes, desde la iglesia La Ermita hasta la Universidad del Valle sede Meléndez.

8. La Alcaldía de Cali y la iglesia católica se comprometen a no iniciar acciones judiciales contra quienes realizaron la ocupación pacífica de la iglesia La Ermita y las personas que acompañaron el proceso”.

Después vendría el fementido compromiso oficial referente a la investigación de los hechos, y esa sensación de impunidad, de desamparo jurídico y de vacío, que dejan las consabidas frases de que se harán “investigaciones exhaustivas, se identificará a los responsables y se impondrá la condigna sanción a los responsables”.

Octavio había estado preocupado porque uno de sus alumnos de filosofía, el inquieto Julián, se encontraba entre los estudiantes que habían liderado la jornada de reflexión y participado en La Toma. La noche de ese 30 de Septiembre el mismo Julián tocó a la puerta del apartamento del profesor, en compañía de un amigo, que trabaja en la Cruz Roja. Julián le pidió que les dejara pasar la noche allí, y Octavio les ofreció almohada y cobija, y que se

acomodaran en la sala. Hablando acerca de lo ocurrido Julián le explicaba que el mayor logro había sido la vinculación de la propia iglesia católica en la búsqueda de la solución.

–Después de muchas interpretaciones y valoraciones de La Toma, desde lecturas sociológicas, antropológicas, políticas, etc, se consiguió darle el carácter de “visita al templo por la muerte del compañero” –dijo Julián.

–Se esfumó la idea del irrespeto a lo sagrado –dijo el amigo.

–Como dijo monseñor Fred Potes, quien tiene a su cargo la iglesia, “el hecho terrible era el asesinato de Jhonny Silva”, y recuerdo las palabras del padre El Kui Nasrralah, cuando observó “..a un edificio hermoso, como La Ermita, se le quita todo el potencial que tiene de intocable, para colocar la intocabilidad de la vida” –comentó Julián, con convicción.

–Éso cambió todos los parámetros –dijo el amigo.

–Lo que hizo Potes fue reconceptualizar el acontecimiento y pasar de la importancia que los medios y las autoridades le daban al templo físico, a la arquitectura emblemática de la ciudad, al verdadero templo, al templo de la vida.

–Fue lo que Monseñor llamó la corporeidad de la iglesia, que está en los seres humanos, como templos, recintos sagrados –reforzó el amigo.

–Cuando el padre dice eso, empieza a bajarse la tensión, se modifica el criterio de irrespeto a lo sagrado, al recurso militar, y se da cabida a la interpretación de visita por la muerte del compañero, a la expresión de duelo, de denuncia, de reclamo –explicó Julián.

–Dio resultado la comisión –opinó Octavio.

–Fue lo mejor –dijo Julián. Si no, ¿quién sabe?

–¿Quieren tomar algo?

–Preparémonos un cafecito. –dijo el amigo, tomándose confianza.

–¿O tenés un aguardientico? –preguntó Julián.

Sobre el escritorio se veían estilógrafos; abrió el closet y sacó una caneca de ron, empezada.

–Pase eso pa'ca, mano –dijo Julián. Te aseguro que casa bien con el café.

–¡Uyy! Pero este man si tiene muchos estilógrafos. Mirá, vé –dijo el amigo, viendo las plumas sobre el escritorio. Mirá este lapicero tan bacano –dijo, tomando un Lamy. ¿De cartucho o de bomba?

–Se le puede poner bomba.

La noche trajo otros sueños, otros ronquidos, otros ruidos.

Fueron siete mil los estudiantes que salieron en la marcha de protesta; el ambiente se hizo difícil por la inconformidad, el resentimiento y la sensación de inseguridad que sucedió a los acontecimientos.

Durante los días siguientes las directivas varias veces ordenaron el desalojo de estudiantes y empleados; había una tensa calma; se temía por la posibilidad misma de realizar la Feria. Pronto aparecieron afiches pidiendo que se aplazara hasta que las autoridades señalaran a los responsables, acusando a la policía por estos hechos, y exigiendo el previo cumplimiento del Acuerdo. El interés de quienes deseaban que se realizara la Feria era visto como traición a los ideales estudiantiles, y en más de una ocasión hubo enfrentamientos personales y tentativas de boicoteo.

EL RECLAMO COREANO. A los inmigrantes orientales les pasa en Colombia, lo mismo que a los del medio oriente; todos son “chinos” o “turcos”. A los sirios, a los libaneses, a los turcos, a los iraníes los llaman “turcos”; a los chinos, japoneses, coreanos, tibetanos, camboyanos, vietnamitas, laosianos, los llaman “chinos”.

A Sangmi, coreana, la llaman “la china”, sus compañeros; a los japoneses, a Hiroshi, Hoichi y Kaoru, igualmente los llaman “chinos”; lo mismo que a los Chois, a los Kwang y a los Li, los llaman “chinos”, pero con motivo de la convocatoria que se le hizo al Japón, como país invitado de honor a la Feria del Pacífico, por parte de la Universidad del Valle, Sangmi, se encontraba inquieta, y no perdía oportunidad para señalar, en toda ocasión, lo diferentes que eran los unos de los otros, étnica y culturalmente; pero sobre todo, Sangmi venía insistiendo, con vehemencia, en el pasado histórico que los distinguía y hacía irreconciliables.

Los nissei kan, hijos de los inmigrantes japoneses, no disimulaban su orgullo, e incluso algunos pasaron a la arrogancia. Fue este comportamiento presumido lo que llevó a Kim Sangmi, hija de una familia coreana, a cuestionarlos.

Un día en la universidad, en el intermedio de las clases, a media mañana, coincidieron casualmente en la Cafetería del gradual.

–Ustedes tiene muy idealizado al Japón; deberían repasar la historia –dijo fastidiada.

–¿Qué te pasa? –la increpó Alvaro.

–Que hay algo más que ese Japón “heroico y galante”, que los tiene congelados –dijo con rabia Sangmi.

–Nadie se está metiendo con vos –replicó Hoichi.

–Es bueno que sepan que el pueblo coreano fue desangrado por el imperio japonés desde el 22 de agosto de 1910; que hasta el

término de la segunda guerra mundial, en 1945, Corea siguió sufriendo sus humillaciones y torturas. Ustedes adoran a los samurais, a esos rufianes fanfarrones, salteadores de caminos. Hablan de las tres religiones en Japón, pero desconocen la persecución sin piedad a los monjes budistas en Corea, para imponer ese shintoísmo de los emperadores, de los supuestos hijos del sol –dijo Sangmi, despectivamente.

–No te lo tomés tan a pecho, que eso ya pasó –dijo Rodrigo.

–Esos imperialistas hicieron transformar nuestras casas para imponer su ridículas puertas correderas, de papel de arroz que no permite ninguna privacidad ni intimidad, para poner unos fríos e incómodos tatamis*.

–Pero “Chinita”, eso ya pasó –dijo Nancy Chois.

–No me digás “Chinita”, que me llevan los mil demonios –replicó airada Sangmi. Yo vengo de una familia de la resistencia coreana, que prefería morir a que le cambiaran sus nombres del Coreano al Japonés; mis abuelos tenían que reservar sus nombres y su idioma para hablar en privado; ¿se imaginan? –insistió Sangmi colérica.

La situación se estaba tornando difícil y pensaban que iba a tener un desenlace inesperado.

–No saben lo que me pesa mi nombre; no puedo leer un haikú. Ustedes tienen que conocer a esa bestia de Okamoto, a esa otra de Fujiwara, tienen que leerse el libro “Las orquídeas rojas de Shanghai”, de la escritora Juliette Morillot –dijo Sangmi, llorando.

Nancy Chois la abrazó. Ignoraba, en verdad, el karma que pasa la historia de una generación a otra, de un pueblo a otro, en la continuidad de la especie humana.

–Así como los rusos impusieron a los rumanos el alfabeto cirílico, a nosotros, coreanos, nos impusieron la escritura japonesa, y nos

obligaron a cantar el himno de los súbditos japoneses “para contribuir a la gloria eterna del imperio” –dijo Sangmi, llegando al límite.

Kaoru, que la conocía y había compartido con ella sesiones de culinaria oriental, le decía: que ni ellos eran representantes del Imperio, ni ella una coreana sometida a los invasores; que todos eran estudiantes universitarios, y compañeros; pero Sangmi se desdobló con una ira ancestral, recordando las crueldades a que fue sometido el pueblo coreano, los templos budistas irrespetados, las mujeres violadas, la niñez prostituida, los pueblos y ciudades saqueados, las armas biológicas, la experimentación con seres humanos. Kin Sangmi lloró con el dolor de sus antepasados.

–Cuando hayan leído el libro, entonces hablamos –dijo Sangmi remitiéndolos con ira a la fundamentación histórica de su reacción-. Deberían tener presente todas las vejaciones que les hicieron a las niñas violadas, esclavizadas hasta el límite de su resistencia, hasta marchitarse en la inmundicia de su guerra imperialista. A esas pobres niñas les negaron la posibilidad de experimentar sentimientos humanos y servían solo de instrumento sexual de la soldadesca. ¡No puedo! ¡no puedo! – Y Sangmi se deshizo en llanto.

Nancy Chois pasó una mano sobre su hombro, la abrazó y la invitó a retirarse de la cafetería.

Se sentaron debajo de un árbol y Sangmi le dijo:

–La ignorancia es atrevida; los occidentales han sido indiferentes a la desgracia de muchos pueblos orientales. Mis abuelos me han contado cosas muy tristes. Me da rabia de tanto olvido, y de lo jactanciosos que andan éstos, con lo de esta verraca feria.

–Hablá, hablá; no te quedés callada; pero no te peliés con ellos.

–Es que la brutalidad de los invasores fue tenaz.

–Pensá que éstos son otros tiempos, y que los japoneses que vinieron aquí no eran soldados sino agricultores que precisamente huían de las guerras. ¿Cómo no vas a comprender eso? –la cuestionó Nancy.

–Lo único que saben es hacer carros.

–Pero Sangmi, ¿cómo te vas a cerrar a la banda? Los coreanos también los hacen.

Sangmi sonrió. Una señora, alta y delgada, de pelo negro, vestida de rosa, que caminaba descalza por el prado universitario, le devolvió la sonrisa con un gesto enigmático que sin embargo le dio ánimo. Sangmi retomó su respiración y recuperó su ritmo. Luis Castro el jardinero le regaló una flor de hibisco, mientras recogía las hojas caídas de los árboles.

–Nancy, ¿eres feliz?

–¿Pero qué pregunta es esa?

–Es que a veces me siento tan mal.

–Mirá, no sé responderte; pero lo que si te digo es que hay que luchar por estar bien, y que el destino ponga el resto, ¿no?

El diálogo, y la argumentación de Nancy, lograron calmarla. De alguna manera le hacía falta vivir ese momento reprimido, porque como ella decía, una de las cosas que más duele, es no poder hablar, las palabras que no se pueden decir... Después de este episodio inesperado y dramático Sangmi inició un proceso de comprensión respecto del odio ancestral que le inculcó su bisabuelo, quien había luchado en la resistencia, habiendo perdido familia y bienes, por lo cual tuvo que escapar hasta llegar a estas tierras suramericanas; eso fue el 8 de diciembre de 1942, un año después del inicio de la Guerra del Pacífico.

LOS SIETE POETAS DEL HAIKU. Llegó el día de la inauguración de la XI Feria del Libro del Pacífico en medio de gran expectativa, no solo de los estudiantes de la Universidad del Valle, sino de toda la ciudad y de la comarca, en medio de denuncias y protestas por la muerte de Jhonny Silva. Las bondades de la programación no le restaron beligerancia a los inconformes, a quienes la presencia del señor embajador del Japón no acalló para nada el grito permanente de sus consignas, reclamos y críticas a las directivas y al gobierno.

La amplia oferta de la programación se constituyó, una vez más, en un trascendente hito cultural de la región y del país. “La Palabra” -periódico de la Universidad-, y los medios de comunicación, apoyaron esta importantísima gestión cultural, difundiendo constantemente la actividad general y la de cada día.

Hoichi y Kaoru fueron a muchas de ellas, asistiendo a la de la profesora Sanmiguel, sobre la migración japonesa; Hiroshi no faltó a la de Los Siete Poetas del haikú; Adriana y Alma disfrutaron de una interesante programación musical; y Octavio prefirió asistir al “Paralelo entre la sabiduría de oriente y la sabiduría de occidente”. Todos y cada uno sintieron que la feria les había aportado; pero, sin duda el más entusiasta fue Hiroshi, por sus progresos en el estudio del Haikú, y en especial, por su descubrimiento de Ryokan, en cuya lectura se centró de tal forma, que como él mismo decía, “su vida cambió para siempre”, contándole a todo el mundo, con admiración y gozo, la anécdota que subyace en el poema del Ladrón:

El ladrón huyó
dejando la luna
en la ventana.

Orgulloso de sus ancestros, repetía el verso, en Japonés:

Nusubito ni
tori nukosareshi
nado no tsuki

Y lo repetía contando las sílabas

<u>Nu</u> <u>su</u> <u>bi</u> <u>to</u> <u>ni</u> ;	_____5
<u>to</u> <u>ri</u> <u>nu</u> <u>ko</u> <u>sa</u> <u>re</u> <u>shi</u> ;	_____7
<u>na</u> <u>do</u> <u>no</u> <u>tsu</u> <u>ki</u>	_____5

Y exclamaba:

–¡Qué belleza!

Los compañeros sonreían al ver lo entusiasmado que estaba, descubriendo a los “haijin”, como los llamaba, en japonés. Hiroshi no dejaba de mencionar aspectos de la vida del monje, su concepto de la poesía, de narrar su periplo existencial.

–Miren lo que dice: “Mis poemas no son poemas. No sé por qué dicen que son poemas. Cuando comprendan que no son poemas, podremos hablar de poesía”.

Realmente se le veía compenetrado del espíritu del haikú.

–“Muchos hombres llegan a ser monjes y a partir de entonces practican el zen, mientras que yo he practicado el zen por largo tiempo, mucho antes de llegar a ser monje” -cito Hiroshi a Ryokan.

Fue el monje Daimu Kokusen, abad del templo Entsu-ji, en 1779, quien lo inició de la práctica de la respiración tranquila, el estudio del koan, y la meditación, como vías para alcanzar el satori. Hiroshi sentía una gran emoción al contar pasajes de la vía de Ryokan, lo mismo que al explicar los caracteres de su nombre. Ryokan adoptó el nombre religioso de Ryo (bueno) kan (tolerante), y deambulaba de un lado al otro en las cercanías del pueblo natal, y después fue a vivir en una pequeña cabaña, llamada Gogo-an, que literalmente significa “cinco raciones de arroz”, en los predios de un antiguo templo budista.

Lo mismo sucedió con Hoichi; como el personaje de la historia del que toma su nombre, repetía con meticulosidad todas las circunstancias y detalles de la migración nipona. Cuando tocaba el tema, iniciaba su disertación y parecía que no iba nunca a acabar. Como narrador nato, hacía de la historia que contaba, una exposición tan amena y agradable que parecía un relato literario, ni más ni menos que un cuento. Sin duda, una de las partes más bellas y encantadoras es la del descubrimiento del joven Yuzo Takeshima y los estudiantes de idiomas, de María, la novela de Jorge Isaacs.

De la ensoñación idílica y romántica nace el proyecto, iluminado por el sol del Valle del Cauca; les llega a los jóvenes esa enternecedora historia de amor y, sintiéndose atraídos por las bellas descripciones, emprenden la búsqueda de El Paraíso. La travesía de los primeros inmigrantes está llena de encantos y sorpresas, llena de sobresaltos y peligros. Al arribar a bordo del Rakuyo Marú, y anclar en la Bahía de Buenaventura, pues en ese entonces no había muelle, transbordaron haciendo grandes acrobacias en pequeñas canoas con capacidad para cuatro o cinco personas; así tocaron tierra y se sorprendieron de encontrarse con los negros, como extrañaron los europeos al descubrir a los nativos de estas tierras americanas, y ha sucedido con los diferentes descubrimientos recíprocos y contactos que en la historia de la humanidad han tenido las diferentes etnias que pueblan el globo.

—A los españoles los atrajo la leyenda de El Dorado; a nuestros antepasados, la descripción de El Paraíso —observó Kaoru.

A Kaoru le fascinaba la historia que contaban del nombre de Hoichi; por eso los viejos de la colonia japonesa, le decían a su amigo el “Desorejado”. Ésta es, según la cuenta Luis Caeiro, y se refiere a los Heike: *“Hace mucho tiempo, cuando la guerra Gempei era un recuerdo de tan sólo cien años o poco más, vivió un ciego llamado Hoichi que era biwa-hoshi. Los biwa-hosi eran bonzos itinerantes que solían cantar el largo poema titulado Heike-monogatari, de tal manera, que conmovía a todos los que le*

oían, especialmente cuando declamaba el pasaje de la terrible batalla de Dan-no-ura, y a este don debía su fama. En cierta ocasión, siendo Hoichi todavía poco conocido, le invitó al sacerdote de un templo, muy aficionado a la música y la poesía, a que cantase y recitase y, al mismo tiempo, a permanecer en el templo. Este templo, llamado Amidaji, estaba en Bakkan, y se había levantado porque en la costa cercana, próxima al lugar de la batalla de Dan-no-ura, se habían manifestado múltiples veces los espíritus de los Heike, y se esperaba que con la construcción del templo y la de un cementerio a su lado, en el que se erigieron las lápidas con los nombres de todos los caídos en la batalla, las almas se aplacasen, como en efecto sucedió. Hoichi se sintió sumamente feliz con la invitación, tanto por amistad con el sacerdote del templo como por necesitar su apoyo, pues era muy pobre. Allí estuvo alojado Hoichi bastante tiempo, y así llegó el verano. Una noche especialmente calurosa llamaron al sacerdote para officiar un servicio por un hombre de la aldea cercana que había muerto esa tarde; se fue, pues, el sacerdote con su acólito, dejando solo al cantor. Era una noche de calor agobiante en la que llegaban claramente al templo el rumor del mar y el olor de la sal. Para Hoichi lo demás era oscuridad y sonidos de animales nocturnos. Buscando algo de fresco, salió al pequeño jardín que había detrás de su habitación dispuesto a esperar a su amigo el sacerdote, distrayéndose con su biwa. Pasó la medianoche y su amigo no volvía; pero, al cabo de un rato, escuchó unos pasos que se acercaban cruzando el jardín hasta detenerse frente a él. No eran pasos conocidos, ni eran el sacerdote ni su joven discípulo. Un hombre, de pie ante él, le habló con voz potente y hosca, con el tono desabrido y seco con el que los samurais se dirigen a sus inferiores:

–¡Hoichi!, ¡Hoichi!- Tan violenta sonó su voz en el silencio de la noche, que no parecía dirigirse a él, sino estar dirigiendo una maniobra en la batalla.

–No sé quién me llama, pues soy ciego –respondió Hoichi asustado, pero procurando mantener la serenidad-; soy yo a quien llamáis, decidme pues en qué puedo servirlos.

–No hay nada que temer de mí –el aguzado oído del ciego captó en la voz el esfuerzo que hacía para suavizarse-, sirvo cerca de aquí y soy portador de un mensaje que mi señor te quiere hacer llegar. Es hombre de altísimo rango que está de paso con un gran séquito; hoy ha venido a conocer y contemplar el escenario de la batalla de Dan-no-ura. Ha llegado a sus oídos tu habilidad para recitar la historia de esa batalla y quiere que actúes ante él. Coge tu biwa y acompáñame a palacio.

Le tomó el brazo firmemente y casi le arrastró en una larga caminata que recorrieron a grandes zancadas. Por el tacto en su brazo y el sonido que a cada paso de su guía le llegaba, pudo comprender Hoichi que era un samurai completamente armado. La armadura es algo fácil de detectar aun para un ciego. No cabía duda de que era servidor de una gran casa, lo que le tranquilizó; llegó a pensar si quizás éste sería un golpe de suerte y podría encontrar protección en un daimyo poderoso. Cuando el guerrero se detuvo, Hoichi se dio cuenta de que se hallaba en un gran portal, lo que le desconcertó por completo, pues había recorrido toda la zona y no existía un portal semejante a aquél, salvo el propio templo. Llamó el samurai, le abrieron la puerta y de nuevo comenzó a caminar por lo que parecía un jardín, hasta que percibió un edificio ante sí.

–Acercaros –gritó el samurai con voz que, indudablemente, se oiría sobre el fragor de la batalla y aun sobre el de la tempestad, o eso al menos pensó Hoichi, intentando recuperar el resuello-. Traigo a Hoichi.

Otras manos vigorosas le ayudaron a subir, podría decirse que le levantaron en vilo, unos cuantos escalones de piedra, sin duda la entrada a una casa o un palacio; una vez arriba, pudo distinguir con toda nitidez el sonido de voces femeninas conversando con un lenguaje tan refinado que le confirmó en la idea de la alta posición social del señor que le había mandado traer. Una mano delicada de mujer tomó la suya y le guió por un laberinto de salas, pasillos y rincones, hasta llegar a un salón inmenso en el que

Hoichi percibió a muchas personas, toda una corte, cuyos vestidos de seda crujían como pisadas sobre hojas secas. Le habían preparado un cojín y le dijeron que se acomodara.

–Recítanos ahora el Heike-monogatari –ordenó amablemente una voz femenina.

–El poema es largo, señora. ¿Qué parte desea oír mi augusta audiencia?

–Recítanos la batalla de Dan-no-ura.

Empezó a recitar describiendo el mar encrespado, imitando con su biwa los chasquidos de los remos, el silbido de los dardos, el sonido de los aceros al chocar, de las naves al incrustarse unas en otras, de los cuerpos muertos cayendo al mar y los gritos de los guerreros al ser heridos y verse morir. Escuchó algunas alabanzas murmuradas en las pausas que, como a todo buen artista, le estimularon a continuar su canto con renovado entusiasmo.

Estaba acostumbrado a las reacciones emotivas ante los pasajes que seguían, pero lo que ocurrió aquella noche no pudo esperarlo nunca. Eran los atroces pasajes de la matanza de mujeres y niños, sin hombres que les defendieran, de la pérdida de la espada que Amaterasu entregó a Jimmu, de la muerte del Emperador Niño y de su madre. No pudieron sus oyentes ahogar un alarido de dolor en ese instante. Todas las gargantas gritaron al unísono, fue el principio de un estallido de lamentos y llantos que duró mucho tiempo. Hoichi llegó a sentir miedo ante el ardor que había levantando el poema, calló y esperó. Poco a poco fueron cesando los lamentos hasta que de nuevo se impuso el silencio y, después de un momento, volvió a oír la voz de la mujer, todavía velada por la emoción.

–Ni siquiera podíamos imaginar que fuera posible tanta maestría en el arte como nos has demostrado esta noche. Nuestro señor está dispuesto a recompensar tu talento como mereces, pero

deberás actuar en su presencia las próximas seis noches; después el señor continuará su viaje de retorno. El servidor que te trajo hoy irá a buscarte cada noche. Pero sobre todo, no debe decir a nadie que vienes aquí; nuestro señor viaja de incógnito y es su voluntad que así sea.

Una mano delicada le llevó a la puerta y, desde allí, le guió hasta el templo el samurai de la voz y la mano fuertes sin que mediara palabra; casi amanecía cuando llegaron, pero como el sacerdote no había vuelto todavía, nadie se dio cuenta de su ausencia nocturna. La noche siguiente se repitió la aventura, pero esta vez sí se dio cuenta el sacerdote, y por la mañana le dijo:

—No deberías causar la ansiedad de tus amigos, Hoichi. Los caminos son malos y desiertos para recorrerlos de noche; si nos hubieras dicho que ibas a salir, yo o cualquiera de nosotros te hubiéramos acompañado con todo gusto donde quiera que hayas ido.

Ciertamente su buen amigo tenía toda la razón en lo que le decía tan amablemente, pero no podía contarle lo que sucedía por las noches, y no hacerlo era una descortesía, además de una cierta traición a la amistad. Le costó un esfuerzo, pero, finalmente, explicó su ausencia con una respuesta evasiva que, lejos de satisfacer al sacerdote, le hizo sospechar, pues nada era más contrario al temperamento de Hoichi que eludir la pregunta de un amigo. Hizo que los criados vigilaran al joven ciego esa noche con la intención de seguirle si de nuevo se alejaba y de protegerle si era necesario.

Llegada la noche vieron a Hoichi ponerse en camino solo; pero, antes de que pudieran seguirle, ya había desaparecido bajo la lluvia que caía con fuerza. Parecía imposible que hubiera caminado tan velozmente en aquellas condiciones y sin ver los caminos, pero resultó inútil buscarle por las cercanías del templo. Decidieron, pues, buscar por los diversos lugares que solía frecuentar, sin que apareciese en ninguno de ellos; volvían al templo por el camino de la costa cuando oyeron el inconfundible

sonido de su biwa que llegaba desde el cementerio. Corrieron hacia allí y encontraron al cantor recitando en alta voz el estremecedor pasaje de la batalla sentado ante el monumento que recordaba al Emperador Antoku, muerto en la batalla de Dan-no-ura, y en torno a él los fuegos fatuos de los cientos de muertos allí recordados, que ardían como velas bajo la tormenta.

Gritaron avisándole, pero Hoichi no les oía. Tuvieron que agarrarle y gritarle al oído para que les hiciera caso y les contestara:

—¡Interrumpirme así ante tan respetable asamblea; me parece absolutamente intolerable!

A pesar de lo dramático del momento, la escena no dejaba de tener cierta gracia, o al menos así lo creyeron los criados que le sacaron del cementerio conteniendo a duras penas la risa, aunque preocupados por Hoichi y el hechizo que le dominaba. Le llevaron al templo, le quitaron las ropas empapadas por la lluvia, le pusieron otras y le hicieron entrar en calor con comida y bebida calientes. Sólo entonces su amigo el sacerdote exigió que le explicase lo sucedido. Por cierto, que lo hizo con bastante energía, y hasta podría decirse que con furia, a pesar de su afable carácter. Hoichi comprendió que su amigo tenía de nuevo razón y le contó toda la peripecia desde la primera visita del samurai de voz tronante hasta lo que él creía una imperdonable interrupción de su recitado.

—Hoichi, amigo, he de decirte que estás en grave peligro. Deberías habérmelo dicho antes. No creas que has visitado un palacio; hasta estado en el cementerio actuando ante las lápidas de los Heike muertos en la batalla que tan bien relatas. Esta noche te hemos encontrado ante la que recuerda a Antoku, el emperador caído entonces. Lo peligroso es que escuchaste la llamada de los muertos la primera vez, te pusiste en sus manos; si vuelves a atenderla después de lo que ha pasado esta noche, te destruirán; tarde o temprano te hubieran destruido de todas formas. Lamentablemente, esta noche no podré permanecer junto

a ti, pues he sido llamado, pero no me iré sin dejarte protegido de los espíritus.

Antes de que llegara el ocaso, el sacerdote y su acólito desnudaron a Hoichi y escribieron sobre cada parte de su cuerpo el texto del sutra llamado Hannya-Shin-Kyo, y después le instruyó el sacerdote:

–Esta noche, sin duda, te llamarán. Pase lo que pase, no respondas ni te muevas; si lo haces, te despedazarán. Ni llames, ni pidas ayuda; si aguantas, te dejarán en paz y no volverán.

Como cada noche Hoichi se sentó en el jardín y, siguiendo las instrucciones de su amigo, adoptó una actitud meditativa. Pasó mucho tiempo antes de que oyera los pasos del samurai, que ya empezaban a serle familiares. Resonó con la habitual potencia la voz que le llamó.

–¡Hoichi! ¡Hoichi! –evidentemente el guerrero se impacientaba - ¡Hoichi! –De alguna manera comprendió el cantor que aquel hombre siempre era obedecido en vida, no era voz que tolerase tardanzas; tuvo pues que recurrir el joven a toda su fuerza de voluntad para mantenerse completamente inmóvil y silencioso-. No le veo ni responde; no importa, le encontraré como sea. ¡Hoichi! –retumbaron los pasos acercándose y con ellos los sonidos de la armadura hasta casi rozarle-. Aquí está su biwa ¡pero de él no veo más que las orejas!, eso explica que no contestara, no tiene boca para hacerlo, ciertamente no podrá tampoco recitar; sin embargo, me llevaré las orejas como muestra para mi señor de que sus órdenes han sido cumplidas en lo posible.

De sobra conocía Hoichi la firmeza de las manos férreas del samurai, pero lo que había notado en sus brazos era poco menos que una caricia comparándolo con la potencia de aquellos dedos tirándole de las orejas; quizás fuera, sin embargo, bastante menor a la fuerza de voluntad del joven para contener los gritos mientras le arrancaba las orejas. Después oyó los pasos del samurai

alejándose, pero tampoco entonces se atrevió a moverse, y en esa posición le encontró el sacerdote cuando volvió.

–¡Hoichi!, te han herido –exclamó consternado al ver la sangre que chorreaba por cuello y ropas, al mismo tiempo que examinaba las heridas- y ha sido sólo por mi descuido, por mi imperdonable descuido. Escribimos el sutra que ha protegido todo tu cuerpo, pero encargué a mi ayudante que lo escribiera en tus orejas y olvidé comprobar si lo había hecho. Ahora ya lo único que podemos hacer es curar las heridas y alegrarnos de que te hayas librado de los espíritus.

Hoichi curó y su historia corrió de boca en boca hasta hacerle popular. Comenzaron a llamarle los grandes señores para deleitarse con la belleza de su arte y del Heike-monogatari, y muy pronto llegó a ser muy rico y muy famoso; pero ya para siempre se le conoció como Mimi-nashi-Hoichi: Hoichi el desorejado”.

En medio de la programación Julián y Kaoru coincidieron en la cafetería del gradual e intercambiaron impresiones. A propósito de la literatura japonesa Julián estaba muy distante de la temática medieval; seguía con más interés a los autores contemporáneos como Haruki Murakami, con sus “tipos aburridos, gente que da vuelta alrededor de sus relaciones; novelas mestizas en las que la trama es sólo el desasosiego”, lo presenta como un japonés con vena de escritor norteamericano, admirador de Fitzgerald y Salinger.

Julián hablaba con conocimiento; brevemente les describió lo esencial de “Tokio Blues, Norwegian Wood” (1987); “Al Sur de la Frontera, al Oeste del Sol” (1992); “Crónica del Pájaro que da cuerda al mundo” (1992), habló, con mayores detalles refiriéndose a “Sputnik, mi amor”, su última novela traducida al español, que le recordaba los mejores momentos de Tokio Blues “Esta vez la historia de tres personajes perdidos en una ciudad imposible como Tokio en la cual encuentran buenas dosis de soledad, quejas ante la vida y memorables pasajes de amor”. Julián anotaba que una vez más Murakami había insistido en poblar su

universo de seres desolados que giran como satélites alrededor de preguntas sin respuestas.

–¿De dónde viene? –preguntó Hiroshi.

–¿Nació en Kyoto en 1949, hijo de una pareja de profesores de literatura japonesa, pero se rebeló bibliográficamente, y se dedicó a leer los clásicos europeos del siglo XIX: Chejov, Dostoievsky, Flaubert, Dickens, y luego llegaron los estadounidenses, las novelas populares y de ciencia ficción, Kurt Vonegut, Richard Brautigan, Scott Fitzgerald –explicó Julián, y agregó: como dice Manuel Kalmanovitz: “Las similitudes con Toru Watanabe, el narrador de su novela Tokio Blues, Norwegian Wood, son evidentes. En el libro Watanabe recuerda con nostalgia que durante la universidad sus autores favoritos eran Truman Capote, Jhon Updike, Fitzgerald y Raymond Chandler. Un mundo literario que lo apartaba de sus compañeros que leían a Kazumi Takahashi, Kenzaburo Oe y Yukio Mishima.

Hiroshi quedó motivado por la visión contemporánea de Julián sobre la literatura japonesa; pero pesaba más su sensibilidad por los temas del haiku y el tratamiento de la vida desde esta sensibilidad; coincidiendo en una de las presentaciones, mientras hacían fila para entrar con Octavio y Adriana, Alma comentó:

–Ahora le ha dado por encender velitas de incienso; está cambiadísimo.

–Sabes, Octavio –le dijo un día Alma. Ustedes dos tienen algo en común, que me ha llamado mucho la atención...

–¿Qué?

–Es algo raro –dijo sugestiva Alma.

–Yo sé –dijo Adriana.

–¿Qué?

–O creo saberlo –matizó.

–¿Qué? –preguntó Alma, algo sorprendida

–Pero, ¿qué? –reclamó Hiroshi.

–El cuadro chino –dijo Adriana.

Alma confirmó.

–Sí. Es fácil que uno pueda coincidir con reproducciones de pinturas de autores nacionales u occidentales; pero que tengan dos caleños la misma reproducción de un gradual pintado por un chino, sí me parece mucha coincidencia.

–Es el “Principio de las Afinidades”, de Goethe –dijo Octavio, vanidoso.

Hiroshi aprobó. En realidad ambos tenían una litografía del “Bosque de Bambú”, de Sun To Tsz, que el chino Kwang había vendido el semestre pasado, muy barata y de buena calidad. En la pintura se veía la mata de bambú, no muy espesa, a lado y lado de un arroyo que bajaba de la alta montaña, produciendo una sensación de frescura, grata y apacible, en la que casi se oía correr el agua y balancear los juncos de las orillas.

Octavio recibió una nueva citación de la Fiscalía; en ella se le ordenaba comparecer para ir a la cárcel. Se trataba de realizar una diligencia de reconocimiento de un capturado, en fila de personas. La boleta indicaba el día martes, en ocho días.

A PARTES. Ese viernes, cuando Adriana llegó al apartamento vio la boleta de citación en la mesita del teléfono y lo encontró intranquilo.

–¿Quieres un café o un té? –preguntó Octavio.

–Traje una botella de vino chileno; ¿quieres una copa? Es rojo.

–Bueno.

–¿Qué ha pasado?

–El citador me dijo que capturaron a dos personas más; que tal vez cogieron a los asesinos.

–Te toca ir.

–Sí.

Se sentaron en el suelo; Octavio puso su cabeza sobre los muslos de Adriana.

–Arañita, no sé qué hacer.

–¿Por qué?

–Me dan ganas de volver donde el siquiatra; intentar quitarme esta manía.

–Es algo muy incomodo que te mete en problemas; puede llegar a pasarte algo grave; yo lo haría.

–No sé de dónde me viene ese impulso, esa compulsión. Yo sé que es por la emoción que me produce..., pero...

–Los siquiatras han acumulado mucha información; tal vez el tuyo te pueda orientar.

–Siento cierto misterio cuando me decido a hacerlo... No tienen que ser finos, lujosos, ni reliquias, ni muy sofisticados; es la agitación que...

–¿Cómo lo planeas?

–No siempre lo planeo, y aunque corro riesgos, no me cuido de las huellas; el impulso me domina, precedido de un desasosiego que no me deja tranquilo hasta que actúo...

–Ah.

–Si no te incomoda, quisiera leerte algunos de los casos que he vivido.

–Cuéntame. Tal vez de todos esos casos, en conjunto, se pueda sacar alguna conclusión.

–¿Un modus operandi?

–Sí.

–Viejas mañas... –dijo Octavio.

Abrió al azar el cuaderno, y en las anotaciones manuscritas había copiado un aparte del diario de Wittgenstein: “13. 11. 14 Considerar una y otra vez y siempre desde ángulos distintos, como irresueltas, cuestiones dadas ya por resueltas, es cosa que en este trabajo resulta más rentable que en cualquier otro”.

Adriana notó que había intentado escribir bellamente el texto.

–Arañita –le dijo. No te fijes en el pensamiento del autor, al menos por ahora, sino en la nota que sigue.

Adriana observó la nota, escrita con esmerada letra cursiva, según el método Palmer.

Nota 66: El Diario Filosófico (1914-1916) de Ludwig Wittgenstein era propiedad del profesor Galvis, de la Universidad Nacional, que vino al simposio sobre filosofía del lenguaje; debo dejar constancia que puse mi cuaderno sobre él y lo retiré, cogiendo también el libro, del cual había hablado el expositor con... (borroso), despertándome el deseo vehemente de tenerlo. El estilógrafo lo tomé de una manera más fácil, mucho más casual: el profesor invitado se lo prestó a un estudiante para que anotara su dirección, puesto que en ese momento el estudiante no tenía con qué escribir, y él se lo ofreció gentilmente (circunstancia fatal). Al ir a devolvérselo el estudiante, como otros compañeros llamaban la atención del maestro, el estudiante me lo entregó para que se lo pasara (ocasión para mí), por lo cual fácilmente lo retuve. Me escabullí.

–Tu, si no...

–¿Mí, si no? –le repuso, en un interesante juego de palabras.

Pasó las páginas y leyó la nota 77.

Este estilógrafo lo tomé en la inauguración de una exposición de libros antiguos programada por la Universidad Javeriana, con ocasión del día del Idioma. Era de una mujer muy hermosa y la pluma era la joya que la hacía ver así. Noté que el estilógrafo tenía una delicada línea vertical aguamarina en el diseño, en la mitad del cabo, hacia la parte superior. Lo noté al verla escribir en el libro de invitados ilustres, aunque nunca supe quién era. Para mí era “la mujer de la hermosa pluma de la veta aguamarina”. Lo que me hizo tomar la decisión fue el descubrir que sus pendientes eran dos delicadas gemas, del mismo tamaño y grosor de la que tenía el estilógrafo. Este adornarse así, fue superior a todas mis fuerzas para contenerme, y desde ese momento me puse a pensar en la estrategia para hacerme a él. Nunca había visto antes, y seguramente no vuelva a encontrar jamás, a una mujer que en su arreglo personal combinara las joyas de orfebrería y el arte de la caligrafía, porque, en últimas, esto es lo que representa

una fina pluma. A partir de esa línea el Diario estaba borroso, pues un día, se le derramó un pocillo de café.

—¿Cómo la conseguiste?

—Contra el forro del diario, hay un pequeño bolsillo de cuero en el que están varias hojas dobladas; en una de ellas repetí lo manchado.

Pero Adriana tomó el diario y lo abrió en la pagina 86. Octavio había escrito un pasaje de La Biblia, del Eclesiastés, 3, 1-9, (respecto a la inexistencia de valores absolutos), con esa caligrafía que ya se le hacía familiar, comenzando con letra mayúscula:

“**H**ay bajo el sol un momento para todo,
y un tiempo para hacer cada cosa:
Tiempo para nacer, y tiempo para morir;
tiempo para plantar, y tiempo para arrancar lo plantado;
tiempo para matar y tiempo para curar;
tiempo para demoler y tiempo para edificar;
tiempo para llorar y tiempo para reír;
tiempo para gemir y tiempo para bailar;
tiempo para lanzar piedras y tiempo para recogerlas;
tiempo para abrazos y tiempo para abstenerse de ellos;
tiempo para buscar y tiempo para perder;
tiempo para conservar y tiempo para tirar fuera;
tiempo para rasgar y tiempo para coser;
tiempo para callarse y tiempo para hablar;
tiempo para amar y tiempo para odiar;
tiempo para la guerra y tiempo para la paz.
Al final ¿qué provecho saca uno de sus afanes?”

A continuación se leía: Esta pluma fue de un cura español, experto en la filosofía presocrática. Ibamos por el Banco Popular, en la calle 11 con carrera 4, el padre sintió un golpe en el pecho, se miró y dijo: “Me sacaron el estilógrafo”. Yo volteé a mirar y sorprendí a un *gamin* que llevaba en la mano un periódico, y me

dije, para mis adentros : “Éste se parece a mi; éste lo tiene”. Le dije que me devolviera el estilógrafo. Le dije al *gamin*: “¿Usted no sabe que robar a un cura no tiene perdón de Dios?” El muchacho se asustó y me lo devolvió.

–Por esos días acostumbraban doblar un periódico dejando las hojas hacia arriba, se acercaban a la víctima elegida, se le pegaban al cuerpo hasta rozarse, en ese momento movían el periódico hacia arriba, contra el bolsillo, y el estilógrafo salía enganchado sin que su dueño lo notara, pues creía que había sido un mero roce callejero –aclaró Octavio.

Adriana continuó leyendo la nota: Yo le dije: “No se puede robar a un cura porque eso trae la desgracia”. “Yo no sabía”, me contestó ese pobre niño. Inmediatamente pensé: “¿Cómo hago para quedarme con este estilógrafo?”, pero al regresar el padre me dijo: “Después de esa hazaña, quédese con él”. Le di las gracias y se lo acepté, pero no me sentía del todo contento; no obstante reflexioné que hasta el destino creaba esas situaciones para que yo tuviera plumas. Me pareció muy grata esta ayuda al contar con la misteriosa complicidad del azar.

–¿Cómo tomaste la mía?

–La tuya, Arañita, fue un reto. Me dije: si yo tomo algo de ella, como por ejemplo, el pañuelito malva que se anuda al cuello..., estaría bien. Teniendo algo tuyo te tenía.

Adriana pasó su mano derecha alrededor del cuello buscando el pañuelo.

–¿Por qué el pañuelo?

–Pensaba que en él podría envolver mis plumas preferidas y guardarlas. Y estabas conmigo.

–Tu nunca me demostraste tu interés...

–Pero era así. Te miraba; me gustabas.

–Fui yo la que te propuso que me trajeras de la U., ¿recuerdas?

–Tu sabes... Seguro me sentías. El semestre anterior fui yo quien te miró.

–¿Cuáles envolviste en mi pañuelo?

–La primera que robé de niño; la de mi padre; una que utilicé para firmar la compra del lote del cementerio.

–No; tú, si, no...

–Mi si no –repitió el juego. Es mi sino... Luego me fijé en tu estilógrafo; al fin y al cabo una pluma rojo cereza, no es nada fácil de encontrar, y menos tan delicada y delgada como la tuya.

–Definitivamente estás perdido.

El diario es muy extraño. Hay en él descripciones que nadie imaginaría; por ejemplo, el robo de la pluma de un muerto; el robo de la pluma de un premio nobel, cuyo nombre solo se averigua al final; el robo de la pluma de un piloto de aviación comercial, en pleno vuelo, y en la propia cabina; el robo de la pluma de un agente de la CIA; pero de todos los relatos de sus apropiaciones, el más llamativo, para Adriana, fue el del premio nobel. Estos hechos sucedieron en Cartagena, el nobel tenía un estilógrafo para firmar autógrafos, pero ése no fue el que interesó a Octavio. Se hizo pasar por camarero, entró a la habitación del nobel, y aunque el letrero decía “Dont disturb”, sabía que estaba concediendo una entrevista, para la televisión europea, en la suite contigua. Octavio vio sobre el escritorio unas hojas en blanco y otras escritas, y al lado el computador encendido. Los textos se correspondían; dedujo que las hojas que estaban sobre el escritorio pertenecían al texto que estaba en la pantalla del computador. Leyó el pasaje, estaba escrito en una prosa fluida, llena de hipérboles y metáforas... Pero además el estilógrafo

mismo: No era una joya, no llamaba la atención; era más bien una de esas plumas baratas del mercado. La tomó y escribió en una hoja membreteada del hotel; el estilógrafo parecía escribir solo, como si el nobel obtuviese la inspiración de su fuente; era una “plumafuente”, como antes se decía. Octavio fingía que estaba limpiando el escritorio cuando intempestivamente la puerta de la suite se abrió, y apareció una señora alta, gruesa, de pelo negro, que se sorprendió al verlo con su trapo, dejando un jugo de maracuyá. Ella se quedó en la puerta dudando de ese servicio, pero el camarero, le pasó la factura para que la firmara.

–Nadie toca ese escritorio –dijo, secamente, con acento español.

–Se le ofrece algo más –dijo Octavio.

–No vuelva a entrar sin que se le autorice.

Pocos minutos después de que abandonara el viejo Hotel Caribe, se puso en marcha un fuerte dispositivo de seguridad; se confirmó que ese servicio no había sido solicitado, y el nobel abandonó el hotel, sin saberse a qué lugar se había dirigido. Temían lo peor.

La sorpresa para Adriana era que este estilógrafo estaba envuelto en su pañuelo malva, que ella ni siquiera había notado que le faltaba, volvió a pasar su mano por el cuello. Al conocer con detalle el Diario, no sabía qué opinar. Le parecía interesante la manía de su novio, pero indebida, y sobre todo peligrosa. Lo cierto es que este “vicio”, o “debilidad”, o “perversión”, no era nada conveniente; lo mejor era enfrentar su compulsión, y superarla. Algo nuevo comenzó a sucederle a medida que Octavio le mostraba o le leía pasajes, y era que su curiosidad aumentaba.

–Leéme una nota de alguna experiencia bien interesante.

–¿Por qué te interesas?

–La verdad, no lo sé.

–¿No tiene, ese deseo, algo morboso? –le preguntó con juguetona ironía.

–Puede ser; la verdad es que me gusta como escribes; lo atrapas a uno... ¡Cuéntame una anécdota!

–De peligro, de riesgo, curiosa; ¿qué quieres?

–No, de peligro, no; algo curioso.

–Tomá el diario; abre la página 100.

Adriana abrió el cuaderno en la página indicada; la nota se refería a un “Pelikan Germany Rolled Gold Doublet”.

–¿Qué pasó? ¿Cómo lo conseguiste?

–Ah, esa es una anécdota interesante. Léela mientras busco la pluma.

Guardaba el estilógrafo dentro del estuche de una pipa “Dunhill”. Fue por él, lo tenía en un cajón de la biblioteca. De nuevo se sentó en el suelo, junto a ella, sobre un tapete persa. Estaba muy curiosa, y prefirió esperarlo, para que le contara lo sucedido.

–No, contámela vos.

El “Pelikan” aunque era alemán, había sido traído de Londres por un ingeniero francés que había trabajado en los ferrocarriles de Panamá y de Colombia, en la División Pacífico.

–Contá, contá; no le des largas...

Viendo su interés y, sobre todo, la ansiedad que tenía, deliberadamente quiso jugar con su curiosidad, y de hecho suspendió el relato, abriendo otra botella de “Casillero del Diablo”.

–Sucedió en Buenaventura. En agosto del 2002.

–Pero, si que estás misterioso.

–El estilógrafo lo tenía un hijo de ese ingeniero francés, en el Hotel Estación. Le vi anotar algo en una pequeña libreta.

–Y...

–Estaba con la señora, y una niñita, todos vestidos de lino blanco. Nosotros estábamos en la mesa del lado, porque íbamos para Gorgona, a ver las ballenas Jorobadas. Cuando el empleado de la oficina de turismo anunció que el barco estaba esperando en el muelle; ellos también se dispusieron a salir, y al raato estaban entre los pasajeros. Teníamos el mismo destino. El pelikan, iba a ser mío. Salimos al atardecer; el capitán calculaba estar a la madrugada frente a la isla. Al amanecer vimos los islotes que anuncian la proximidad a Gorgona poblado de gaviotas y pelícanos; pelícanos, gaviotas, tijeretas, cormoranes, golondrinas y águilas pescadoras. El ingeniero que estaba en la proa, admirando la salida del sol, anotó algo con este estilógrafo. Me pareció que era una bitácora, y que él registraba alguna emoción poética, pero en ese momento el mar empezó a abrirse, y se vio venir del oriente una ola grandísima que preocupó al capitán, a la tripulación, y a todos los pasajeros. El capitán ordenó entrar al interior y amarrarse los flotadores; la ola se acercaba rápidamente haciendo un fuerte ruido; los pelícanos, las águilas y las gaviotas se apartaban, el mar descendió y luego la ola se estrelló contra el barco, arrastrándolo y sobrepasándolo; el mar volvió a descender impresionantemente, y el barco fue golpeado sucesivamente por olas cada vez menores. Eso puede haber durado unos pocos minutos, pero no nos recuperamos en todo el día. El capitán tuvo que volver a encender motores y reorientar el rumbo, pues el barco había quedado a la deriva y distante de la posición que tenía antes del embate del mar. Y fue en ese momento cuando vi que el estilógrafo estaba a mi lado, puse mi pie suavemente sobre él, y miré a los lados. El francés estaba ocupado calmando a su mujer y a la hijita; me agaché, lo recogí y lo dejé para mí, como recuerdo de ese viaje. Creo que fue un maremoto, un tsunami.

–¡Uf! –exclamó Adriana. Es mejor como vos lo contás, porque la nota solo tiene cuatro líneas.

–Ya ves.

–Deberías completar esas notas; tal vez un día podrías llegar a escribir el “Libro del Ladrón de Plumas”.

–Podría ser. Tengo una pluma de un mercenario del Vietnam, con un diseño para tinta, opio y cianuro.

–Ésa está más difícil.

–Era de un francés, también; de la época de la guerra de Indochina; pero no tiene ninguna historia interesante. Me la regaló Brochard, el de la Alianza Francesa; él la compró en el mercado de las pulgas, en París. La gente que conoce tu afición por los caballos, los buhos, los conejos, o lo que sea, termina regalándote lo mismo; a mi, plumas de ave, estilógrafos, lapiceros, viejos tinteros, secantes. No todo lo que ves es producto del robo. También pequé un día robándome un tintero antiguo; y, entre los objetos asociados a la caligrafía y a los útiles de escritorio, te confieso que siento debilidad por los pisalibros, cortapapeles y pisapapeles, brújulas, astrolabios y hasta por los relojes...

–No; ¡qué peligro! ¿Alguna vez te cogieron robando?

–Sí; pero me da pena

–No, contáme ¿dónde fue? ¿qué hiciste?

–No, pues, negué. Uno siempre niega.

–Pero, ¿te cogieron robando? “con las manos en la masa”, como se dice...

–Con la masa en las manos, sí.

–Contáme.

–Eso fue hace mucho tiempo, y todavía me avergüenza.

–¿Qué hiciste?

–Uno siempre trata de disimular, pero esa vez, sí no pude.

–¿Dónde?

–En la sacristía del colegio, cuando estaba para graduarme.

–¿Qué pasó?

–Yo debía entregarle un trabajo de castellano al cura, pero el estaba celebrando misa. El maletín de él estaba en la sacristía y al lado una libreta con “ese” estilógrafo. Él había estado anotando unas ideas para el sermón; el acólito entró por los apuntes porque el sacerdote le pidió que se los llevara y me vio en el preciso momento en que yo me lo metía al bolsillo.

–¿Qué le dijiste?

–Ya se lo devuelvo; voy a dejarle una nota al padre.

–Lo que iba a hacer era robárselo –me dijo de frente.

–Yo le protesté, pero él me contestó: “No me crea tan pendejo; vení con cuentos...”.

–El padre se asomó para apurarlo por sus notas y yo me retiré sin dejar ningún trabajo, ninguna nota. Me sentí como cualquier ratero; un imbécil. Unas veces es la ocasión, la que me hace caer en la tentación; pero otras veces es una necesidad, un impulso que me hace salir a buscar, a ver..., que me compele a apoderarme de las plumas.

–¿Cuál es? Mostrámelo.

–Lo tuve que devolver, te dije.

-Ah, sí; cuando te vio el monaguillo.

-El acólito, te dije. Bueno, niña; dejemos aquí. Ya va siendo hora de acostarnos –dijo, dándole un beso en la nunca.

–¡Uy! Me pusiste la piel de gallina.

–De eso se trata –dijo él, ayudándola a levantarse.

ESPUMAS DE PAPEL. El sábado, después del medio día, salió del consultorio del siquiatra. “Tener conciencia del problema, es el principio de la solución”, le había dicho el médico. Se sentía mal; y sabía que estaba entrando en una depresión. Un sentimiento de vergüenza derivado de su retención por la policía, que había evidenciado su vicio ante los demás, le había bajado su autoestima a niveles nunca antes experimentados por él, en toda su vida. “No importa esa mala experiencia, usted sigue siendo una persona valiosa”, le había dicho el médico. En un principio tomó esa frase, como de cajón, pero cuando el siquiatra sacó de su bolsillo un billete, lo dobló varias veces y lo apretó fuertemente, en el puño, y lo tiró arrugado a un rincón del consultorio, se levantó, recogió el billete, lo desdobló y desarrugó y le dijo: “aun sigue siendo un billete y vale lo que vale”, comprendió su alcance. “Así somos los seres humanos con las dificultades que tenemos, con las malas experiencias vividas; seguimos valiendo; usted también”. Esa era la segunda cita a la que asistía, y estaba contento. De otra parte, el siquiatra había considerado oportuno darle un medicamento para la ansiedad. Aunque este hecho lo preocupó, la medicina recetada solo la tomaría por tres meses, y luego, gradualmente, le disminuiría la dosis, hasta suprimirla totalmente.

Experimentaba una confusión de sentimientos y le pidió a Adriana que esa misma tarde lo acompañara a deshacerse de esos estilógrafos al Río Cauca. Adriana era consciente de su sufrimiento, sin embargo no veía la necesidad de hacerlo.

–Verlos me deprime.

–Yo te acompaño.

Preso de un dolor innombrado reunió las plumas y las metió en un morral de National Geographic, que acostumbraba llevar en sus salidas al campo. Estacionaron el vehículo en la mitad del puente, con las luces de parqueo encendidas, con un miedo que iba más allá de la infracción de tránsito; tenía miedo de sí, de lo que era, de lo que había sido, de lo que podría llegar a ser; y, una a una,

fue tirando las plumas como quien va perdiendo peso, con la sensación de quedarse liviano, destejiendo el pasado. Adriana fuera del carro, junto a la baranda del puente, observaba; de vez en cuando reconocía alguna pluma. La tarde pintaba arreboles, a esa hora en que los vehículos que ingresaban o salían de la ciudad encendían sus luces. Al final dejó caer el pañuelo malva, que Adriana tomó por un pájaro azul.

Permaneció en silencio, y sin decir una sola palabra se subió al jeep, la esperó y siguieron hacia Palmira, en silencio, para demorar el regreso, tomarse un tiempo. Al día siguiente, domingo, le pidió que lo acompañara al puentecito peatonal, llamado “De la Estaca”, que une la Avenida Colombia con la Avenida 4ª, y desde allí arrojó una a una, rotas en pedacitos, las historias de las plumas que, al caer semejaban espumas de papel.

–Torturas de mi alma, dejémoslas ir entre las ondas del río –dijo.

–Estamos vivos; mirá, estamos los dos.

Ella se le acercó y lo abrazó; se dieron un beso, largo y amoroso, comienzo de nueva vida...

El viento empujó al vacío dos pedacitos que habían caído en el piso del puente, que descendieron, lenta, caprichosamente, sobre los pedrones de la orilla. En el cauce iba el rumor del agua; afuera, el ruido de la ciudad.

LA CHICHARRA. El profesor Aníbal volvió con León a Restrepo, un amigo músico; estaban presentando el programa “La Chicharra”, para recuperar los instrumentos perdidos. De lo que había sido la tradición musical no quedaba nada en la región, adentro; todo había perecido con la llegada de la radio, la televisión, el computador, los VHS, y ahora los DVD, donde llegaba la energía; y, además, seguían sometidos al olvido oficial, padeciendo su distanciamiento cada vez mayor de los avances tecnológicos. Este programa de asistencia cultural tenía fondos de la Comunidad Europea, y pretendía recuperar esa relación del hombre y la música. No se planteaba contra los desarrollos de la música en esta época, sino que aspiraba a que la comunidad se apropiara de manifestaciones culturales que habían sido de sus mayores, para que ellos pudiesen expresar sus emociones y sentimientos. Iban hacia “La Cuchilla”, a las altas veredas para entrevistarse con sus habitantes tratando de identificar aspectos de interés, manifestaciones culturales subsistentes o mutadas, y realizando un inventario de carencias.

De paso entraron a saludar a Virgilio, en la cabaña. Las niñas saltaban lazo; los muchachos se habían encaramado al árbol para coger las guayabas de las ramas altas.

—Aquí se perdieron todos los instrumentos —dijo León.

—El desarraigo es total —dijo Aníbal.

—¿Tan dramático? —preguntó Virgilio.

—No quedó ningún instrumento, ni persona que lo sepa hacer sonar —dijo categóricamente León. No tienen flauta, ni tiple, ni guitarra, ni tambor; no tienen maracas, ni timbales, ni acordeón; mucho menos piano o violín... La violencia arrasó con todo —dijo León.

—Es comenzar de cero; o de menos cero —dijo Aníbal.

–No saben ni silbar; con decirte que tampoco saben aplaudir –dijo enfáticamente León. La violencia les arrebató la capacidad expresiva, y están presos de su inexpresividad, desposeídos.

–Allí tienen mucho trabajo –dijo Virgilio.

Un golpe pesado y almohadillado les atrajo la atención; una guanábana madura se había desprendido del árbol y rodaba por la cuesta, deteniéndose en una mata de zapallo florecida. Aníbal fue por ella. Se había partido en dos grandes pedazos, pero se veía muy rica y apetitosa. La recogió y llegó con ella. Al acercarse se sintió su olor delicioso y su blancura punteada de semillas negras. Sin esperar a que se la ofrecieran, terminó de partirla, colocando la parte más grande sobre el césped, y comenzó a saborearla.

–Uy, está muy rica –dijo sorbiéndose y tragándose un pedazo, y escupiendo varias pepas.

Aníbal se agachó y retomó la otra parte invitando a sus amigos a compartirla. León aceptó un pedazo, pero Virgilio rehusó pretextando que ya había comido mucho, porque el árbol estaba en cosecha.

–Llévensela –les dijo.

Aníbal, con familiaridad llevó la parte más grande a la cocina, y aprovechó para lavarse las manos. Lo siguió León.

–Hay que principiar por enseñarles a hacer flautas, tambores, tiples –dijo León, retomando la conversación.

–Ocarinas, dijo Virgilio.

–Por supuesto... que las ocarinas –dijo León.

–Me les quito el sombrero –dijo Virgilio.

–De regreso, volvemos a entrar –dijo Aníbal.

Virgilio los acompañó hasta donde habían dejado el jeep, frente al cuarto de las herramientas, al pie de las gradas. Allí en la matera de las begonias, estaba muerto el pájaro que cantaba en el huerto. Ayer mismo, a esta hora, los había visto.

Los vio seguir por la carretera en un viejo Suzuki hacia los Hispanos, para tomar el camino que lleva a Vijes, buscando La Cuchilla, en sus “andanías”, como dice León.

Pasaron por el Palomar y dejaron el jeep al final de la trocha donde continuaba un camino de herradura. Siguieron a pie, los campesinos al verlos los saludaron con prevención. Ellos sabían que primero deberían dejar traslucir su sinceridad pues sin la aceptación de la comunidad el proyecto nunca arraigaría.

Amarrado del cabestro a un balso, encontraron un caballo angarillado, tenía dos trenzas en la crin. Llamaron por su dueño pero este no respondió. El caballo estaba adormilado y espantaba las moscas con su cola. Siguieron. El ruido de una hacha en el cafetal los volvió a detener. El ruido no se repitió. Un perro pequeño café se les acercó olisqueándolos y moviendo la cola. Enseguida apareció un hombrecito.

–Buenas –lo saludaron.

–Buenas.

–¿Ha visto a Milciades?

El hombrecito con la peinilla en la mano les mostró el camino.

–Allá, allá en el cañal –les indicó con la peinilla.

–Gracias.

–Tengan cuidado con las minas; vaya uno detrás del otro. Ayúdense con una cañabrava.

El ruido de un hacha los terminó de ubicar. En el cañal al borde del cafetal estaba Milciades aprontando una carga de leña.

–Hola muchachos –dijo con voz de bajo.

–Hola Milciades.

–En estico subimos –dijo.

Se sentía el olor de la madera.

–No se preocupe que tenemos todo el tiempo.

Con Milciades había un niño, con una parejita de azulejos en las manos.

–Cuando era niño, yo también cogía pájaros –dijo Aníbal.

–Se mueren de la rabia –dijo León.

–Los pájaros... En otros tiempos yo los mataba -Aníbal.

El niño se cohibió. Milciades dijo:

–Como ya los tocó, si los deja en el nido, los aborrecen.

El niño subió para traer el caballo y alzar la carga. La tarde estaba en calma. Ya habían salido las golondrinas.

–¿Y ustedes qué, muchachos? ¿Vamos a hacer el conjunto, o qué?

–Vamos a hacer el conjunto.

–A eso vinimos.

–Vengan, pues, subamos pa'l rancho.

El niño vió una guayaba, grande y hermosa, pero no pudo cogerla, por no soltar los pichones de azulejo.

–Yo los cité; después de comer.

–Por ahí a las cinco y media –dijo León.

–No demoran; aquí se come temprano.

Cargaron el caballo, y con la contagiosa alegría del vozarrón de Milciades fueron al encuentro de los vecinos. La carga en los garabatos incomodaba al caballo; no era muy pesada pero el bayo tropezaba con frecuencia.

–¿Cómo se llama esa flor?

–¿Cuál?

–La blanca, entre las hierbas.

–Ah, azafrán. Pá las comidas.

–Ah.

–Voy a tener que quitarle esa herradura; le molesta. Es que en las noches le da por correr a ese animal.

Se oía el radio transistor desde la cocina de la casa.

–¡Entren! ¡Entren! –dijo Milciades.

–A ver le ayudamos a descargar...

–Ve éste ya quiere que lo pringuen –dijo Milciades, viendo que el perro molestaba a un sapo.

MODESTO MURIÓ EL DOMINGO. La tierra tiene su propia atmósfera, y en su viaje espacial pasa por circunstancias que resultan inadvertidas para el hombre, pero llegó un momento, el viernes, en que cerca al bebedero del guadual, rezumó agua por el lado occidental, por el camino a Manantiales, y las mariposas se escondieron en el monte pegándose en las ramas; más que una zarabanda eran flores temerosas ocultando sus colores, protegiendo sus vidas. Un hombrecito pasó rápido junto a la canoa de sal para el ganado, llevando una paloma en una jaula de bambú; sus guayos salpicaron las hierbas de los lados. Llovía hacía tres días. El eco de los truenos chocaba y rebotaba en el suelo. Los rayos del sol de la mañana eran amarillos, pero la humedad los disolvía y los licuaba tornándolos blancos, grises, transparentes.

La venada buscó refugio en la parte alta del bosque de niebla, en la saliente de una roca. La tierra juntó sus aguas, que se rompieron, bajando de la montaña, llenando los cauces de las quebradas, de los zanjones y cañadas, anegando la hondonada. Las montañas escurrían por sus pliegues y declives, y las vertientes aumentaron sus caudales que poderosamente erosionaban las orillas, soltaban raíces, juncos, desprendían árboles, arrastraban piedras, hasta que se desbordaron y salieron de sus cursos, buscando atajos. En su caída indetenible inundaban pastos, surcos y cultivos. Los pájaros, las aves de corral, los animales domésticos, los hombres y todas las criaturas se inquietaron y muchas fueron llevadas por las aguas. Un olor, a humus y a chiminango, identificaba la naturaleza, como en el primer día del génesis; como olía el mundo cuando Tepeu se ocultaba tras las plumas verdes y azules del quetzal, y comenzaba la mañana del hombre.

En su lecho de enfermo Modesto conversaba con Vitelma, su hermana, que había ido a visitarlo. Su familia temía que la casa fuera a zozobrar embestida por las aguas que se precipitaban a ambos lados del solar. La carretera, era otro arroyo por donde desaguaba la tierra. Esto sucedió el viernes.

En toda la región se presentaban deslizamientos, deslaves; un fuerte alud impedía el paso en la vía al mar. En la bocatoma del acueducto, la empalizada represaba la quebrada y se esperaba la avalancha. Había averías en el fluido eléctrico; varios árboles habían caído sobre las redes. El crudo invierno azotaba con furia la región. Los cultivos más afectados eran los de plátano, yuca, café, maíz, frijol; los pastos, pimentón, maracuyá; las guaduas. La crecida pasaba arañando los anturios de Eulalia.

El sábado aún rezumaba la hondonada y escurrían las lomas. El domingo los rayos del sol calentaron, dando alguna esperanza a tanto ser aterido y estrujado por el invierno.

Las quebradas, seguían crecidas, y producían ese ronco sonido que hacen cuando se entrechocan las piedras.

Modesto conversaba con sus hijas y sus nietos. Lo cuidaba su esposa, lo visitaban familiares y amigos. Había salido del hospital. Sufría. Hacía días que sufría y su salud se deterioraba. Nunca antes se había dado por vencido, pero ahora su alegría y buen humor, su creatividad parecían ceder. No era propiamente que se entregara; era que se la agotaba la voz, la fuerza; se le iba el aliento. La llama de la vida era débil, y afuera fuertemente venteaba.

–Estoy muy malito –le dijo a su amigo Parteso.

–¿Dónde está? –le había preguntado por teléfono éste, cuando acababa de salir del hospital.

–Aquí; en la casa de todos...

Parteso y su esposa fueron a verlo la noche del domingo advertidos de su gravedad por Dálida, una de sus hijas. La carretera fue una larga oscuridad, pero el recuerdo a trechos la alumbraba. Llegaron. Al verlos Modesto se sorprendió con alegría.

–Amigo, amigo –repitió.

Conversaron de tanta experiencia compartida. El solo hecho de verse los alegraba.

–Si me llego a ir, desde allá yo pido por usted, para que le vaya bien –dijo.

–Gracias, Modesto –contestó conmovido Parteso.

–Usted es... ¿Cómo se llama la flor? –dijo Modesto, sobando delicadamente la mano de Moo ¿Cómo se llama la flor?

Viendo que Parteso tenía una media botella de aguardiente, le dijo:

–Pase yo la abro.

Parteso se la pasó y Modesto la abrió.

–El nombre de.....

–La flor que le digo, es la que les regalé...

–¿La milagrosa? –dijo Parteso.

–La vida del hombre... –precisó don Modesto. Usted es así de bonita, como la vida del hombre...; como esa flor –le dijo a Moo.

Se sonrió con amabilidad, con generosidad, y sintió un malestar; como deseos de trasbocar. Rosa y Eulalia, le ofrecieron ayuda, y con ellas Moo, pasándole un recipiente. Él se ladeó hacia la derecha, y Parteso salió.

Mientras lo ayudaban las mujeres, Parteso y César salieron a caminar por la resbaladiza carretera hasta la quebrada La Delgadita, pasando por la quebrada Santa Rosa. La distancia entre las dos era corta. Las dos venían crecidas. Se escuchaba el ronco rumor de su fuerza precipitándose entre sus apretados

lechos. Ese sonido antiguo era el nuevo lenguaje. En ese preciso momento murió Modesto y su exhalación fue absorbida por la naturaleza, por el río y el viento.

Al llegar a casa encontraron a las mujeres orando, con esa amorosa entrega que tienen los que de verdad sienten la partida de un ser querido. Parteso encendió una velita de incienso, se tomó un aguardiente a su nombre, de la caneca que el mismo le acababa de abrir amablemente, y permaneció horas sobándole su frente surcada de arrugas y curtida por el sol; tomando sus largas manos laboriosas que ayudaron a construir este mundo. Descansó Modesto. Se fue el amigo. La partida, la que se lleva el amigo y deja mutilada la existencia de los que permanecen en el borde de la entrada a la región del misterio.

–Un trago por las ánimas –se dijo. Por el ánima que seré...

Al día siguiente el pueblo se congregó en la plaza y en la iglesia. No hubo a quien no le hiciera un favor o le prestara un servicio. Entre oraciones y cánticos fue despedido en el rito de sus mayores, y luego, acompañado al cementerio.

El camino de ascenso era una cinta de personas subiendo, con severidad, a despedir al amigo, rodeando a la familia. El sol tuvo para con él, el regalo de una tarde luminosa. Cantaban las mirlas, ese trino tantas veces oído en las montañas amadas. Entre los asistentes había varios hombrecitos...; labriegos, de manos anchas y callosas; caminantes algunos descalzos, de huesos nudosos, que dejaban huellas grandes en el barro, en las cuales caían hojas y semillas; seres elementales... Asistentes del culto; huaqueros (Vidal, que encontró los utensilios del indio para trabajar el oro, un herramientario de piedra que inventaron los orfebres ancestrales); Cholo, Chepe, Virgilio; Emilio, hermano de los hombres de maíz; tejedores de bejucos; agricultores, vaqueros, albañiles, jornaleros; tenderos, como Miguelito y Ligia; transportadores como Joaquín y Nestor; Milciades (el “Vozarrón de Monte Redondo”, a quien un escarabajo le señaló un tesoro); don Jerónimo, anciano, sordo y sonriente; el poeta, el polaco, la

maestra, don Luis, don Arcelio, Ernesto, Juanito, Federico, Humberto, Armando, Marcelino, Celio, Simón, Marco, Efrén, Sigifredo, Lucho, Ingrid, Lolita, Aldemar. Atentas estaban la venturosa y la dormidera, la milagrosa, la chilca, y la salvia, a la viudez de la montaña; callados el mamey y el mandul, inclinadas las guaduas, mientras bandadas de pájaros pasaban hacia Santa María; loras, asomas, mirlas, azulejos. Callaban el ajicero, y el titiribí; el gorrión hablaba con Damián, piaban la perdiz y el guardacaminos y hacían votos las flores malvas de los alisos. La tierra que sintió sus manos fecundas hacía promesas de germinar. No había nada que permaneciera indiferente. El cementerio estaba rodeado de una claridad absoluta, y todos los acompañantes juntaron sus emociones y sentimientos para pronunciar la palabra adiós.

Aparecieron lloronas de penas propias y ajenas, con los ojos hinchados y verdosos; muchas personas, apenas vistas en la región, leves, vestidas de blanco; viudas de negro de otros amigos idos; e hijos y nietos de desaparecidos cuya sangre permanecía en el lugar con sus caras nuevas aprendiendo el terruño.

Todos subiendo.

Una mujer alta y delgada miraba las tumbas blancas y las rojas palmas de carey, desde la cumbre. Subían los perros que entraron a misa. Los olleros que acompañaron los cánticos trinaban en la loma del Chilcal.

En la rústica capilla pintada de cal blanca, que su padre, y él mismo habían construido, colocaron el sencillo ataúd de madera, la tapa superior abierta, para verle por última vez. Lo bajaron a las bóvedas Over, Eisebel, Hugo y Gerley en el campo santo. Por lo pendiente y resbaladizo del terreno las personas mayores estuvieron atentas desde la portada, pero muchos bajaron hasta el pequeño mausoleo familiar en el que reposaban los restos de sus padres. Eisebel cerró el humilde nicho con la lápida. Hugo le dio el último adiós agradeciendo a todos su compañía y

solidaridad, a ellos que despedían con gratitud a su padre. Las mariposas atraídas por la luz volaron de las ramas alegrando el paisaje. A las cinco, los venados salieron a calentarse en el claro del bosque, mientras familiares y amigos regresaban, después de acompañarlo a su última morada.

–“Tres años dura un gallo; tres gallos un perro; tres perros, un caballo; y tres caballos, el amo” –decía.

Siempre repetía estas cuentas con gracia y juguetona ironía. Ahora que ha muerto el amo, hago la cuenta de los gallos; de los perros: Laika, Rufo y Chachi; vive Zeus, hijo de Nadie. Nadie ya murió. De los caballos habían partido los machos rucios de la finca, que tenían “todos los años encima”, La Gitana y El Alazán. El tiempo estaba cumplido; la hora había llegado.

Cuando Nadie era un cachorro le lamía los pies, y jugaba con sus botas; él sabía que al mirar atrás habían muchas velas encendidas, encendiéndose, apagándose, como estrellas en el firmamento, en las noches de verano; sabía que ni aun la enamorada, tirándole sus trenzas a su enamorado, pudo evitar que primero la alcanzara La Muerte. Amaba ese testimonio de lucha por la vida imposible y romántica, donde el amor da la batalla por la rosa.

–Yo ocuparé su lugar –dijo Damián, su hermano, esposo de Marina.

–Sí; tienen mucho en común –dijo Parteso. Yo lo sé.

–Ya me verá pasar por allá.

–Usted es muy especial.

–Sólo le digo, que por allá pasaré; usted lo verá.

Era vecino del Valle de San José del Salado, corregimiento de “El Queremal”. Pocos días después Virgilio y Parteso se reunieron en Restrepo a recordar al amigo:

–Te aseguro que en nuestra región a todos hizo un favor; lo conocían en cada una de estas veredas y caseríos; y en casas y ranchos apartados –dijo Parteso.

–Modesto tenía una inteligencia natural; en otra época, y con medios se habría destacado –dijo Virgilio.

–Le tocó una época de transición; él nació en los años 30. Fue mucho lo que aprendió de su padre que venía del siglo XIX. Don Donato también era constructor. En la finca “El Guavito”, tuvieron melería. Hasta hace poco estaban los fondos de cobre en la ramada del trapiche. En el campo sabía hacer de todo. Con lo único que no lo vi familiarizado fue con la energía. Le tenía mucho respeto a la electricidad, pero por lo demás, era muy recursivo; era un experto en el manejo del ganado, de los caballos, de las aves... Modesto vacunaba, descornaba, desparasitaba, maneaba, ordeñaba; herraba, y hasta amansaba...

–Todo eso se le daba bien –comentó Virgilio. Aun conservo la mesa, ¿recuerdas?

–¿Bien? Era de los mejores, y generoso con su conocimiento. A él le gustaba trabajar con jóvenes, con aprendices, que hoy son maestros. Con los mayores también se entendía; con los niños. A todo el mundo le caía bien. Era alegre. Con las mujeres un caballero, galante al tratarlas. Tenía muy buena relación con su familia, con sus hermanos y sobrinos. Yo lo veía como quería a su mamá; ya ancianita; a doña Adelita.

–Para todo tenía un apunte, siempre con salidas muy inteligentes.

–Y los cuentos.

–En eso de los cuentos era especial; uno de los mejores narradores que yo haya conocido –dijo Parteso. ¿Te acordás de los de Buga?

–¿Cómo fue? –quiso recordar Virgilio.

–Estábamos en el hotel Guadalajara en un encuentro de narradores de la tradición oral; yo estaba hablando y me dio una carraspera en la garganta y una tos que me impidió seguir con la palabra; tuve que levantarme y salir de la sala a tomar una cucharada de miel y naranja para que se me quitara; cuando regresé toda la gente estaba encantada con él.

–¿Qué les decía?

–Cuentos, historias, anécdotas, dichos.

–Pero recordate de alguno.

–A él le gustaban los cuentos de humor y los cuentos de espantos. Ese día él contó cosas que le habían sucedido cuando vivían en la finca.

–En él se cumple el dicho de que “cuando muere un viejo se pierde una biblioteca”. A mi me calaron esos relatos.

–¿Te acordas de la Enamorada de Adelmo? Una de las historias que narró fue ésa.

–Claro. Es una anécdota asustadora; ¿Cómo es que es?

–Él dice que eso sucedió en el plan del Valle.

–Ah, sí, en un ingenio.

–Modesto contaba que Adelmo tenía una enamorada por el Callejón de las Guacas. La joven vivía con su madre, una anciana que había cogido fama de hechicera. Sus amigos lo prevenían,

pero él creía que era envidia. Tenía sus razones: era muy linda. Lo cierto es que la vieja no se metía para nada. En una ocasión llevaba sus aguardientes y al entrar al callejón vió a la novia abriendo la puerta de trancas. Se acercó a ayudarla. Quiso darle un beso y ella levantó los labios pelando los dientes de perro. A Adelmo se le pasaron los tragos y corrió hasta la casa de su novia. Allí sí estaba ella, en los quehaceres de la tarde. Lo saludó cariñosamente. Adelmo le contó lo sucedido y ella sonrió, comprensiva, dejando ver los mismos colmillos.

–Dos veces el mismo susto; uno se muere con el primero; y ¡dos! Y, en cuanto a la carraspera, ¿qué pasó?

–No; se me quitó enseguida, pero don Modesto, ya tenía embelesado el auditorio. Él se sentía como pez en el agua.

–Yo me acuerdo es el de los sueños.

–Ése es algo extraño.

–Modesto decía: “No creo en los sueños, pero tampoco dudo de ellos”.

–Ese es el del compadre Celio Marín. Modesto contaba que al compadre Celio Marín y a Pastor Ramírez que les había tocado hacer un largo viaje, atravesando lejanos parajes, y en su andar habían llegado a una tiendita, de esas de antaño, donde se proveían los vecinos de algunos pocos productos esenciales. Se desmontaron a comprar una gaseosa y un pan; el dueño resultó formal, como en esos tiempos solía ser, y entonces le dijeron que un negocio así era muy bueno para la región y, el compadre Celio comentó que se había soñado que él tendría uno parecido; a lo que el dueño le respondió, con cierta gracia:

–Y usted, cree en un sueño?

Don Celio respondió:

–No; pero tampoco dudo de ellos.

–Si en sueños creyéramos –repuso burlón el señor de la tienda–, para eso, yo he soñado dos veces que allá, donde se ven esas tres matas de cabuya, en triángulo, hay una huaca.

Los amigos callaron. Al seguir, pasaron por allí; se habían gravado en su memoria aquel lugar. Luego regresaron y, efectivamente, sacaron la huaca, y con el tiempo llegó a comprarle la casa al tendero...

–Aquí nos podríamos quedar todo el día y varios días; yo me acuerdo del Perro Negro; alguien detrás...; los de las ánimas; el de Roseliano; el Duende y las muchachas –dijo Parteso.

–¿Cómo es el de Roseliano?

–Modesto decía que Roseliano era un tipo muy “visionero”; un indio que lo acompañaba en la finca; cuenta que un día Modesto estaba haciendo la comida, antes de las seis de la tarde, y como era su costumbre se subió a descasar en uno de los andamios de las paseras a fumarse un cigarrillo “Sol” o “Patialzado”..., Y Roseliano vio a las bestias corriendo en el potrero del frente, en “El Morro”... que él se las mostró a Modesto “...y veían que las bestias corrían... por el mismo camino, se perdían y aparecían dando la vuelta por el mismo camino, dando la vuelta a la loma en pura carrera...”; que Roseliano le dijo: “espere que no se demora en volver a aparecer” y le mostró al Duende, montado en una bestia blanca o rusia. Modesto me dijo: “Lo vimos por ahí tres o cuatro veces, hasta que tiñó la noche, y seguían esas bestias corriendo; palpablemente se veía...”. En toda esta región se cuentan cosas de esas ¿Te acordás lo que nos contó don Heladio?

–¿El de la Cañada de las Yeguas?

–Sí; él decía que había lugares donde asustaban.

–Yo me acuerdo del de La Balastrea. ¿Te acordás? –dijo Virgilio.

–Sí.

–Contaba Heladio que resulta que la gente viajaba mucho del Limonar hacia Cali; y que en una oportunidad un vecino cogió el camino de la loma que sale a esa punta de Piedra Pintada hacia las lomas del Carmen; por ahí se atravesaba, se pasaba por el Carmen. Por ahí abajito está la salida, y ahí mismo coge la loma de pa'riba... Bueno, él salió del Limonar por ahí, como por ahí a las, sería las dos de la mañana; él iba para Cali, y pasando por la balastrea oyó que lloraba un niño a la orilla del río. Entonces él pensó que tal vez habría alguna persona allí, con el niño; que él detuvo el caballo y se asomó a la playita, y estaba ahí solo..., llorando. Entonces a él le dio lastima y se desmontó y lo cogió en los brazos, lo tapó con la ruana y todo éso, y siguió por el camino hacia el Carmen. Él pensó: “Yo ahora en el Carmen si no hay nadie levantado...”. Y como él era muy amigo, casi carmeleño..., se dijo: “Yo llamo y se lo dejo algún amigo o amiga, allí, en el Carmen, para yo seguir para Cali”. Entonces llegando al río, al llegar al Carmen hay un río, que hay que pasarlo. Entonces, cuando sintió que el niño se movió y le dijo: “Métame la mano a la boca a ver si tengo dientes”; entonces él ahí mismo se asustó y lo dejó caer. Ese señor cuenta que no sintió que cayó nada y que, ahí mismo...; que el caballo siguió y se fue. Al llegar al Carmen le echó el cuento a unos amigos, y ellos le dijeron que eso era el Duende; que eso era el Duende, que se presentaba así...”.

–Estos patriarcas si eran muy bellos –dijo Parteso con respeto por la memoria del amigo.

–¿Vos creés en esos espíritus? –preguntó Virgilio.

–Como decía Modesto; “puede que sucedan... No creo; pero tampoco dudo de ellos”.

–Es extraño, a pesar de tanta ciencia, uno siente miedo; “por algo será”... –comentó Virgilio.

Sobre esos temas recuerdo lo que le sucedió a Modesto una vez que fue a visitar al hermano mayor que vivía en Santa María. Fue a quedarse un par de días colaborándole en el cuidado de los animales y ya llegando se encontró con él. Iba por una escopeta porque el perro lobo le estaba haciendo daños. El hermano lo invitó a que lo acompañara. Don Modesto le manifestó que deseaba desensillar, pero Cayetano le insistió.

–Venga.

–Bueno, hermano– le dijo y salieron.

Pasaron por un aguacate muy antiguo, que todavía está ahí mismo, y de pronto sintieron que un animal emplumado, pesado y deforme como un bimbo, levantó vuelo golpeando torpemente sus alas, asustando sus caballos. El de don Modesto se arrimó a un alambrado y lo hizo rayar, y ya en la distancia, en el cañón, el animal se carcajó. Cuando salieron al alto, donde hoy tiene su casa Sigifredo, pero que en aquella época no había ninguna de las edificaciones que ahora hay, apareció repentinamente un perro que mordió a Cayetano en el talón, entonces él volteó el caballo para hacerle frente, y le tiró con el perrero, y el animal pasó misteriosamente una puerta de esterilla. Cayetano lo siguió enojado ya, al aproximársele el perro se le fue agrandando y gruñó extrañamente, tanto que Cayetano no tuvo otra salvación que acogerse a la Virgen.

–María Santísima, favoréceme! –y el animal chilló y se escurrió para un cafetal.

Luego entraron a una fonda, que en esa época se alumbraba con la luz de vela, impresionados por el suceso.

–Si para los cuentos de aparecidos era bueno, era mejor para los cuentos románticos y truculentos; para los cuentos de humor – afirmó Parteso.

–Yo los que recuerdo son los de El Gato y El Cerdo, que incluso los publicaron en una revista. Yo los conservo –pidió Virgilio.

–Recordámelos.

–El del Gato es que Dos peregrinos llegaron a una casa donde pidieron posada; la dueña los acogió, pero como tenía una hija muy linda dejó la puerta de la pieza abierta, y junto a la cama de la niña, un tarro con maíz. Uno de ellos, el más arrojado, se atrevió a buscarla habiendo notado una sutil insinuación de su parte, y al entrar tropezó con la lata, haciéndola rodar.

–¿Quién anda? –Preguntó la madre.

–Miau miauuu miauu –disimuló el aventurero.

La señora quedó tranquila. El peregrino llegó al lecho de la joven y le dijo ciertas cosas...

–No es a usted a quien quiero.

Y el peregrino regresó a la habitación contándole a su amigo, quien de inmediato se decidió a hacer el mismo camino, y al llegar a la habitación ¡Pan! Tumbó la lata.

Y la madre preguntó:

–¿Quién anda por ahí?

–El gatooo... –dijo.

La señora prendió la vela y lo encontró *gatiando*.

Y dijo Virgilio:

–El del Cerdo ya me acordé. “Un señor compró un cerdo, pero el vendedor no tenía el permiso para facilitar el transporte.

–Pierda cuidado –le dijo– Yo se lo llevo a su finca.

El vendedor cogió una camisa, un saco, una corbata y se los puso al cerdo.

Lo sentó en la cabina y emprendió la marcha. Al llegar al retén la policía le hizo señas de que parara y él se detuvo. La autoridad revisó el vehículo y le indicó que siguiera, sin embargo el policía se quedó riendo. El compañero del policía le preguntó de qué se reía.

–Es que en ese camión iba un señor igualito a un marrano”.

–Él, en Buga, contó todos esos cuentos; la gente estaba encantada; pero cuando contó los de humor, te digo sinceramente, que la gente quedó admirada –recordó Parteso.

–Vamos para la finca que ya va a teñir la noche... –dijo Virgilio recordando la acostumbrada expresión de don Modesto.

–No te preocupes, que hoy sale la luna; Modesto murió en creciente. Mirá, Virgilio, que pienso cuántos montes, y cuántos ríos se habrá llevado Modesto en lo más íntimo de él. Se me agolpan muchos recuerdos de él, detalles de otras épocas... el tiempo regresa. Uno cree que el tiempo pasa, pero en realidad todo está sucediendo y ha sucedido en un mismo presente, en el que se levantan y caen las cosas. Yo me pregunto, ¿cuándo lo conocí? Busco en mi memoria y la figura de Modesto va surgiendo en el recuerdo de la tienda de don Heladio, cuando él me lo presentó para que construyera la casa. No dudo de la realidad que vivimos, pero afirmo que esta realidad pertenece a esa misma realidad en que lo conocí, me extraño de esta permanencia en la constante desaparición...

A las seis se atenuaron las luces del día, y la tarde fue tomando lentamente un color azul, mientras la luna, que asomaba entre las nubes, proyectaba sombras de plata contra la blanca pared del café donde conversaban los amigos. En ese momento se oyó una

explosión y se fue la energía. La gente alarmada se asomó a las ventanas y puertas de las casas y establecimientos.

LA ESPERA. El bus escalera llegó a la tienda de los Hispanos, la mujer alta, delgada, de pelo negro se bajó del bus, y con ella otros pasajeros del lugar; iba sola. Don Aristides la siguió con la mirada, caminaba tan rápido y suave, que se diría, levitaba; se fijó en las sandalias cafés, detalló su falda azul un tanto desteñida, la blusa blanca, el pelo tan largo, que pasaba la cintura y llegaba hasta las corvas. La mujer se recogió el cabello con una pañoleta color ladrillo, y aun así le cubría la espalda. Fue siguiendo como si llevara la noche, pues por donde pasaba, iba oscureciendo. Llevaba una mochila de fique (guambía), tejida por ella. Con ella se bajaron tres campesinos que traían puestas unas máscaras, y comenzaron a molestar a las personas que estaban en la tienda. La máscara de la Muerte era la más inquieta, seguida por el Diablo; pero la de las bromas más pesadas era la máscara del Perro Negro. La mujer se hundió en el camino, mientras las máscaras bromeaban, tomando aguardiente.

Las luces de los hogares campesinos titilaban; parecían hacerse señales de casa en casa, de vereda en vereda, en los valles y en las montañas. Ya no era como antes que las luces tenían un darse casual en la cotidianidad de los hogares; ahora no era así; todo estaba lleno de señales y de códigos.

La madre esperaba noticias de sus hijos; las noticias las traían las máscaras. Al lado de doña Encarna estaba don Luis, su esposo. Don Luis entró a la cocina, sirvió una tasa de café, y volvió a poner la olleta sobre el fogón de leña, sobre un par de hojas planas, de resorte de vehículo. El rescoldo mantenía el tinto caliente. El café aromaba y la cocina estaba envuelta en una suave penumbra. Al interior don Luis veía las cosas definidas, pero al entrar doña Encarna debió encender las velas. La energía no había llegado hasta ellos; los postes y los cables habían alcanzado a llegar hasta el Crucero, pero el inspector y los políticos les prometían que pronto el servicio cubriría la totalidad del vecindario. Teniendo ocho hijos, en ese momento estaban con el menorcito. Una veladora alumbraba una imagen de la Virgen del Perpetuo Socorro, en quien la fé de sus mayores le había

enseñado a confiar y a quien invocaba como intercesora, en todas las dificultades de su vida, y a quien, en los buenos momentos agradecía por los dones recibidos. Doña Encarna esperaba con ansiedad.

–Viejo, ¿le habrán cortado la piernita al niño?

–No –contestó sin ninguna convicción.

Después de los primeros cuidados en urgencias donde hicieron todo lo posible para no amputarle la pierna al menor, y curar las heridas del mayorcito, el temor por una grave infección, al parecer tétanos, los tenía preocupados. Ambos niños tenían fiebre y convulsionaban. Los médicos dijeron que cuando hay heridas expuestas y contacto con la tierra donde defecan los caballos, el riesgo es muy alto. Temían no solo por el pié y la pierna, sino por sus vidas.

Serían las siete de la noche cuando la señora del pelo largo pasó; iba fumando.

–Adiós, doña Encarna –dijo.

–Adiós, Caridad –contestaron los viejos.

Al aspirar el cigarrillo iluminaba la palidez de su rostro, y el fuego parecía un ascua en sus labios. En el corredor de la entrada se sintió un delicioso olor a canela.

Cuando había hecho un poco más de camino, doña Encarna comentó:

–Como anda esa mujer.

–No para.

Los hijos mayores seguían sin llegar.

–Tengo miedo por los niños –dijo Encarna.

Entraron a la cocina. Un viento fuerte azotó una ventana, un relámpago iluminó la noche.

El azul plomo de las laminas de zinc se iluminó por un instante, mientras las láminas empezaron a azotarse, como si se estuvieran desclavando y fueran a desprenderse. Una ráfaga atizó el fogón y levantó las cenizas acumuladas entre las dos hileras de ladrillos del fogón, revolviéndose en el aire de la cocina. Don Luis se limpió los ojos con los dedos de la mano derecha y puso un plato pequeño para tapar la olleta. Salieron al corredor.

No se veían las máscaras; estaban tomando aguardiente. El ruido de las láminas de zinc al golpearse en el techo despertó al menor de sus hijos, a Héctor, aun de brazos. La mamá lo cargó, cubriéndolo con una toalla. El niño adormilado guardaba silencio.

–El sereno le hace mal –dijo don Luis.

–Lo tengo cubierto.

–Hace frío; está ventiendo.

Volvieron a la cocina.

–Pensar que fui yo la que los mandé a buscar la gallina. No puedo con el remordimiento. ¡Pobrecitos!

–No se martirice; no lo hizo por mal.

La mamá sentó al niño en una silla de vaqueta, y volvió a la entrada. Un largo relámpago iluminó el frente de la casa, haciendo un cruce de sombras en el patio, hacia el gallinero y el palomar. Los patos parecieron asustarse.

El viento volvió a azotar la ventana; se hizo más fuerte.

Las láminas de zinc chirriaban, sueltas por la acción de las ráfagas que aumentaban de intensidad, sin embargo la fuerza no era sostenida y constante, sino variable, intermitente, al extremo de la tempestad lejana.

–Voy a cerrar esa ventana –dijo Encarna.

Otro relámpago traspasó la oscuridad.

–Míre la veladora, no sea que el viento la tumbe y tengamos un incendio –pidió don Luis.

–Esas minas me han debido tocar a mi.

–No diga esas cosas.

–Yo tuve la culpa.

–No, Encarna, los desalmados; y hay que tener cuidado porque pueden haber más por allí sembradas. Ni sé porque le dicen sembradas; si eso es para una cosecha del Diantres.

Por un momento Luis recordó un pasaje de su infancia “Hay que ver lo que sucedía en aquel tiempo”, se dijo. Era la época de la violencia del 50, entre liberales y conservadores; y, en una noche como ésa, tuvo que correr a esconderse al cafetal, de donde oía los gritos y los quejidos de los familiares y trabajadores, atacados a machete por vecinos de otra vereda. “Lo que fue eso; lo que fue oír eso... Dios mío. Lo que fue vivir eso” –se dijo, como si el cuerpo se le convirtiera en una lata. Al día siguiente todo había cambiado para siempre: su padre estaba muerto, junto a la elda del café; su madre, se había escondido debajo de las tablas del corredor; a Adán, el agregado lo vio degollado. A ese salvajismo lo llamaban “corte de franela”. Aun con la impresión y con miedo por lo sucedido, Luis tuvo que ayudar a mover los muertos, a recoger pedazos de carne humana para que no se la comieran los perros, colaborar curando heridos; untándole mamitolina a Marino a quien le habían pegado un culetazo en el hombro. Luis se dijo

para sí: “No sé por qué me quedé en el campo”; sintiéndose, como su esposa, culpable por lo sucedido. “Lo que he debido hacer es haberme llevado la familia para Buga”, se dijo.

–Yo tuve la culpa –repitió ella.

–¿Viene alguien? –dijo ella. Se está haciendo tarde; ¿les habrá pasado algo?

Primero llegó el perro a la puerta de la casa, y luego el vecino, cabestreando un caballo.

–Buenas noches –dijo el vecino.

–Buenas –don Arcelio.

–Lo cogió la noche –comentó don Luis.

–Picándole una cañita.

–Los oficios que no lo sueltan a uno.

–Sí; voy a soltar el bayo en la manga ¿Cómo van los muchachos?

–Esperando noticias.

–Entonces están mejor; porque las malas noticias vuelan.

–Que así sea; se lo pido a Dios –dijo doña Encarna.

–Me voy porque va a llover. Está ventiendo mucho.

Don Arcelio siguió con su caballo; adelante iba el perro. El caballo lucía una testera roja entre dos franjas verdes. Se escucharon las pisadas del caballo y del golpe de sus herraduras contra las piedras del callejón.

La neblina comenzó a envolver la casa.

Casi no se veía el callejón cuando don Arcelio regresaba con la jáquima en la mano. Dos truenos ensordecedores estremecieron la región, y quedaron retumbando entre las montañas. El relámpago lo iluminó completo. Arcelio se quitó el sombrero de paja y puso sus dedos nudosos sobre su frente blanca en la que se le brotaban azules, las venas.

–Hasta mañana –dijo Arcelio.

–Apúrese, que se moja –dijo don Luis.

–Don Arcelio, ¿no vio a mis otros hijos por ahí? ¿Había alguien en El Crucero?

–No doña Encarna, la tienda estaba cerrada. En la de abajo sí se oía bulla. No tenemos mucho y nuestro rancho es humilde, pero no dejen de avisarnos si necesitan algo.

–Gracias, don Arcelio. Nosotros lo sabemos, saludos a Otilia.

Don Arcelio se agachó a anudarse el cordón del guayo izquierdo que se le había soltado, y contestó:

–Con mucho gusto; cuenten con nosotros.

El viejo continuó para su casa con un paso cancinco. El perro iba adelante. Los envolvió la neblina. Don Luis lo escuchó hablar y no supo si le habló al perro, o al caballo.

Don Luis regresó a la cocina, vio al niño sentado en la silla, cubierto con la toalla, y se sirvió otro café negro. No tuvo palabras para el niño: Se vio a sí mismo en aquellos días aciagos de su infancia. Le pareció que, el niño y él, eran el mismo ser, la misma vida dolorosa e inútil, y conmovido en lo más profundo ahogó una frase, detuvo una caricia. Se quitó su ruana y le dijo:

–Póngasela. Y fue a buscar un saco viejo de paño que guardaba en la cómoda. Doña Encarna entró a la cocina para revisar la veladora, acomodándole la ruana al niño, que la tenía caída de un lado.

–Oigo voces.

–Yo no.

Ella volvió a salir.

Respiró profundo, con ansiedad, como si una mala noticia se aproximara. La noche estaba cerrada y el viento volvió a soplar fuerte; silbaba entre las rendijas de la casa; violentaba la ventana y la puerta, las láminas de zinc. Volvió a sentir ese olor a canela.

Entró a la cocina. Don Luis sentía el calor de la tasa, con otro tinto.

–Oigo voces.

–Son truenos; hay tempestad.

–Voy a asomarme.

Doña Encarna salió al antejardín que da al camino del callejón y de repente se encontró frente a un Perro Negro, alto, de dos piernas..., Venía tambaleándose. Doña Encarna por poco se desmaya; de no haber sido porque su hijo se quitó la máscara, y pidió la bendición.

–En nombre de Dios.

–Dios lo bendiga. ¿Qué forma es ésa de presentarse? ¿Qué horas son éstas de venir, si la chiva llegaba a las 6? –reclamó, enfadada.

–¡Hip!

–¿Están bebidos? Díganme, ¿cómo están los niños?

–Me-jor... Hip. Madre, es que a todos nos importa lo sucedido...

–En nombre de Dios –saludaron los otros, quitándose las máscaras.

–¿Por qué vienen con esas cosas? ¡Quitéense eso; voy a echarlas al fogón! Ésta no es época para andar con eso.

–La mía no –dijo el Diablo.

–La mía, tampoco –dijo la Muerte.

–¿Qué dijeron en la clínica?

–No hay que cortarle la pierna.

–¡Bendito sea Dios!

–¿Y, el estómago? ¿Cómo va la barriguita de Nacho?

–Mejor.

La Muerte se acercó a un árbol de achiote, y se puso a orinar; al verlo el Diablo se fue a orinar junto a un árbol de nacedero.

Don Luis callaba. Doña Encarna los hizo seguir y atizó el fogón. Empezó a llover, se hizo más fuerte, y se desató una tempestad que llenó de pánico la región. Una tempestad como hacia años no se vivía por esos lados, según recordaban los viejos. Doña Encarna prendió el cirio pascual y quemó ramo bendito. En sus rezos en voz alta, pedía que calmara la tempestad, intercalando ruegos por la salud de sus hijos.

Una lechuga había encontrado refugio en el alero de la cocina que da al patio.

Varias horas después, amainó y se acostaron. Don Luis permaneció en la cocina: alzó leña del piso y la dispuso en el fogón, lo atizó, e hirvió el agua, luego coló el café. Con el café en la tasa, sintiendo su calor, se quedó mirando hacia el patio interior. Una pareja de patos picoteaban la arena que se acumulaba en la caída del agua del techo. Poco después enterró la candela, cubrió unos tizones con rescoldo para conservar el fuego.

No pensaba acostarse, no tenía sueño, la imagen del niño en la cocina lo devolvió a su niñez, tan pobre y difícil, de trabajo, de necesidad y de miedos; sobre todo de desconfianza e inseguridad con la gente, con esa gente con la que él creía que era bonito correr y jugar, crecer, trabajar; cuando no sabía nada de clases y poderes sociales, de jerarquías y humillaciones. Tuvo lástima por el niño, por él mismo; por su esposa, por su rancho, por la vida de carencias en la que había ido perdiendo los dientes, la salud, la autoridad, su sitio en el mundo. Ya sin sueños le parecía que era un pedazo de trasto viejo, un tiesto, una chamiza solo buena para ser quemada, pero tampoco la desazón lo llevaba a la angustia. Era la tristeza que lo relamía como se relame un perro las heridas. Allí, en la oscurana, se dejaba llevar de estas sensaciones que lo acompañaban raspándole la piel. Varios pollos se protegían debajo del alero pretegiéndose del aguacero.

—Hay que ver lo que sucedía en aquel tiempo —se dijo.

Don Luis se tocó su caja de dientes. Recordó cómo los perdió: “Los dientes de leche”, no le dieron nunca un regalo; el Ratón Pérez jamás lo llegó a visitar. Era esa una costumbre de ricos. La mamá les decía, burlándose de la pobreza, que ellos, “no habían tenido dientes de leche, sino de aguapanela”... Los otros salieron, y luego se picaron. La primera muela se la extrajeron en Restrepo; un muleto le partió, de una patada, los dientes superiores de adelante, los incisivos. Recordó su vida diente tras diente. Los últimos dientes naturales que tuvo fueron los colmillos, y un incisivo del lado derecho de la mandíbula inferior. Ahorró

mucho tiempo para hacerse las dos cajas; primero una en Buga. La otra sí fue en Cali, hacia como unos tres años.

El rescoldo del fogón también se apagó. Don Luis se sentó en la misma silla en la que antes estuvo el niño, él mismo, su sangre, su condición de campesino, su humillación, pero también el que encontró a Encarna, la enamoró, con quien ha dado la luz a esos seres en los que se renueva la gente, con quien ha compartido esa misma hambre del desayuno por las mañanas, el gusto por el trabajo, y compartir esa respiración debajo de las cobijas para ser discreto con la familia, y por vergüenza con los mayores, ya entendidos en esas cosas. No creía en el amor dramático y heroico, mucho menos en los romances novelescos y artificiosos, amaba la cotidianidad, el detalle que dulcifica la humanidad de cada día, que palpita en las sagradas palabras del hogar y la familia. Ni en sus momentos más apasionados había olvidado el alcance de simple mirada buena y de la caricia bienhechora, y solidaria donde el amor une a la pareja, sin agotarla en la excitación en sí misma. El suyo era ese amor que libera la tensión del deseo en el oficio común de cada día. Lo demás lo llenaba de inseguridad y desconfianza, perturbaba su tranquilidad, su espíritu, su vida cotidiana en la que cumplía su destino ¿Qué tenía él por lo máximo en el amor, que no fuera la dulce sensación de abandonarse a sí mismo? Era ese abandono, esa entrega el resumen esencial de la vida. Lo demás era la lucha por el pan de cada día, combatir, sin tregua, por la existencia. Vivir esta realidad que descorazona y abate, pero al mismo tiempo le resultaba esperanzador encontrar solidaridad en medio de la guerra. No entendía cómo unos destruían y otros apoyaban; ese misterio de la condición humana que va de las manos del criminal, a las del santo y del artista.

Cantó la lechuza.

Más allá de toda verdad, ésta era su intención y su certeza. Don Luis era consciente de experimentar en su cuerpo, la dolorosa realidad de sus ganas inatajables y de ese útero de huerta fecunda donde no se pierde jamás una semilla, riqueza y ruina de

los pobres. Él volvió a verse niño y vio como la cocina se iba llenando de pequeñas bolas de algodón, blancas y moteadas de gris, que tenían unas vocesitas muy tristes que le decían: “Luis, reza por nosotros, que nuestras almas están en pena y no pueden descansar”.

Preocupada por don Luis, temiendo que pudiera coger un resfriado, doña Encarna se levantó a darle una vuelta y lo encontró dormido, a su lado, caída en el suelo, la tasa de café, vacía, y la cocina llena de pétalos blanco, de margaritas deshojadas.

La lechuza volvió a cantar.

El viento apagó la vela y aun en la profunda oscuridad de la noche la blancura de las flores insinuaba su delicadeza de alma, y un leve rumor yacía suspendido en el aire rodeando a don Luis.

–Mijo, venga; acuéstese que va a coger frío.

La lechuza cantó volando a una viga de la cocina.

Doña Encarna, encendió la vela, y con intuición de persona mayor, revisó la cocina, y se detuvo en los pétalos. Le llamó la atención que sólo fueran las flores de las margaritas las que se hubieran deshojado, que ni las orquídeas hawaianas, ni las rosas... Resolvió echarse la bendición y salir.

–Vamos, mijo, levántese que se va a resfriar; venga vamos a acostarnos que ya es muy tarde. Tengo que madrugar para ir a ver como van los niños. Está visto que no nos podemos confiar de los muchachos; son unos irresponsables.

Don Luis se levantó dando un suspiro de alivio. Doña Encarna cerró la cocina cerciorándose de que todo quedara en orden.

Antes del amanecer cantó el titiribí. Al aclarar don Luis quitó la tranca y abrió las dos naves de la puerta principal. Todo el lugar

estaba envuelto en neblina; hacía frío. Doña Encarnación amaneció muy triste, deprimida.

–Si algo les pasara yo quisiera morir –dijo.

–No hija, no diga eso.

–Para mi sería más fácil; ¿no ve que yo fui la que les dije, que fueran a buscar esa gallina? Yo tengo la culpa. Me enloquecería y tendría que vivir llorando la pena como el pobre Caín por sus errores, como una llorona cualquiera, como tantas desgraciadas que andan por los campos asustando a la gente.

El cucarachero desgranó su canto de agua y de cristal desde el cerco del potrero del frente. Al oírlo don Luis recibió bien la mañana; pero doña Encarna sintió en el pecho un ansia vaga que la hizo llorar.

¡Splash!, ¡plash!, se escucharon los pasos de alguien pasando por el callejón. El camino estaba inundado.

DE REOJO. Segundo se detuvo en la tienda de los Hispanos, de ida para Buga. Le preguntó al tendero:

–Don José, ¿usted sabe si Caridad tiene una hermana?

–No, que yo sepa.

–Es que ayer, en el último viaje, traje a una señora igualita.

–Era Caridad.

–Hay algo raro, porque me contó el señor de las piñas...

–¿Nestor?

–Sí, él. Que le había pasado algo muy extraño, ayer por la noche, en Media Canoa.

–¿Qué pasó?

–Al comenzar la subida, ella estaba allí, y le hizo señas de que parara, y él paró; le pidió el favor de acercarla a Restrepo.

–¿A qué horas?

–A las 7.

–Ella a las 6 estaba aquí, y no la ví regresar; puede...; pero no la vi.

–Eso le dije. Pero, ése, no es el cuento...

–¿Entonces?

–Ella subió y se puso esa mata de pelo que tiene sobre la falda; sacó un cigarrillo de la guambía, esa que sabe llevar, y que le ofreció uno a él; pero como Nestor no fuma, no se lo aceptó, pero ella sí lo encendió... Que tenía unas manos blancas, con unos

dedos muy largos, como si no tuviera carne, pero no se le veían los huesos.

–¿Qué pasó?

–Una vez ella voltió a mirarlo, y le sonrió. Don José dijo que esa mujer tenía la piel pegada al cráneo; que la sonrisa era bonita, pero que él sintió frío.

–Una vez quise mirarla bien, pero con ese pelo no pude; es como si le cayera sobre la cara cada vez que quería mirarla; porque bonita sí es –dijo don José.

–O por lo menos, rara.

Mientras conversaban don Segundo y don José, un señor bajito, con una pierna baldada y un sombrero de fieltro café muy grande, se subió a la chiva.

–¡Ya salimos! –anunció don Segundo.

El señor bajito, del sombrero grande, le sonrió, dejando ver las caries de sus dientes.

–¿Y qué? –dijo pasito, don José.

–Me contó Nestor que al dejar la carretera a Buenaventura y tomar la entrada para acá, ya no estaba en el carro.

–¿Qué raro?

–El está preocupadísimo.

–En la cabina del camioncito quedó la colilla. No sabe qué hacer.

–Yo se la llevaría al cura; puede tener un maleficio –sugirió don José.

–Últimamente están sucediendo cosas muy extrañas en la región. Es como si fuera a pasar algo. Ayer se le desprendieron todas las flores al árbol de la cruz de la casa. Para qué, don José, per eso me preocupa. Le digo que el suelo parecía un charco de sangre, tierra herida.

–Algún gusano; ese puede ser el gusano metrero; el mismo del grosello...

–No don José. Yo conozco ese gusano... Sana las flores.

–Esos son agüeros.

No había terminado de decir éso cuando apareció Caridad. Los amigos se impresionaron con la coincidencia. Ella se subió a la chiva y se hizo en el puesto de atrás. Tenía un vestido marrón oscuro, largo, con su pelo largo, sus movimientos etéreos y su silencio. Segundo cayó en cuenta de que él nunca le cobraba, sin saber por qué. Quiso mirarle la cara, de reajo, pero el pelo le cubría la cara y no tuvo fuerzas para mirarla de frente.

–Esto es muy raro; ¿será la telepatía, como dicen.

–Puede ser –dijo don José.

–Ya salimos –repitió don Segundo.

El Perro, el Diablo y la Muerte, se subieron a la chiva. Ellos les sonrieron al reconocerlos. Después entró un señor con la ropa muy sucia y mojada que parecía, de lo desaseado, que tuviera musgo en vez de pelo, y con el venía una señora con las ojeras verdes. Las niñas de la vereda que iban para el colegio se subieron al bus, haciendo un bullicio de abejitas, con sus lápices, sus cuadernos, con sus maletines y loncheras, frescas, ingenuas, infantiles. Entonces Segundo se subió a la chiva, y Candelo, el muchacho que le ayudaba, comenzó a cobrar los pasajes. En la vereda El Agrado, se subieron Octavio y Adriana. Llevaban la alcarraza que le habían comprado a Cholo; se hicieron en la

banca de atrás pensando que la cerámica iría más segura. Un olor a tierra se sentía en la chiva; ese olor que tiene el campo cuando se está preparando para la siembra, o cuando se está desherbando para favorecer al cultivo; olor a monte y a hojarasca, a humus. Una camioneta camuflada del ejército sobrepasó al bus poco antes del puente.

Las niñas se bajaron en Restrepo, el bus tomó la vía principal, dirigiéndose a Buga, y a unos trescientos metros, lo detuvo un reten del ejército; los soldados requisaron a las personas y revisaron los bultos y morrales de los pasajeros. Curiosamente a Caridad, que se hizo a un lado, no le pidieron sus documentos personales, ni le esculcaron su guambía, ni le hicieron nada. A Adriana le hicieron vaciar su mochila sobre el capó del bus. Los soldados mostraban deseos de quitarle la cerámica a Octavio; revisaron una a una las prendas que habían llevado para el fin de semana. En el morral que traía uno de los hijos de don Luis y doña Encarna venían camufladas, entre yucas y arracachas, tres minas quiebrapatatas. El sargento ordenó a Segundo adelantar el bus escalera y entrarlo completamente en la berma, para volverlo a revisar, exhaustivamente. A los tres jóvenes los esposaron. El sargento pidió refuerzos y un vehículo para trasladarlos a la Fiscalía. En la nueva revisión del bus observaron en el respaldo, de la banca, que quedaba frente a la que venían los muchachos, una cremallera. Al descorrerla encontraron tres granadas de fragmentación.

—Cualquiera diría que estos hijueputas no matan una mosca —dijo con rabia, el sargento. Tenga más cuidado con los que lleva y trae, si no quiere meterse en problemas —le dijo a Segundo.

—Sí, mi capitán.

—Yo no soy ningún capitán.

—Sí, señor.

–Soy Sargento, para que sepa; y váyase rápido, o lo retengo por cómplice o auxiliador. Lave esa verraca chiva que apesta ¡Huele a mierda!

–Tampoco me diga señor, y no porque no lo sea; cuándo será que estos civiles de mierda aprendan a distinguir y respetar la jerarquía militar.

Caridad parecía ausente. Cuando el Sargento terminó de hablar y se fue a interrogar a los jóvenes, fue la primera en subir al bus, haciéndose en el mismo puesto. El Sargento y ella cruzaron una mirada incompleta, débil, como ausente, fuera de contexto; como si ninguno de los dos alcanzara a percibir al otro; los dos rostros se vieron borrosos, como cuando los vidrios están empañados.

–Soldado Aguilar, devuelva esa olla.

–Sí, mi sargento.

Octavio llevaba la alcarraza con sumo cuidado, sentía por ella mucho respeto; la cuidaba en actitud reverencial, pensando en la vida de quién había sido su dueño, como si aun pudiera sentir ecos de esos tiempos prolongándose más allá del consistir físico del objeto, como si el hecho de pertenecer a una tumba la hiciese parte del otro mundo.

Al llegar a la glorieta de Media Canoa Caridad le pidió a Segundo que parase, bajó y desapareció. En la banca del bus quedó olvidada la pañoleta que llevaba para recogerse el largo cabello. Octavio y Adriana prefirieron seguir hasta Buga y allí esperar el bus para Cali. Lo sucedido los había dejado aprehensivos.

Segundo encendió el radio tratando de sintonizar alguna emisora con música de su agrado que le ayudara a relajar y a superar las fuertes emociones del momento vivido, pero se detuvo en una noticia:

“Dio a luz en medio de combates. Mientras miembros de las Farc y soldados de la Brigada Móvil número 3 mantenían combates en el Meta, una guerrillera menor de edad, en estado de embarazo, fue rescatada y llevada hasta el helicóptero en donde finalmente dio a luz. En pleno combate los soldados fueron testigos de lo que calificaron como “milagro” en medio de la guerra. Y fue en la selva, al sur de la Macarena, Meta, en donde Marcela, una joven de 16 años, dio a luz a Juan Esteban, como fue llamado el niño por los uniformados del Ejército, quienes ahora, según dijeron, quieren ser los padrinos del recién nacido. Marcela es hija de padres guerrilleros y entró a formar parte de la organización cuando tenía sólo tenía 10 años”.

Volvió a cambiar de emisora, y finalmente la dejó en un programa de Vallenatos: “En diciembre Hoche se encontró,/ en diciembre Hoche se encontró/ un mochuelo allá/ en los Montes de María (...).

“Atentados. Dinamitada torre de energía en zona rural de Piendamó, Cauca. Ataque guerrillero: cinco muertos. **Popayán.** Cinco personas murieron y nueve más resultaron heridas por la activación de un artefacto explosivo que supuestos guerrilleros de la columna móvil ‘Jacobo Arenas’ de las Farc instalaron en la vía, entre Piendamó y Morales, informó el Comando de la Brigada 29 del Ejército. Entre las víctimas se encuentran dos militares del Batallón José Hilario López y tres civiles, dos de ellos identificados como Doraly Montenegro y Oliver Segura. El comandante de la Brigada 29, coronel Juan Pablo Amaya, aseguró que el explosivo fue detonado en inmediaciones de la escuela rural de los Uvos, en la vereda Corrales, municipio Piendamó, a la 1:10 de la tarde de ayer cuando una patrulla del Ejército se desplazaba hasta el lugar en donde fue dinamitada una torre de conducción eléctrica y que afectó parcialmente el servicio de energía en los departamentos de Cauca y Nariño. Los nueve militares heridos fueron evacuados por vía aérea a diferentes centros asistenciales del Cauca y del Valle. De otro lado, el Ejército ofreció una recompensa de \$20 millones para las personas que suministren información concreta que permita la

captura de los autores del atentado terrorista, cometido en la mañana de ayer. El ataque dinamitero se presentó en la vereda Caña Dulce, Piendamó, donde se colocó y detonó la carga en la parte inferior de la torre, derribada parcialmente. Aunque oficialmente desconoce quienes fueron los responsables del hecho, voceros de la Brigada 29 del Ejército atribuyendo el atentado a rebeldes de la columna móvil 'Jacobo Arenas' que operan en la región, los mismos que habrían actuado horas después contra la patrulla militar. El servicio de energía fue restablecido en corto tiempo en los lugares en donde se percibió el problema y hacia el medio día del suministro se había normalizado en toda el área afectada por el acto terrorista”.

“El sena capacitara desplazados. Los jóvenes desplazados entre 18 y 30 años de edad, inscritos en el Sistema Único de Registro (SUR) y los no desplazados registrados en el Sisbén 1, 2 y 3 podrán capacitarse en el Sena, inscribiéndose desde hoy _____ hasta el _____. La meta del Gobierno Nacional es atender este año a 25.000 jóvenes. Los interesados en inscribirse gratuitamente y sin ningún intermediario al programa podrán hacerlo en las oficinas del Servicio Público de Empleo del Sena y en las Unidades de Atención y Orientación a Desplazados (UAO) en las ciudades en donde operará el Programa. Cada una de las personas que haga parte de este programa recibirá una pequeña colaboración económica”.

M

UJER CON PASAMONTAÑAS. El sargento, intrigado por aquella mujer, le hizo seguimiento de inteligencia militar con los informantes del batallón de Alta Montaña, ubicando su casa, arriba de una vuelta, en la carretera a La Fresneda. Era una casa pequeña de bahareque, de una sola habitación; y una cocina anexa, hecha con guadua, esterilla y cubierta de zinc, en la que tenía un fogón de leña. Adentro, en la pieza, al interior tenía una cama, un nochero, un armario, y un viejo espejo. Tenía, también, una mesa y un asiento de madera. Durante varios días la siguieron los investigadores vestidos de campesinos y averiguando, con trucos y estratagemas a los vecinos, detalles de interés, relativos a sus hábitos y costumbres familiares, oficios. Era poco lo que obtenían. En la casa más cercana decían que se llamaba Antonia, María Antonia o Toña; en El Crucero la conocían como Caridad, y un viandante les dijo que se llamaba Abril; él oía que la llamaban así.

El sargento escogió a los informantes y a los miembros del personal en misión que creía más inteligentes y recursivos, y camufló el operativo como si se tratara de una minga para limpiar los caminos de la vereda, pero no notaron nada especial hasta pasadas las seis de la tarde, que comenzó a teñir la noche, y a enredarse la neblina en las ramas de los árboles de la montaña.

—Sargento, acaba de entrar una mujer alta, toda vestida de negro, y con pasamontañas negro —dijo un informante.

—¿Con falda?

—Sí, mi sargento.

—¿Qué llevaba?

—Algo envuelto en los brazos, como un poncho.

–¿O una ruana?

–No, mi sargento; no hacía tanto bulto.

–Llevaba mochila.

–Sí, mi sargento.

–¡Pilas! No sabemos que pueda tener.

Dos de los más rápidos, audaces rodearon la casa; revisaron la cocina, los alrededores y trataron de mirar al interior por un ventanuco; regresaron e informaron.

–Parece que la casa no tuviera entablado, que estuviera a tierra limpia –dijo uno.

–Tiene unas velas prendidas en el suelo –dijo el otro.

–Esa mujer es muy rara.

Se reunió con el piquete de apoyo, dio la orden de realizar el procedimiento; se tomaron posiciones estratégicas formando dos anillos de seguridad y un grupo de asalto. A la orden del Sargento, el grupo de asalto se fue contra la puerta, tumbándola a golpes de culata y patadas voladoras. La puerta cayó sobre la mesa. Todo estaba oscuro. Iluminando la habitación, con unas linternas de campaña, muy potentes, se encontraron con una anciana pequeña y menuda que temblaba en la cama, asustada. Un olor a sahumero y a vela apagada impregnaba el ambiente.

–Abuela, ¿dónde está su hija?

–Vivo sola.

–¿Cómo se llama usted?

–¿Qué pasa? ¿qué pasa?

–¿Cómo se llama? –repitió con brusquedad el soldado.

–Abril, Abril... Estoy nerviosa; no esperaba nada así –dijo tartamudeando.

–¿Y Antonia?

–Aquí no vive, ninguna Antonia –dijo sollozando.

–Sí, abuela; no la niegue –dijo otro soldado.

–Vimos que entró una mujer sola, con un pasamontañas.

–Yo no he salido; nadie ha entrado. No sean malos –reclamó. Déjenme tranquila que me voy a morir.

Miraron debajo de la cama, abrieron la cómoda, desocuparon los cajones, golpearon las paredes y hurgaron en el piso de tierra, buscando algo, cualquier cosa.

–Déjenme tranquila, que me estoy muriendo.

El sargento la miró impasible; él mismo se agachó a mirar debajo de la cama; vio la vacinilla; y luego recorrió la cobija, descubriendo a una anciana enferma e inválida que quedó rígida en medio del procedimiento. Todos se quedaron mudos. El mundo se había detenido. Afuera, no se escuchaban ni los grillos; adentro, el silencio aumentaba a medida que el cuerpecito de la anciana perdía su calor. Recompusieron burdamente la puerta, acomodando astillas y pedazos de tabla. Sobre la mesilla colocaron la máquina de escribir y levantaron el acta. El Fiscal y el médico del batallón certificaron muerte natural (paro cardíaco). En la cabecera, bajo la almohada, estaba el pañolón sepia que el sargento le había visto a Caridad.

–¿No es este pañolón el que llevaba la señora en la chiva?

Los soldados del procedimiento, no eran los mismos; el sargento no tenía forma de verificarlo.

Al dejar los militares la humilde vivienda, de nuevo se sintió la fuerza de la naturaleza; cantaban las ranas y los grillos; chillaban los pellares alarmados; la neblina asentaba su humedad entre los árboles. Un ruido sordo, de cañada o abismo, se sentía al pié de la montaña; cruzando el umbral, era el silencio total, como si la muerte de la viejita lo silenciara todo.

Los informantes fueron tomados por sospechosos al instar al fallido asalto; ellos se ratificaban en sus informaciones por haberla visto entrar. No encontraron en la casa de... ¿Cómo llamarla? Antonia, Caridad, Libia, Peregrina, nada que confirmara su presencia en el lugar; nadie distinto a esa viejita que había muerto del susto.

Conversando entre sí, los dos soldados reafirmaban lo vivido. Tenían que decírselo a sí mismos para no enloquecerse. No lo había visto uno; fueron los dos, y los dos se daban ánimo reforzando esa percepción de sus sentidos.

Los superiores consideraron que los informantes podrían haber estado fumando marihuana, probado algún hongo alucinante, ingerido alguna droga; ellos se daban ánimo para demostrar la verdad de su experiencia.

–Yo la vi.

–También yo.

–La recuerdo con su falda, ese pelo y esa extraña figura; me fijé en los pies. Te digo que llevaba sandalias... Ya no sé... Podría ir descalza... Esos dedos largos, blancos, estilizados como si fueran hechos de los remos de las aves, la hacían volar.

–Yo me fijé fue en el pasamontañas, solo en él. Me dije, te lo confieso: “esa mujer debe de tener una cara muy bella”. Me imaginaba quitándoselo en el allanamiento.

–La vimos.

–Lo sucedido tiene una inquietante extrañeza.

–Hay algo raro en todo.

–No sé qué explicación podría dar.

–Todo está muy enredado.

–Nos veo dando declaraciones.

–Van a creer que estamos de acuerdo, como los que se robaron esa huaca en el Caguán.

Dejaron dos soldados velando el cadáver hasta el día siguiente que se practicaría la respectiva diligencia de levantamiento, a los cuales venció el sueño.

Caridad salió de la casa, con su tez de papel, andar liviano, ligero, como si levitara; con su chal sepia recogiendo elaboradamente su pelo largo; con blusa anaranjada, con el pasamontañas en la mano. Miró a los dos jóvenes vencidos por el sueño, les echó su aliento sobre la cara, y se confundió entre la neblina, quedando un olor a romero y albahaca.

Al día siguiente, que llegaron los relevos, encontraron a los guardias dormidos, la casa sola, la cama vacía, sin colchón, sin almohada, sin cobija, y los restos de una vela que se había extinguido en los huesos de las tablas.

EL RUIDO DEL MONTE. Tras la captura de los hermanos Montes, desaparecieron cuatro jóvenes de la región. Se rumoraba que los tenían dos organismos de seguridad, que habían actuado por información de algunos vecinos, y que se buscaba prevenir actos terroristas y criminales; que los otros dos, los habían desaparecido los auxiliadores de grupos insurgentes en represalia por “aventarlos” la red de cooperantes. Las madres de los unos y los otros, se cruzaban en los caminos vecinales buscando sus muchachos, como modernas Lloronas sin hallar consuelo ni descanso, en ninguna parte.

A los hijos de doña Encarna parecía que se los hubiera tragado el Monstruo de las Rejas, e iban de cárcel en cárcel sin que sus padres pudiesen saber con certeza en cuál de todas las bocas de hierro del país se encontraban: Buga, Cali, Cartagena. Nadie sabía el por qué de esos cambios tan rápidos, y menos conociendo el oficio de agricultores que tenía la familia.

Los Montes no recibían cartas. Todo caía en el silencio; para ella era como si estuvieran desaparecidos. Un día un campesino se le acercó a doña Encarna en el callejón, y le pasó un celular. Era David; estaba en Cartagena; quería saber cómo estaban sus hermanitos, que les perdonara haber llevado esas cosas a la casa, pero...; (hubo una pérdida del sonido); que le diera la bendición; que no se preocupara que algún compañero aparecería de vez en cuando para pasarle un aparato (el celular).

Al contarle lo sucedido a su esposo, éste extendió el periódico sobre un banco de carpintería que tenía en el corredor del frente de la casa, se quitó sus gruesos anteojos de patas de plástico, amarillos, y la miró con esos ojos grises del tiempo, mirándola sin verla, oyéndola sin detenerse en sus palabras, reviviendo sus impresiones de niño, atadas a la cadena de los días. Fue apenas anoche; hoy es el mismo despertar de miedo del ayer, y de impotencia. “¿Sería por eso mismo -se preguntaba-, que los muchachos andaban buscando otra salida?”. Pero él no encontraba nada mejor que mantenerse en esa normalidad brutal, en la institucionalidad del abandono, en ese confiar su fe a la

parcela. No podía más. Sí; al menos tenía eso. Le tenía miedo al desplazamiento; pavor al desarraigo. Esas noticias eran cada vez más frecuentes; él quería morir sin tener que pasar “por éstas”...

–Triste es la historia. Ya a nadie le importa ni esas penas ni estos nuevos dolores –dijo para sí. Me estoy volviendo viejo.

Don Luis no le respondió. Doña Encarna, tampoco esperaba un comentario; conocía bien el silencio de su esposo, y ella todavía tenía el ruido del celular en el oído, y estaba aturdida de saber tan cerca y tan lejos, a sus hijos, sin ni siquiera poder reaccionar a la petición de su hijo de que lo perdonara...

EL ORGULLO HERIDO. Los jóvenes soldados adscritos a los servicios de inteligencia del ejército perdieron credibilidad y fueron desvinculados después de haber sido sancionados y soportado toda clase de improperios. Los dos quedaron con el orgullo herido. Jorge y Simón, también eran oriundos del Valle, de la Unión y Versalles, y aunque conocían el departamento, no estaban familiarizados con la topografía de la región; aun así se dieron a la tarea de desvelar el misterio de Caridad, y comenzaron a hacerle seguimientos con la participación de varios colaboradores de la red de informantes que les habían suministrado las primeras indicaciones.

Aquella casa permanecía aparentemente abandonada, los soldados ingresaron como empleados a una lechería que lindaba con la carretera, de uno de cuyos potreros se divisaba el frente de la casa.

Un atardecer, siendo aproximadamente las cinco de la tarde, vieron entrar a dos niñas; ellas recorrieron el pequeño solar, recogieron chamizas, acompañadas de un perro amarillo, y salieron. Simón vio que la ventana de la casa se entreabría desde adentro, como si alguien observase por una rendija; Jorge dijo que lo que se había entreabierto había sido la puerta... Decidieron averiguar, salieron a la carretera, bajaron, y desde la puerta llamaron, como cualquier vecino.

–Buenas.

Nadie contestó

–Buenas tardes..

Nadie contestaba.

Un hombrecito que pasaba por ahí les preguntó:

–¿A quién buscan?

–A la señora.

–A ella la mató el ejército.

–Pero, ¿ella no vivía con otra persona?

–No, era solita; sólo la acompañaban sus perros, sus gatos; y las gallinas, que no le faltaban. Podía ser muy pobre pero eso sí, las gallinitas no le faltaban. La gente le daba cositas, arroz, sal, azúcar, revuelto. Era un alma de Dios, un angelito. No se por qué tenían que venir a matarla así -dijo.

–La gente se fue llevando las cosas; no dejaron nada. Hasta los perros y los gatos se remontaron –agregó, después de una pausa.

–¿Y los familiares? –preguntó Jorge.

–No le digo, que era solita.

El hombrecito siguió; cuando dobló el recodo, ellos entraron al antejardín, rodearon la casa, y sintieron olor a humo.

–No, así huele la ceniza –dijo Jorge

–Esa ceniza es reciente; aun huele a humo –dijo Simón.

Entraron a la cocina; Simón tenía razón. Alguien había utilizado el fogón. Con esa pista se retiraron y alimentaron sus esperanzas de descubrirla. Esa misma noche, desde el potrero del cual divisaban la casa, se apostaron frente a ella con unos binóculos dotados de intensificadores para visión nocturna, pero esa noche no vieron nada, ni en las siguientes.

Ansiosos volvieron a revisar el fogón, y todo seguía lo mismo. El viernes notaron una luz, hacia las 12 de la noche, pero el sábado tenían salida y aunque estaban muy inquietos resolvieron, esperar.

A la semana siguiente se repitió lo de siempre, no descubrieron nada, hasta el viernes a las doce. Se prepararon para observar cualquier movimiento, aunque los compañeros de trabajo ya empezaban a ver en ellos comportamientos y actitudes que no eran los propios de los trabajadores de la hacienda.

–Éstos se traen algo –dijo Beto.

También ellos eran seguidos, formándose una cadena de suspicacia y de dudas, como la vivía la región, después de los últimos acontecimientos de la vida nacional; dado el enfrentamiento entre las fuerzas irregulares, colaboradores, delatores, delincuencia común, ejército, hacendados, particulares, etc.

El sábado la puerta de la casita estaba abierta, y a las cinco de la tarde la vieron salir. Al menos ellos creían que era ella, y la siguieron. ¿Qué se proponían? ¿Cuáles eran sus verdaderas intenciones? ¿Con qué autoridad se iban a inmiscuir en su vida? ¿a interferirla? Jorge y Simón iban vestidos de campesinos. Colaboradores de los insurgentes los seguía a ellos. El perro amarillo salió a ladrarles unas cuerdas más abajo. Era la casa de don Jerónimo; y sus nietecitas jugaban a la entrada, saltando rayuela.

Primero pasó una mujer alta, delgada, descalza, ligera; luego pasó un muchacho en una bicicleta; luego dos jóvenes campesinos, o vestidos como campesinos, y luego otro muchacho en bicicleta tratando de alcanzar al primero, haciendo canguro.

–Adiós –saludó a la mujer, el primero de los muchachos.

–Adiós –contestó ella.

–Adiós doña Antonia –saludó el segundo, alcanzando a su amigo.

–Adiós.

Al llegar al Crucero los muchachos se dirigieron a los Hispanos. Cuando la señora llegó a esa altura, ellos se estaban tomando una gaseosa.

–Adiós, Caridad –saludó don José.

–Adiós.

La señora siguió hacia el Agrado. Al llegar a la primera curva la habían perdido de vista. En la carretera no era posible observar con precisión las huellas.

–Mirá esta pañoleta café –dijo Jorge.

–Es la de ella –confirmó Simón. Debe estar por aquí.

La pañoleta estaba enredada en las cuerdas de alambre del potrero donde se encuentra el guadual. Bajaron el declive por un camino de herradura hasta el centro de la hondanada por donde corre lenta, la quebrada. No la vieron, pero notaron el pasto inclinado hacia el guadual. Voló una pareja de barranqueros. Del tronco de un poste de guamo surgían brotes y retoños; en uno de ellos cantaba el cucarachero. El sol de los venados empezaba a morir. Jorge y Simón sintieron el descenso de la temperatura, y a esa hora, entre el vuelo juguetón de las pequeñas golondrinas sobre la hondanada, surgieron rápidos, nerviosos, los murciélagos.

Entraron al guadual, sus cañas gordas verdes o amarillas longitudinales, cortadas por las traviesas de los tramos, se entrelazaban haciéndose cada vez más espeso; los brotes y cañones verde oscuros, café oscuros, parecían confundirse con su pelusa hiriente y dolorosa. Jorge y Simón iban en la pista; colgada de la rama de un guayabo estaba una mochila y sobre él estaba un pasamontañas verde oscuro. En otra rama vieron una blusa café. Imaginaron verla desnuda. ¡Cuán bella sería!

Jorge y Simón sintieron el ruido de una chamiza al quebrarse, unos pasos sobre la hojarasca y se ocultaron. ¿Realmente qué buscaban siguiéndola, pisándole los talones? Poco después continuaron su búsqueda, encontrando un claro a un lado del guadual, cerca a un charco de la quebrada donde el ganado entraba a beber agua. Al lado de un amarguito había un hombrecito defecando con dificultad. A su lado había un sombrero grande de fieltro café. Lo vieron limpiarse el culo con las hojas de la mata, limpiarse las manos en el agua y salir hacia la carretera. Al pasar por el guayabo recogió la mochila, metió en ella el pasamontañas y se puso el sombrero. Ocultos Jorge y Simón tenían los binóculos puestos, los ojos avizores, fijos en la pañoleta. El día se apagó, lentamente. Nadie regresó por ella.

LA VENADA. A la semana siguiente sucedió lo mismo; nada especial durante los días laborales, y la presencia de María Antonia en la casita. El miércoles tuvieron la sensación de que, en la cocina, había movimiento. Esto excitó a Jorge y a Simón, pero solo vieron a las niñas recogiendo chamizas. Al entrar a la cocina había un ganchito de carey, en el viejo mueble de madera del filtro. Pero esta vez sintieron un perfume de mujer.

–Huele a perfume –dijo Jorge.

–A mi me huele a albahaca.

–Es más, siento el calor; aquí hay una mujer.

–Fue tu maldita intuición de macho lo que nos metió en este lío.

–Tu también la viste, la vez pasada; ¿se te olvidó?

Su excitación aumentaba. El sábado a las cinco Caridad iba por la casa de don Jerónimo y en sentido contrario venía Anastasia, que subía hacia la loma llevando su mercado en una coleta, colgada de la silla del Alazán.

–Adiós, Anastasia.

–Adiós, Caridad.

El roce del viento de unas matas de pasto imperial producía un rumor de tiple; las golondrinas sumaban y restaban, en las cuerdas de energía, como si fuera un ábaco del campo.

Los muchachos bajaron en sus bicicletas como dos bólidos, a punto de arrollar a las hijitas de don Jerónimo. Don Ubaldo venía de la tienda con la platica de la venta de los productos de la huerta.

–Hola, jóvenes –saludó Ubaldo a Jorge y a Simón.

–Buenas –le contestaron.

Al llegar a la vuelta donde encontraron la pañoleta levantaron las cuerdas de alambre del cerco y entraron al camino que los vecinos habían hecho sobre el pasto de estrella del potrero, para cruzar la quebrada y subir a Mardúa. Un árbol lechero al que habían quebrado una rama recientemente, manaba su líquido urticante abundantemente. Donde el hombrecito del sombrero grande había defecado, había crecido una mata de lulo de perro; donde antes habían encontrado la mochila, ahora se veía las bicicletas de los muchachos. Jorge y Simón se quedaron observando todo movimiento. Adentro en el gradual, al otro lado de la quebrada, en un claro donde verdea la hondonada pastaba una venada; los últimos rayos amarillaron en el tronco amarillo de las guaduas jechas y el verde de las viches; y en algunas resaltaron las pecas o manchas blancuzcas, entre los que habían algunas desjarretadas cuando la luna había estado propicia; las despreocupadas golondrinas jugaban ascendiendo, soltándose al vacío, abriendo las alas, planeando, recorriendo veloces el claro y volviendo a subir, rozando el verde móvil de las hojas de las guaduas más altas; y repetían su juego incesantemente. Junto a una piedra grande iluminada por el sol, la venada se echó, y los rayos besaron su lomo marrón claro, y sus ojos, orlados de largas pestañas, miraron con confiado desgano la forma como el sol comenzaba a ocultarse; un cálido rayo besó su pecho blanco y los músculos de su boca se movieron importunados por una dulce abeja que se posó en sus belfos. Se le vieron sus dientes al contraerse sus labios en un movimiento nervioso. Cuando el sol se puso, ella se levantó delicadamente con suaves pasos, sacudió su hermoso cuerpo, restregó su boca contra la piedra grande. Las mariposas, que revoloteaban sobre el charco del bebedero, se refugiaron en el monte.

Los niños vieron pasar a María Antonia por el camino que sube a la escuelita de doña Inés y subieron a la carretera. Al verlos Jorge y Simón se asomaron al bebedero, y sintieron “ese” mismo aroma, pero no vieron más que las huellas de la venada, que tomaron por las de un ternero pequeño. Un rústico puente de tres guaduas

gruesas, sin baranda, cruzaba la quebrada; de los árboles vecinos se descolgaban vainas de congolo, con cuyas pepas café oscuro los niños acostumbran a jugar frotándolas. Los heliotropos con sus flores blanqueaban el húmedo paraje; croaban las ranas.

La oscuridad que venía los desestimuló para seguir la búsqueda. Los envolvió una nube de mosquitos, tan densa que se tragaron algunos por bocas y narices. Estuvieron cerca.

–Adiós Caridad –dijo doña Inés.

–Adiós, doña Inés.

–Entre; tómese un cafecito.

–No doña Inés; me cogió la tarde, me lleva la prisa y me persigue la noche.

–Más vale que la persiga la noche, y no otro peligro. Cuídese que usted es muy andariega. Esta época es difícil.

–Gracias.

En los cultivos de pithaya que bordean el callejón de Mardúa, se veían sus grandes flores blancas que caían como vestidos de novia; pasando la colmena, el suelo estaba tachonado de colores de las plantas silvestres, de besitos, de amor ardiente, del amor vano, del corazón herido y los botones de oro.

En los últimos replandores de la tarde una paloma mensajera evitó dos halcones que estaban en la copa de un frondoso písamo que había crecido desde siempre libre y natural, y descollaba en la montaña. Su vuelo de crucero hizo desistir a las rapaces, que se limitaron a chillar sus intensiones regresando a la rama.

Caridad voló en las alas del viento. Ya las golondrinas habían regresado a sus nidos, entre las tejas y las láminas de zinc; los

murciélagos disfrutaban de los nísperos, pomarrosas, mameyes, jiguas, y frutillas silvestres.

Don Fermín que la vio alejarse, dijo a su mujer:

–¡Cómo camina de rápido esa mujer!

–Por eso le dicen “La Venada”, mijo, porque no hace sonar ni una hoja seca en el monte, ni deja huella al pisar.

–Pues sí que le va ese apodo, porque con esos ojos melados que tiene... –dijo don Fermín.

–No me vas a decir, que te quedás mirándola –dijo doña Inés, intentando el dulce juego de los celos inocuos.

–Pero, Inés, eso es evidente.

–Sí; yo me he puesto a tratar de definir ese color, y no he podido.

Dos personas se aproximaban. Se escuchó respiración de ganado; esa respiración de fuelle profundo, de ritmo lento, sonido de pezuñas, traquido de huesos dislocándose: tres vacas venían arrancando bocados de grama a lado y lado del callejón.

–Adiós don Pablo–dijo don Fermín.

–Adiós.

–Adiós –dijo Andrés, hijo de Pablo.

–¿Quién es? –preguntó doña Inés.

–Don Pablo –dijo Fermín.

El zumbido del motor de un avión atrajo la atención de los moradores de lugar; no lo podían ver, pero el eco de su paso retumbaba en los zanjones y cañadas. Se oyeron dos explosiones

poderosas; luego, una tercera, y otra vez “ese” silencio. ¿En la Fresneda? ¿En el Alto del Piojo? ¿En Altavista?

Poco después se supo que las bombas habían caído sobre un campamento subversivo; que habían destruido una torre de comunicación, y las entradas de un túnel.

MONÓLOGO DE LA VENADA. Como mañana soleada de invierno, como mañana fresca de verano, amaneció ese día, y la venada salió al rayo del sol que caía en el centro del guadal. Tenía la boca olorosa a albahaca y a pasto de estrella impregnado de rocío. La venada era joven, nacida en el bosque de niebla y amaba el sol, sus rayos que la llamaban al claro del guadal. Sus orejas eran finas, delicadas, de formas suaves, de un peluche dorado, y sus dientes triscaban la hierba llenándose de universo. El venado la seguía. El cazador la seguía. La garza en el Valle del Dorado la seguía, y cuando bebía en la quebrada, se miraba en el espejo del agua, y escuchaba el manso correr de sus aguas entre nacederos, jiguas, guamos, y guaduas, y entornaba sus ojos soñadora y coqueta.

La culebra pasaba por su lado, ella no importunaba a las hormigas. Una zarabanda de mariposas la acompañaban a cada paso; amarillas, amarillas; amarillas anaranjado, sulfúreas; amarillas y blancas; blancas blancas; cristalinas violetas; cristalinas de alas transparentes; papilios acanalados, negras y amarillas, malaquitas; negras-azules, interandinas; monarcas; pavones rojos; las de los numerales; búhos de la caña; las de cola de golondrina, vagarosas, revoltosas, juguetonas, tropicales, danzarinas con sus vuelos y pasos suaves como de hadas madrinas; eran como un pedazo de arcoiris resagado después de la lluvia; subían y bajaban y se le posaban en su cuerpo, como una corte. Ella estaba siempre nerviosa, insegura y alerta. Algo le hablaba de los riesgos, de las futuras cicatrices, de la enfermedad, de la muerte; pero ella, se cuidaba de lo desconocido; era el instinto que la precavía sobre la riesgosa incertidumbre. Suavemente levantó su mano izquierda para entresacar junto a una piedra, un yuyito silvestre, y siguió moviendo la pequeña cola o tocón. La garza, que estaba el guayabo voló a su lado, el peyar chilló sereno, no con su sirena de alarma, sino suave, y en confianza, igual que el cucarachero. La venada se detuvo, expectante: había llegado María Antonia a bañarse. La venada se echó. El venado la olía, la sentía, la deseaba. María Antonia puso su toalla sobre una rama, y en otra su ropa. Desnuda como si fuera el contorno de un rayo de sol;

algo morena, como si fuera un rayo de luna llena; algo difusa, como si tuviera de nube, se entró a la quebrada y con un mate dejó caer al agua sobre su inmenso e interminable pelo largo, sobre sus hombros que dividieron las vertientes entre la redondez de la colina y la cañada de la montaña; su cuerpo sintió un gozo universal. El venado se levantó y olió la venada. La zarabanda se elevó divirtiéndose y el lugar se llenó de colores soñadores. Una lagartija atrapó a un saltamontes. Un búho abriendo sus ojos, anticipó su canto de la noche. Wendy entró y volaron pellaares, garzas y pájaros. Octavio y Adriana iban con los huaqueros a la Hacienda Llama; Jorge y Simón seguían sus pesquisas, el agua corría, las nubes hacían curiosas figuras. María Antonia volvió a echarse un mate de agua, a lavarse sus partes íntimas, a enjabonar su largo pelo que se parecía a los juncos de la orilla. Luego fresca y hermosa, a tono con el esplendor de la mañana, ella era el fruto más bello de la naturaleza. Suspiró de agradecimiento. La venada entró en el monte, el venado la siguió, y la venada lo esperó junto a un robusto higuerón. María Antonia, fresca miró el cielo a las doce, cuando la luz caía sobre ella como una aureola, levantó su corazón al sol y dijo:

Bella mañana, bello día,
anuncio de lo peor y del lastimero,
pero hermoso presente...

Yo te pido, universo,
me sigas concediendo
el atardecer, entre la luz y la sombra,
cuando se entrecruzan el destino
y el movimiento

Soy una criatura leve del ocaso;
soy la que no deja huella,
pero tiene historia;
soy la de los múltiples nombres,
pero ayúdame
a volar con las golondrinas, los murciélagos...

Te ruego me dejes cuidar la neblina,
algún grillo, alguna perrita, algún niño;
y déjame luchar contra
el que parte la tierra y la saquea;
contra el que seca la quebrada,
contra el que calla
a la chicharra y al grillo;
mis pies besan tu suelo;
mis ojos besan los hermosos paisajes
donde se refleja tu grandeza;
mis pulmones te respiran;
mis formas han sido modeladas
por ti, y todo mi organismo
te integra, agua y alimento,
aliento y pulso...

Tengo miedo;
ayer el cazador
vino a buscarme,
y sé que volverá.
Aun encuentro
las plantas propicias
que me indicaste:
adormidera, alisos,
la vida del hombre
y venturosa.

Tengo miedo;
el vaquero pasó luciendo
un zurriago
hecho de patas
de venado,
y golpeaba al caballo
en la paleta,
apurándolo en el monte.

Ayer desollaron los árboles,
llenando bultos de musgo,

bejucos y quereme,
aunque el anturio
se hizo verde
y se escondió en la hierba.

¿Llegaré a vieja?
Temo a los predadores.
a los animales de caza
que me siguen.

Ayer vi a la culebra
cambiar de piel,
pero, ¿a mi, me harás
cambiar de ser...?
Dime, ¿regresaré
a la nube? ¿cuándo dejaré
de ser la trémula llama
que lleva mi piel?

—¡Puuuummm!

Un disparo de escopeta retumbó en el monte, el estruendo hizo cerrar las hojas de la adormidera, caer las flores de la venturosa. Una lluvia de hojas dejó vacía las ramas de los árboles, las guaduas perdieron su follaje. Caído, junto a la piedra grande estaba el venado. Manuel lo había matado. Manuel esperó con paciencia de cazador. Después de correr enloquecida la venada, volvió al bebedero, pasó la quebrada y se acercó a olisquear a su compañero, poso su dulce boca gris, sus labios dulces en la boca del venado, y...

—¡Puuuummm!

Manuel también la mató.

Cuando acabó el estruendo, y el eco del estruendo, Manuel escuchaba los pesados pasos de su caballo llevando los venados. Ocho patas para zurriagos, los cueros, la carne.

–Adiós don Manuel.

–Adiós don Emilio.

–Le fue bien.

–Sí.

–Desde acá se oyeron los tiros.

María Antonia había perdido el conocimiento varias horas. Entró a la cocina y vomitó sangre. Se lavó en el lavadero, en la parte de afuera, junto a la cocina, y luego entró a la casa. Se retorció desnuda en la cama. Así la encontró doña Paula, la esposa de don Jerónimo. Doña Paula entró a la cocina, hirvió agua, la dejó reposar, le echó medio limón y una pizca de bicarbonato.

–Mira, Simón, hay luz en la casa.

–Mostrá. Ah.. sí. Vamos.

“Por algún camino yo la encontraré/ y la abrazaré;/ y sobre su boca mi boca pondré/ y la besaré;/ otra vez, las campanas volarán/ y otra vez, sueños locos volverán.../ por algún camino yo la encontré/ y la abrazaré;/ lalalalara, lalaralara.../ Otra vez, las campanas volarán/ y otra vez, sueños locos volverán.../ junto a su sombra mi sombra pondré/ y caminaré.../ Hacia donde nace la vida yo iré/ y la llevaré.../ ” –alguien cantaba esta tonada del Gitano.

Doña Paula abrió la puerta atraída por la canción del viandante y reconoció a Alberto, el poeta de Restrepo, y siguió auxiliando a su vecina.

EN EL CENTRO COMERCIAL. Mientras Adriana compraba algunos cosméticos en Chipichape, Octavio entró a los almacenes de música sin un objetivo tornándose intranquilo y nervioso, como si algo le fuera a suceder; comenzó a sudar y se dirigió al almacén en donde estaba Adriana; la vio en el mostrador conversando con una empleada que le mostraba un surtido de cremas y lociones. Se retiró sin que ella lo viera y siguió recorriendo el Centro Comercial, y se detuvo delante de una vitrina que exhibía útiles de oficina y una serie de juegos de estilógrafos y lapiceros; recorrió uno a uno cada objeto en busca de particularidades; el color, el grosor, el tamaño, la pluma misma, si era de presión o de rosca, de bomba o de cartucho recargable; el juego que hacía con el lapicero, y con el portaminas; y se detuvo en un juego de Watermans; un hombre de su edad y otro mayor estaban a la salida de la cite International de Paris.

El marco en que estaban era apropiado para promocionar este juego. El respetable pabellón central donde funciona la biblioteca universitaria; el sobrio estilo clásico francés con sus dimensiones imponentes. El maestro y el alumno estaban en el rellano de la entrada principal y a su lado los jardines florecidos de tulipanes hablaban de la llegada de la primavera.

Octavio entró con delicadeza, tomó el juego. La empleada le dijo:

–Es lo último.

Octavio no contestó; había entendido mal. Él creyó que era el último juego. La vendedora insistió.

–Nos acaban de llegar.

Lo abrió; era de rosca. Sintió que salivaba. Examinó el lapicero. Adriana lo vio a través del cristal y se le acercó sin que él la notara. Octavio examinó el portaminas. La empleada le pasó el estuche de las minas.

–Es una joya –dijo ella.

El diseño era minimalista, ajustaba muy bien.

–Hola –le dijo Adriana.

A Octavio se le regaron las minas sobre el mostrador.

–Ah –exclamó Octavio.

–No se preocupe –dijo la empleada.

–Te gusta –dijo Adriana colocando las chuspas de sus compras sobre el mostrador.

–Curioseando –dijo.

–¿Siempre vamos a entrar a cine?

Octavio devolvió el estuche a la empleada.

–Mañana vengo –dijo Octavio volviendo a entrar a la realidad.

Unas cosas trajeron a las otras, y ese día por la noche Kaoru llamó por teléfono a Alma para “darle” algunos de esos modismos que tanto le llaman la atención. La llamada puso muy contenta a Alma pues hacía días que no “chismosiaban ni botaban corriente”.

–¿Cuáles tenés?

–“La cáscara guarda el palo”.

–Ese es un refrán; sabiduría popular.

–¿Tiempo perdido?

–Me gusta. Perdido, porque a uno se le enbolata, o porque uno lo ha malgastado.

–Muerto de risa.

–Una hipérbole... ¡Buenísimo!

–Tener muchos años encima; las espaldas dobladas por el tiempo...

–Bueno, también; pueden ser una metáfora; no sé.

–Nace la mañana.

–Más común.

–Cagada del miedo.

–Y con el agua lejos. Eso, sí es tener un mal día, hija.

LA CONEXIÓN AFRICANA. Octavio volvió a ser llamado por la Fiscalía a ampliar su declaración una vez más. Esta vez lo atendió un Fiscal diferente; al preguntar por el anterior, el nuevo le explicó que estaba en la cárcel; lo sorprendieron recibiendo un dinero por suministrar las copias de las rutas que estaban guardadas en el cabo del estilógrafo; querían que Octavio lo describiera y o reconociera. El abogado de la Universidad le advirtió de los engaños de los sentidos y lo previno sobre las declaraciones exactas y categóricas; así lo hizo, pues cuando le pusieron de presente el estilógrafo, vaciló, y se dijo para sí: “puede ser o no ser”.

–¿Entonces? –preguntó el Fiscal.

–No sé.

–¿Cómo así?

–Sí.

–Aclare –lo concretó bruscamente el funcionario.

–Una cosa se parece a otra, y varias entre sí.

–¿Por qué duda? –preguntó con suspicacia el Fiscal.

–Porque ustedes lo decomisaron y seguramente ustedes tienen las actas... Mejor dicho, yo no soy abogado... Ustedes lo tenían en custodia; yo ya no me acuerdo bien. Fuera de los colores y la marca no recuerdo nada en especial, distinto al nombre que tenía. Podría ser.

El nuevo Fiscal se lo pasó y le pidió que lo destapara, que abriera el cabo, le mirara la pluma, el color, etc., pacientemente Octavio hizo todo lo que le indicaba el investigador, el cual después lo interrogó.

–¿Qué puede decir respecto del estilógrafo que se le ha puesto de presente?

–Que el estilo, la marca, el color, el peso, el nombre que lleva inscrito, se parecen al que se encontró en mi carro; que puede ser... Porque una tapa de gaseosa se parece a otra tapa de gaseosa; no puedo decir que ese estilógrafo era único, pero si que tenía esas características.

–No me convence.

–¿Y el otro Fiscal qué dijo? –sin perder la compostura, y en total sujeción a las instrucciones del abogado.

–Aquí las preguntas las hago yo. Hábleme de la recámara del cabo donde iban las rutas cifradas.

–No sé nada.

–¿Es todo?

–Sí.

–Doctor –interrumpió el asistente.

–¿Qué pasa?

–Mandan a preguntar de la Coordinación qué si va a practicar la diligencia con el nigeriano.

–Dígale que enseguida.

–Bueno –dijo el asistente al salir.

–Ahora me toca seguir con esas “mulas”, dentro de este mismo caso suyo. Le cuento que esos papelitos fueron los que se perdieron, o los cambiaron por otros. Lo que se pudo hacer, fue porque uno de los funcionarios del C.T.I., tiene memoria

fotográfica y recordó varias claves. Por eso fue que cayeron éstos.

–Nunca abrí el estilógrafo.

–¿Cuántos años le van a meter al otro Fiscal?

–Aquí uno nunca sabe... Una cosa es lo que debe ser y otra lo que finalmente hace la justicia. Aquí tiene su cédula. Vamos a tener que volverlo a llamar.

A la oficina entró el asistente con un negro de Nigeria, y su abogado. Octavio salió. Afuera lo esperaba Adriana, tenía las manos frías y la cara pálida. Fueron a la cafetería del Obelisco, junto al río.

AKIRA. Kaoru les comentó a Hiroshi y a Hoichi, que Yuzo tenía en la casa de Corinto, algunas cosas de la abuela Kikuyo, que podrían interesarles; que podrían hablar con los tíos. No eran intelectuales, ni habían ido a la universidad, pero sabían muchas cosas del Japón, y de la cooperativa que fundaron los primeros japoneses que vinieron. Yuzo y Kaoru eran primos hermanos, y a Hiroshi lo había conocido en la celebración del día de *undokai*, la fiesta del deporte. Hiroshi había estado esperando a Hoichi para ir a Corinto, pero al ver que el tiempo pasaba y su amigo no concretaba la ida al pueblo, decidió ir solo.

En la puerta del antejardín de la casa, estaba Akira, hermano de Yuzo, bajo un arco de madera sencillo, a la manera japonesa, que algunos dicen, divide el mundo de afuera, del mundo de adentro. Hiroshi lo saludó, pero Akira siguió con la mirada fija, en la lejanía.

–Uumm –repitió Akira.

Hiroshi extrañó no recibir respuesta, y mucho más cuando vio que en el antejardín había tres perros criollos. Uno gruñía estirando, tenso, la cabeza.

–Buenas –saludó dirigiéndose hacia el interior de la casa.

Una voz de mujer previno a los perros, que se estuvieran quietos. Hiroshi se acercó hasta la portezuela de la chambrana que separaba la casa del antejardín e impedía que los perros pasaran.

–Siga –dijo una señora, haciendo una venia y sonriendo.

–Buenas tardes –dijo Hiroshi.

El perro se acercó y olfateó a Hiroshi. Hiroshi cruzó la portezuela, cerrándola, y el perro dio tres vueltas y se echó al lado de la chambrana.

–Siga, siga –reiteró la señora, inclinándose varias veces.

No tenía zapatos; caminaba en medias. Hiroshi no la distinguía. Enseguida salió Yuzo.

–Hola, Hiroshi. La tía Sakura –dijo Yuzo, presentando a la señora.

–¿Cómo está? –saludó Hiroshi.

La señora sonrió inclinándose; siguiendo para la cocina. Yuzo también estaba en pantuflas. Hiroshi se quitó los zapatos y los colocó al lado de otros, a la entrada, en el recibidor.

Junto a la primera puerta, permanecía Akira mirando a la distancia, repasando nubes y lejanías. Akira era autista. La familia de Yuzo sufría, porque la gente no sabía, antes, nada del autismo. La gente creía que era un retrasado mental, pero Akira era autista.

–De tonto no tiene un pelo –dijo Yuzo.

Yuzo no sabía exactamente por qué, pero desde niño había cogido la manía de explicarle a la gente lo que sucedía con su hermano.

–Hubo épocas en que se nos escapaba desnudo y se iba al río; se metía para jugar con el agua; toda una locura para quienes lo veían, supongo.

Yuzo le contó a Hiroshi que Akira había sido una de las primeras personas a las que se les diagnosticó autismo.

–El diagnóstico contribuyó mucho para que la familia lo conociera mejor y pudiera ayudarlo; pero se perdió tiempo. Hasta antes de que tuviera tres años, la mayoría pensaba que era sordo, porque no era receptivo a las palabras, no emitía sonido y daba la sensación de que no tenía emociones –dijo.

Hiroshi volvió a mirarlo y observó que Akira balanceaba su cuerpo hacia delante y hacia atrás, y permanecía con el mismo ritmo, en el mismo lugar.

–Nunca he encontrado una explicación coherente para lo que le sucede a mi hermano. Tiene períodos activos, que yo diría, buenos; y otros en que, con las manos en las orejas, se cierra al mundo exterior; períodos que de pronto terminan con una patalata por cualquier cosa que rompa su rutina.

Hiroshi lo escuchaba.

–Hubo momentos en que Akira parecía que se iba a mejorar; llegó a escribir, a formar frases, pero repentinamente llegaban grandes regresiones y se hundía, quedando atrapado en ese síndrome que lo ha acompañado desde su nacimiento.

–Pobre Akira, a veces lo encuentro llorando en cualquier rincón de la casa. Creo que tal vez el sitio en que lo ves ahora, es el que más le gusta –dijo Yuzo, con ternura.

–Son diferentes, pero son personas –comentó Hiroshi.

–Te digo una cosa, bien importante: por él todos somos distintos en esta casa; más pacientes, dados a comprender a los demás.

–Más humanos –dijo Hiroshi.

–Sigamos, que Kaoru me contó de tus estudios; pero te aclaro que yo no sé nada de haikú, que valga la pena. Sé menos de lo que trató de enseñarme la abuela.

Yuzo conoció la poesía japonesa desde niño. Cuenta con gusto la historia, porque está ligada a su abuela Kikuyo. Yuzo suele recordar que la veía en el corredor de la vieja casa de El Jaguar, trazando, con tinta y pinceles, unos dibujos de formas curiosas y atractivas; veía que los guardaba con mucho cuidado en una cesta de mimbre.

Le contó a Hiroshi que cuando él se acercaba a verla dibujar, ella le decía:

–*Fude, fude* –y le mostraba los pinceles.

Que él repetía: “*Fude, fude*”.

La abuelita le decía:

–*Sumi* –mostrándole el recipiente de piedra para la tinta.

Él repetía: “*sumi, sumi*”.

La abuelita ponía una tela verde, suave y absorbente, sobre la mesa y sobre ella una hoja, y decía:

–*Washi, washi*.

Que él repetía: “*Washi, washi*”; y la abuela le ponía una pequeña barra de peso para sostener el papel, y decía:

–*Bun chin, bun chin*.

Él repetía: “*Bun chin, bun chin*”.

A Yuzo le gustaba ir a llenar de agua un baldecito que la abuela tenía y cuando se lo pasaba, le decía:

–*Suiteki; suiteki* –y volvía a repetir, como si esta palabra fuera más difícil que las anteriores.

Él repetía: “*Suiteki; suiteki*”; pero eso era al final, porque la abuela acostumbraba lavar los pinceles al levantarse de la mesita que ponía en el corredor para escribir.

La abuela, más que aprender español, le enseñaba japonés, le decía:

–*Kanji*, China; Japón, *hirogama*; *shodo*.

Él repetía; “Shodo, shodo”.

La abuela tenía muchas clases de pinceles: grandes, medianos, pequeños. Yuzo se había familiarizado con ellos, y a veces la abuela le ponía un pincel en la mano, y se la guiaba haciendo esos interesantes trazos que tanto le gustaban.

La abuela escribió:

El estanque antiguo
salta una rana
-el sonido del agua.

Y el repitió como si fuera el eco:

Furuike ya
kawazu tobikomu
mizu no oto.

La abuela decía: “Bonito, bonito, haikú”; “Basho, importante, importante, Bonito”. Así conoció Yuzo la poesía japonesa, el *waka*, el *haikú*, las referencias a los diarios de los viajeros por las sendas estrechas dentro de las montañas del Japón. Fue a él a quien le regalaron la cajita con los dibujos cuando la abuela murió, y en el fondo encontró una vieja fotografía de los bisabuelos, cuando Kikuyo tenía 12 años, y todos estaban vestidos a la vieja usanza.

La abuela tocaba *shamisen*, y Yuzo recuerda cómo los fines de semana, después de comer, la abuela tocaba amadas melodías que le recordaban su tierra lejana, mientras el abuelo tomaba aguardiente caliente, como si se tratara del mismo *sake*.

Estas vivencias con la abuela marcaron a Yuzo para siempre, y aunque pudo más en él, la agricultura y el trabajo del campo,

guardaba con cariño la caligrafía de la abuela; esos dibujos que cautivaron su curiosidad infantil; pero además le regalaron el antiguo ejemplar de *Oku no honomichi*, de Basho, ilustrado por el poeta Busson, y el querido Shamisen.

Yuzo e Hiroshi nacieron en la misma vereda a la que llegaron sus mayores, pero los padres de Hiroshi se fueron a vivir a Palmira, y estas inquietudes no eran las de Hiroshi, más extrovertido y dado a la amistad y a las aventuras, que su amigo; pero cuando Kaoru le habló de las aficiones de la abuela, decidió ir a entrevistarlo.

–No creas que sé mucho –volvió a disculparse.

–No te preocupés; me gustaría conocer los escritos.

–¿Sus caligrafías?

–Sí.

–Muy bonitas. Yo las tengo – dijo Yuzo, yendo por la delicada cesta en la que amorosamente las guardaba la abuela.

La casa de los Kuratomi era la típica casa de los pueblos del Valle, no obstante las familias japonesas reproducían sus costumbres; así en la casa, contigua a la habitación principal, había otra más pequeña, separada por una puerta corrediza, que había formado parte de la alcoba conyugal, y en la que los abuelos, al fondo, tenían un *butsu ban*, un pequeño altar en el que habían colocado una imagen del Buda de Fukuoka, y el retrato de los abuelos. Al lado, contra la pared, había un baúl de madera en el que el abuelo había traído algunas de sus pertenencias, en el año de 1929. Allí, ordenados con notorio esmero y cuidado, guardaba Yuzo su apreciado legado. Al salir Yuzo del Butsu ban corrió la puerta, encendió una varita de *senko*, de incienso, e invitó a Hiroshi a sentarse a la mesa del comedor. Yuzo desató el delicado cordón azul celeste que sujetaba la cesta, y la abrió, invitándolo a contemplar los trabajos. Retiró suavemente la

primera hoja, y se detuvo frente a ella con admiración. En *hiragama* había transcrito un poema de Issa:

Simplemente confía,
¿no revolotean así
también los pétalos?

*Tano tanome
hana mo hara-hara
ano toori.*

Suavemente, como se posa un rayo de luna llena en la flor de la pitahaya, puso sus ojos en una segunda hoja blanca de arroz, igualmente copiada con *sumi* y *fude*, con tinta y pincel:

Creer en Buda
-el verde trigo
es la verdad.

*Hotoke o shinzu
mugi no ho no aosa
shinjitsu.*

El verso era de Otsuyuu.

Pasos anhelados
suenan lejos
sobre las hojas caídas.

*Machibito no
ashito tooki
ochiba kana.*

El verso era de Buson.

La sala daba al patio interior, del cual se separaba mediante varias cortinas de bambú, que se encontraban recogidas. En el

patio, matas de bifloras florecidas daban un aspecto natural, alegre y colorido. Un olor a té aromaba el ambiente.

Entonces Yuzo sugirió a Hiroshi llamar al tío Yukio.

Salió Yukio; le dijo:

–La abuela quiso mucho sus escritos; debe ponerlos en un lugar adecuado, porque Las Ánimas tienen especial cariño por sus cosas más queridas. Muchos dicen que la han visto entrar a esta casa; yo mismo he sentido ruidos, no normales, en el *butsu ban*. También dicen que están tranquilas cuando sus cosas reciben respeto; ponga al lado agua y arroz; ¿quiere *senko*...? Es muy rico.

–Sí, le prenderé velitas.

–Si lo hace, el espíritu encuentra sosiego; sino..., ¡pobrecito!

Todos rieron. El tío Yukio, sin embargo, volvió al tema; le preguntó:

–¿Sabe tratar a Las Ánimas?

Hiroshi sonrió.

–El haikú es muy importante en Japón; hay que aprenderlo. Dice cosas muy bonitas; elevadas, profundas. Yo estudié pero olvidé; de verdad muy bonito. Usted debería realizar un concurso –dijo el tío, enterado del motivo de la visita.

–De verdad que haikú, muy bonito –repitió Yukio.

Hiroshi aprovechó la oportunidad para tomar algunos datos de interés para Hoichi; para motivarlo a entrevistar al tío. Deseaba poder tener por un tiempo las caligrafías. Yuzo se desprendió de la cesta de la abuela, dándole inacabables recomendaciones,

esperando y confiando en que se la retornara pronto. Retuvo la fotografía familiar.

–El matrimonio de la abuela fue arreglado por una casamentera en Japón –comentó el tío.

–¿Cómo así? –preguntó Hiroshi.

–El abuelo, joven, escribió a parientes en Fukuoka; allá, contrataron los servicios de casamentera, señora Chikako; ella contactó a la familia de abuela, que estaba jovencita, y convinieron el matrimonio.

–¿Así?

–Así, no más –dijo el tío. Bueno, intercambiaron fotos, y algunos versos, porque esa época acostumbraba.

–¿Esos versos están aquí? –preguntó Hiroshi.

–Sí. Al fondo; envueltos con un papel rosado que tiene el dibujo de dos grullas volando –dijo Yuzo.

–Definitivamente otros tiempos...

–Otra cultura –agregó el tío.

–Se conocieron y aceptaron, por las fotos y los poemas; se vieron las caras y se leyeron el alma; o creyeron ver las caras y ver el alma; y también, creo, que hasta le dieron una compensación a los padres de la novia... –dijo Yuzo. ¿Qué hay de Kaoru?

–Bien.

Silenciosa, y con unos pasos corticos, Sakura apareció ofreciéndoles jugo de guanábana. A cada uno ofreció un vaso que luego llenó vertiendo de la jarra de cristal, de la que caían pequeñas gotas de agua; sirvió el jugo, lenta, delicadamente, y se

escuchó el ruido que hacía al llenar los vasos. Sonrió y un reflejo de luz iluminó sus ojos rasgados.

–Tiene azúcar, poquito.

A la distancia se oyó rebuznar un burro.

–¿Cuándo vienen todos? –propuso Yuzo.

–Cuando venga a devolver las caligrafías –sugirió el tío.

–¿No ha pensado en regresar a Japón? –preguntó Hiroshi a Yukio.

–¡No! –exclamó Yuzo.

Yukio dijo:

–Corinto muy bonito; vida está hecha a esta tierra, clima, agricultura. Me gusta río, gente, amigos.

Yuzo acompañó a Hiroshi a la puerta del antejardín, al salir, los perros los siguieron. Yuzo abrazó a su hermano y, como él, con él, se quedó en silencio mirando el infinito, dejando que la tarde les hablara a los dos, mientras Hiroshi se alejaba.

Durante el viaje de regreso recordaba la impresión que le produjo ese sonido tan visceral que hacía Akira, a la puerta del universo, como dialogando con la inmensidad de su soledad y de su impotencia; recordaba las explicaciones de Yuzo sobre el síndrome de su hermano, y las bellas memorias de la abuela, que habían tocado las fibras de su alma. Viendo la cesta de la abuela sentía que transportaba un tesoro. Hiroshi volvió sobre su propio pensamiento ¿"Fibras del alma"? ¿Tiene fibras el alma? ¿Cuáles? Sólo sabía que en lo más hondo de su ser, como un instrumento, él daba un tono, que escuchaba cuando vibraba, grave, o agudo, o sordo, y también pensaba que se podría romper como se parte el corazón humano.

EL ALMANAQUE. Sucedió por esos días. Se reunieron los *nissei-kan*, Kaoru dio un paso adelante y dijo a Hiroshi:

–Vos que conocés el haikú, seguramente sabés de sus influencias.

–Pero niña –dijo condescendiente. Voy más avanzado que al principio. Te invito a hacer el calendario, al estilo chino.

–*Sajiki*... –dijo Kaoru, dándole a entender que estaba preparada para el juego.

–Ritmo de la naturaleza.

–Mutaciones rítmicas.

–Lunaciones.

–Hábitos de los animales, ritmos vegetales, manifestaciones celestes.

–A ver, qué tan observador sos –lo desafió Kaoru.

–Me gusta el tema –dijo Hiroshi, aceptando el reto. La gente en el trópico todo lo reduce a que hace calor, o está lloviendo mucho...

–Tengo entendido que en el haikú el tiempo es muy importante –observó Kaoru con cierta picardía.

–El “*kigo*”, la referencia a la estación.

–¿Cómo hacen los poetas que escriben haikú, aquí en el Valle del Cauca, por ejemplo?

–Se refieren a la naturaleza, a los fenómenos que van sucediendo en el curso de los meses.

–¿Vos cómo te enteraste del calendario chino? –Preguntó Kaoru.

–Asistí a una conferencia de Cuartas. ¿Vos identificás los meses?
¿Cómo hacés?

–Cuestión de observación...

–A ver; Enero...

–La pólvora que festeja
el año nuevo
me ha despertado –respondió Hiroshi.

Enseguida, agregó:

En enero, las ceibas,
los alisos florecidos,
gualandayes y guayacanes.

–Febrero...

–En noviembre,
cuando florecían
los guayacanes lilas,
moría mi madre;
ahora, en febrero,
florecen nuevamente,
y estoy solo...

Sin duda tiene
mucho trabajo
su florido derroche,
para alegrar este corazón.

–Pero ese no es un haikú –protestó Kaoru.

–No, pero registra cuando florecen esos árboles.

–Pasemos a marzo...

–Bien, a marzo, para recordarlo acudo a mi madre:

“Marzo venteado,
y abril llovido,
hacen de mayo,
hermoso y florido”.

–Muy lindo. Dame un verso de Abril.

–Principiemos: “En abril, aguas mil”.

–Va éste, mío:

Las aguas
se encuentran
en su curso.

–Este otro:

–“¿En qué mes estamos?

–Solo sé que
en abril
cantan los olleros”.

–Mayo...

–Mientras yo estudio,
la mata,
en el balcón, florece.

–Junio...

–Sobre el caballo rosillo,
la garza blanca,
en la mañana de sol.

–Y éste:

–El verano
dejó en su punto
esta guayaba.

–Estás pasando la prueba –lo halagó, kaoru.

–Ya ves.

–Sigamos; Julio...

–Entra iluminando la casa,
todo objeto, cada rincón
¡Mañana radiante de verano!

–Y éste:

–Del chical a El Salado,
por el polvoriento camino,
trotando en la yegua.

–Pasemos a Agosto...

–Flores de agosto
-cometas
en el viento.

–Mis respetos, haijin; Septiembre...

–Los dedos de la lluvia
comienzan a tocar
en el arpa de las hojas.

–Septiembre, es lluvioso.

–Sí; de ahí, éste:

–La mañana fría;
hasta los perros
se enroscan.

–Otro...

–El paraguas
-una vez más
lo he perdido.

Te aseguro que cada parte del globo terrestre tiene su clara referencia. ¡Que tal que dependiéramos de las estaciones! Antes los habitantes de otros lugares miraban con interés a estos puntos de la tierra.

–Octubre...

–El guayacán florecido
parece reflejarse en el suelo
de tantas flores que han caído.

–Otro...

–Las torcazas levantan las alas
para recibir el sol
-mañana de invierno.

–Llegamos a Noviembre.

–Gratos los días de verano;
más los de invierno
-hace frío y tu te acercas.

–¡Ay, no! Para arruncharse; otro...

–Noviembre
-quince-
florece el guayacán.

–Y para no quedar en deuda:

Anoche llovió,
sin embargo el agua
de la quebrada baja clara.

–De diciembre...

–En los barrancos
y potreros –las blancas
flores de azafrán.

Éste, que recoge la fiesta del día de las velitas:

Siete de diciembre
-las estrellas
juegan en la tierra.

–Ese es muy lindo –aprobó Kaoru, y dijo:

Uno más, para terminar.

–Triste el canto
del pavo, en vísperas
de Navidad.

–Cuestión de observación –asintió Kaoru.

–Registrar lo que uno va viendo, como un viajero en su diario,
como un pintor. No ser indiferente a su entorno; saber mirar a la
naturaleza, articular la respiración al universo...

–¡Uy! ¡uy! -¿qué quisiste decir? –bromeó Kaoru

–Perdonáme, a veces me vuelo; es que la mayoría de las
personas no sabe donde están paradas; no notan que somos

criaturas del cosmos, y que vamos a lomo de esta tierra, dentro del sistema solar y las galaxias.

–Sí; lo sé. Era tomándote el pelo, pero, entonces ¿qué reemplaza aquí al *Kigo*, o a qué corresponde?

–Como en Japón, son los ciclos del clima; hay que estar atentos a lo que sucede en esta cintura de luz; lo más simple es hablar con los campesinos, o con los que saben de cocina que esperan los productos de cosecha.

Mirar así, es lo que pide el cronista; porque de esta manera uno está consciente de la naturaleza a la que pertenece, al amado terruño interactuando en el cosmos. Te quiero mostrar este recorte del periódico –dijo Hiroshi, pasándole un breve artículo de Benjamín Barney, titulado “Falta de amor o de belleza”.

Kaoru lo leyó y compartió la opinión del autor y de Hiroshi, y repitió los versos del poeta mexicano José Emilio Pacheco:

“No amo mi patria/ su fulgor abstracto es inasible/ pero daría la vida/ por diez lugares suyos, cierta gente,/ puertos, bosques de pinos, fortalezas,/ una ciudad desecha, gris, monstruosa,/ varias figuras de su historia, montañas,/ y tres o cuatro ríos”.

–Serás de los poquitos que se fijan en esas cosas.

–Lo sé; confunden la ciudad con las calles.

EL ESPÍRITU DEL SHAMISEN. Los padres de Hiroshi habían salido, sus hermanos no estaban y él, solo, en casa, disponía sus cuadernos, libros y útiles universitarios para avanzar en las notas sobre el haikú. Se tomaba todo su tiempo: fue a la cocina y se sirvió una coca-cola. En el equipo de música puso un CD de música japonesa interpretada con shamisen. Con el agradable fondo musical de sus cuerdas, anotaba puntos de interés y disfrutaba del gozo intelectual que le producía. Se sorprendía que autores como Víctor Montenegro, en Pasto, y Helcías Martán, en Cali, hubiesen cultivado este género, y hubiesen logrado bellas composiciones. El tema de la dificultad de escribir haikú en occidente era recurrente, tal como se lo había observado Kaoru, pero en él habían calado las observaciones del escritor Rodrigo Escobar Holguín, quien comparaba las dificultades de elaboración en estas latitudes con las de preparar una receta japonesa con ingredientes tropicales, que de hecho igualmente se hace diariamente.

Hiroshi había anotado las consideraciones de Rodrigo: “Las culturas del mundo se sostienen, se entremezclan, se influyen, intercambian sus técnicas, se hacen préstamos de conocimiento, de actitudes, de lenguajes. Algunos inventos locales han trascendido a casi todo el planeta, como el cepillo de dientes y el papel, que fueron chinos en un comienzo. Otros, como el alfabeto fenicio y sus descendientes, han alcanzado una difusión importante, pero no global. En nuestra época, este intercambio se ha hecho más intenso, y cada ser humano puede ser a la vez portador de una cultura propia y campo de intercambio de varias culturas. Ciertas actividades constituyen por si mismas una intersección, un mercado de frontera. La traducción es una de ellas. Como tal, ha sido objeto de reflexión y teoría desde hace mucho tiempo. Hay otras en cambio en las que ha dominado más el ejercicio práctico, como la culinaria regional. Puede ser fructífero explorar conjuntamente estas dos disciplinas. Preparar un plato exótico y traducir un texto literario son experiencias a la vez profundamente diferentes y asombrosamente similares. Si la receta del plato viene de una lengua diferente al español, ya su traductor se habrá enfrentado a ciertas dificultades técnicas. Pero

incluso si la receta es en lengua española, requerirá –si es extranjera- un glosario. Nadie tiene por qué saber que judías, alubias, frijoles y frisoles son lo mismo. Y en cuanto a utensilios, igual puede decirse de un chino y un colador”.

Las anotaciones continuaban: “Pero esto, en cocina, no es lo más difícil. Un traductor conciente y conocedor de las culturas de origen y destino puede resolverlo, y es al fin y al cabo un problema de léxico. Lo más complejo –y ya comparable a las dificultades de la traducción poética- es cuando los ingredientes (y a veces los utensilios) de la cultura de origen no existen en la de destino. Esto se vuelve máximo cuando se trata de cocinas regionales o nacionales muy caracterizadas. Los autores de libros de cocina suelen a veces salir al paso de estas dificultades indicando sustitutos, que aunque posibles, son siempre otra cosa. Por ejemplo, en recetas japonesas el *mirin* –un vino dulce de arroz- puede reemplazarse (dicen) por vino blanco dulce- de uva, por supuesto. Unas pocas de estas sustituciones, y el plato que se prepare va a ser tan irreconocible por un japonés como lo sería para Goethe su Diván de Oriente y Occidente (Westöstlicher Diwan) puesto en árabe. Naturalmente: habrá sido traducido a una cultura diferente. Pero las personas de la cultura de destino lo identificarán como un plato extranjero, y si preguntan de dónde es, el cocinero podría con justicia decir <<es japonés>>. Pues si no, ¿de dónde sería?”.

A Hiroshi le llamó la atención un ruido, en la ventana que da a la calle, cuando se disponía a trabajar en sus notas.

Luego, como a la hora, que venía de contestar el teléfono, pero ya habían colgado, volvió a sentir el mismo ruido, como el que hace la ventana cuando la golpea el viento en las tardes de brisa. No había brisa. A las siete de la noche el ruido volvió a repetirse. Cayó en cuenta de que no había cambiado el c.d. y sin embargo escuchaba los temas del shamisen; se levantó, fue a mirar el equipo de música, éste estaba apagado. Se oían temas del Japón antiguo, pero un poco más débiles y graves, allí; como si alguien

estuviese tocándolos en la casa. Era extraño. Alguien estaba ahí. La prueba era esa música, que Hiroshi encontraba agradable.

Él sintió una corriente y observó que las cortinas de la sala se ondularon, y presenció la caída leve, lenta y sucesiva de las flores de astromelia que estaban en el jarrón de la sala, las cuales empezaron a formar un círculo.

“La ecolalia es una perturbación que consiste en el recuerdo persistente de un sonido del cual el paciente no puede desprenderse”, se dijo. “¿Por qué se repetirán esas melodías incesantemente?”. Se preguntó: “¿Será que estoy enfermo, delirando, con alucinaciones?”. Hizo una pausa, fue a la nevera y se sirvió algo más de la gaseosa, y escuchó el instrumento en la oficina de su padre, ubicada justo al lado del comedor: allí, en la pared, había un almanaque con fotografías del Japón, y en la correspondiente al mes de Noviembre, aparecía una ancianita en una casa típica, tocando shamisen. Él se quedó viendo la imagen del calendario y, estaba tan concentrado que, por primera vez, escuchó el silencio, tan patente y notorio, que sintió la caída de las flores de las astromelias. Un rápido destello, breve fulgor como el que produce la luz de una luciérnaga en la oscuridad, iluminó la perilla de la puerta de entrada de la casa, y el cobre de la cerradura brilló por un instante cubriéndose enseguida en la penumbra, a lo cual siguió un chasquido como el que produce la madera cuando las puertas se ajustan contra la pared del recibidor, lo que tomó por un reflejo de la calle, pero cuya ocurrencia lo dejó intrigado.

–¡Rín! ¡Rííínnn!

El timbre se clavó en el silencio. Sus padres regresaban del mercado. No más entrar su madre, exclamó:

–Hum, qué perfume...; ¿quién vino?

–Nadie.

–A mi me huele a perfume.

–Yo no huelo nada –dijo el padre.

–Eso es para el olfato femenino –dijo, pasando a la cocina.

–¿No me han llamado? –preguntó su padre.

–No.

–¿Qué tanto has hecho?

–Estudiar.

–¿Alguien ha estado contigo? –preguntó la mamá.

–No; ¿por qué?

–Siento su presencia.

–No; nadie.

–Bueno, a veces eso pasa; son impresiones.

Las flores de las astromelias seguían cayendo. Habían formado una delicada carpeta de pétalos sobre la mesa. Instantes separaban, a las flores pegadas a las ramas, de las que yacían sobre la mesa. Al verlas, a Hiroshi le surgió el poema de Issa Kobayashi: “Simplemente confía,/ no revolotean así,/ también, los pétalos”...

Hiroshi volvió a observar el calendario, entonces en vez de ver a la anciana, descubrió a una joven con su kimono y su obi, y al fondo parte de una rama de ciruelo florecida. No fue totalmente consciente del cambio de la figura principal. En su memoria afloró el verso de Mokuin: “Las blancas flores del ciruelo/ para el corazón/ que no duda”.

Pensó en componerle un poema a esas flores de astromelia que golpearon sus oídos... ¿Es de impresiones como ésta, de las que brotán los versos? Creyó entender la fuerza que tienen esos impactos en el alma del poeta para transformar la emoción en poesía.

Hiroshi tuvo vergüenza de comentar con sus padres las inquietudes de aire que le suscitó esa tarde, y prefirió renunciar a buscar explicaciones. Tenía la certeza que tenían que ver con la caída de las flores; ¿acaso no hay cosas inexplicables?

Poco después, en casa de Kaoru al ver un florero de astromelias, le dijo:

–Arturo Guerrero dice que el nombre de esta flor le sugiere a las mariposas.

–Me gusta ese nombre. Hay quienes las asocian a sucesos extraños.

–¿Cómo?

–Sí; con las apariciones... Todas las flores tiene su significado; las rosas, los claveles, los crisantemos, el hibisco, la flor de loto, las hortensias, las reinas, las azulinas...

–¿Si?.

–Cada cual con sus agüeros; a mi me gustan los crisantemos; pero hoy no había en la galería.

–Lo sé; sí que te gustan.

Le contó la extraña sensación que experimentó en la casa, pero Kaoru, distraída, no le prestó atención.

–Tu sabes más de esta historia.

–¿De cuál?

–De las astromelias.

–No sé de que me hablas; pero te recuerdo que voy este fin de semana a Corinto y Yuzo quiere que le devuelvas el legado de la abuela. Voy a ir con Hoichi.

–Mañana te lo traigo.

Kaoru era como había sido la abuela; en la casa decían que tenían la misma sensibilidad. Yuzo nunca dudó de ello, pero tampoco profundizó en los detalles que hacían a los familiares llegar a esa conclusión. En lo que sí las veía igualitas era, en materia de agüeros y remedios; tenían las mismas creencias, la misma fé, y se asustaban con los mismos espantos.

–Es cierto que permanecen los espíritus; a mi me consta – reafirmó Kaoru

Entre las cosas comunes estaba que a las dos las había impresionada la historia de la Peonía. Lo raro es que la abuela la escuchó en el Japón y Kaoru, en Corinto. La cuentan así de acuerdo con la versión de Luis Caeiro:

“Los libros antiguos japoneses nos cuentan que vivía en China un hombre muy sabio que sentía una verdadera pasión por el cultivo de las flores, pero, especialmente, por las peonías, a las que dedicaba todo tipo de cuidados y mimos sin impacientarse nunca cuando una planta enfermaba o retardaba su floración. Vivía el sabio, que en los textos japoneses se llama To no Busanshi, solo, rodeado por sus libros y sus pinceles y las peonías de su jardín, hasta que un día apareció por la casa una muchachita.

Era una linda jovencita que, por su modo de hablar y sus gestos, no parecía una sirvienta, pero precisamente venía a la casa buscando trabajo, pues, según le dijo, pertenecía a una buena familia venida a menos que le había proporcionado una formación

literaria, por lo que prefería servir a un literato. Busanshi la aceptó y pronto empezó a sentirse gratamente sorprendido por ella. Hacia su trabajo con alegría y humildad, perfecta, y, a la vez, tan discretamente, que su presencia apenas se notaba más que cuando era necesario; pero no solo le admiraba esta impagable cualidad de su persona, tanto más importante para quien como él necesitaba la paz y el silencio para trabajar, sino que también apreciaba en mucho la gracia, los modales, las delicadas cortesías que tenía para quienes le visitaban, al igual que los extensos conocimientos de historia, literatura y política que poseía. Incluso dominaba perfectamente el complicado código de la etiqueta y el protocolo, lo que le hacía pensar que aquella chiquilla era alguien muy especial, pues tal educación solo era dada a las jóvenes de más alta cuna.

El sabio no solo se encariñó pronto con la muchacha que tan solícita le atendía, sino que se sentía tan orgulloso de ella como si fuera su propia hija, y no perdía ocasión de ofrecer a las refinadas personas que le visitaban las delicias de la compañía de la joven, y ella entretenía gustosa a los visitantes con sus discretas conversaciones y encantadores gestos, que eran solo un adorno más de su belleza humilde y sin afeites. Del cariño y el orgullo, los sentimientos de Busanshi pasaron al amor hacia aquella criatura tan repleta de perfecciones. En cierta ocasión recibió la visita de un famoso y respetado maestro de doctrina moral, cuyo conocimiento del tema de los hombres era muy profundo y penetrante.

Busanshi llamó a su amada doncella para que atendiera al maestro, como tantas otras veces había hecho con otras visitas; pero ella no acudió a sus insistentes llamadas; por fin, pudo el sabio acudir a buscarla temiendo, sin duda, que hubiera sufrido algún daño. Recorrió toda la casa y, finalmente, vio su figura de espaldas, avanzando por la galería; corrió tras ella hasta llegar al final; entonces, se volvió y comenzó a aplanarse contra la pared hasta que fue poco más que una hoja de papel pegado a ella. Débilmente, la doncella le dijo:

–Por favor, perdonadme por no haber acudido cuando me habeis llamado... he de confesaros que no soy una persona, soy tan solo el alma de una humilde peonía que, a causa de vuestro amor por nosotras, pudo tomar forma humana para venir a servirnos... pero ese maestro me reconocerá, no puedo seguir por más tiempo en esta forma. Perdonadme pero debo volver al lugar de donde vengo.

Apenas terminó de hablar, desapareció por completo sin dejar el menor rastro de su paso por la vida del sabio, que quedó desolado por su ausencia durante mucho tiempo hasta que, poco a poco, pudo encontrar consuelo entre las peonías de su jardín”.

Hoichi la molestaba por sus visiones, por las apariciones que decía ver, por sus cuentos sobrenaturales.

–Igualita al tío Yukio –decía Hoichi

–Pero si veo a las personas, si escucho ruidos...

–Igualita a la abuela, igualita a Kikuyo.. –bromeaba Hoichi.

Cuando se enteró que Yukio le había prestado a Hiroshi, los poemas de la abuela, se puso contenta porque conocía la belleza de su caligrafía, y la delicadeza de sus versos preferidos. Como Yukio, le advirtió, que iba a sentir la presencia de “ella”.

–No te sé decir a vos, por qué; pero es así.

–¿Qué hago?

–Tener agua, arroz y senko.

–Eso dijo el tío.

–A Yuzo no le ocurre nada; lo protege. Es como su Ángel de la Guarda. Si el ruido y las cosas raras persisten, pon una copita de aguardiente; el abuelo puede...

–Estos campesinos... –exclamó Hiroshi.

–La niña que tiene su comunicación directa con los espíritus –se burló Hoichi, que había estado atento a la conversación. No se había imaginado a su amigo con esas preocupaciones.

–Los espíritus permanecen; los humanos que desencarnan apenas se transforman –dijo Kaoru.

Estos son temas que no manejo, que me han sido ajenos. No es que tenga interés en ellos, pero lo que si les digo es que uno siente como un contacto extraño que no sabe definir. Eso me inquieta; para qué, pero sentí culillo.

Callaron. Luego dijo Kaoru:

–Vamos a Ventolini; démonos un pasoncito por “El Gato”.

–Bueno, vamos.

UN COMENTARIO INQUIETANTE. ¿Por qué decía don José que Nestor era un hablador? Era porque su hermano Mauricio había enloquecido por la leñadora del guadual, la misma que intrigaba a Jorge y a Simón, la que era ayudada sin que lo supiera por los “guambras” de las bicicletas, esos muchachos traviesos que se descolgaban veloces frente a la casa de don Jerónimo, y por la de Lolita, la ecuatoriana.

De joven Mauricio había sido interesante y atractivo; las colegialas buscaban encontrarse con él, pero él vivía ensimismado en extrañas e interminables reflexiones a las que las chicas de Restrepo no le prestaban mayor atención. Se quedó solo viviendo con su hermana, porque quedaron tempranamente huérfanos. Nestor, en cambio, siempre fue un hombre de negocios, dedicado a la comercialización de la piña, y no se preocupaba por sus hermanos, pero sabía de la locura de Mauricio, de su obsesión por la mujer de la quebrada.

Y era que Mauricio recorría el camino de doña Inés esperando encontrarse con ella. La llamaba, silbaba, le escribía versos y repetía la canción. A veces llegaba a la casa arañado, y su hermana Rosalinda, decía que él estaba entundado; y él le aclaraba que no, que eso le pasaba al caminar entre los rastrojos y el monte, con la zarzamora. Llegaba con moras y frutillas silvestres para ella.

Los campesinos lo oían cantar: *hechicera leñadora,/ la del alto del guadual,/ la de falda de percal,/ la de trenza seductora./ Me enamora, leñadora,/ tu voz clara de cristal,/ con rumor de manantial y cadencia arrulladora...*

Los campesinos estaban acostumbrados a sus sentidas canciones. *Y tu voz arrobadora/ de tus ojos un panal,/ donde hay fuego vespéral/ y destellos de la aurora...*

En los últimos meses había adelgazado, y no obstante que unos cuadernos suyos habían ganado un premio departamental, era indiferente al éxito. Sólo deseaba encontrarla... *no me esquives*

ni siquiera la palabra...”.

El verso se interrumpía. Mauricio murió rodeado de versos y tristeza. No era propiamente tristeza. Él solía citar una frase tomada de uno de sus libros: “No es que no quiera saber nada de los demás; es que me gusta estar solo”. Ni un misántropo, ni un hipocondríaco, pero sí, un solitario.

Rosalinda les pasó otro poema que decía explícitamente: “Creo en ti; sé que eres real, no una figuración. Esta noche cuando salga la luna...”. Estaban entregados a la evocación afectuosa del amigo cuando tocaron a la puerta. Serían las 10 de la mañana; estaban tomándose un tinto. Volvieron a tocar. Rosalinda abrió. Era Iván un conocido de Mauricio, con dos personas más. Le preguntaron si ella les podía indicar la casa de un campesino, amigo de Mauricio; le describieron a un hombrecito que salía los sábados a la plaza de mercado; vendía espárragos y hortalizas.

—Al señor que vende cebollas y puerros, yo lo veo los sábados, pero no se donde tiene la finca.

Le llamaba la atención este puesto porque ella como mujer se fijaba en la limpieza. Le gustaba comprar en la plaza pero rehuía de la suciedad, de la falta de higiene. Mauricio alguna vez le había comentado que ese muchacho era un informante; pero él nunca lo confrontó.

—Un día me gustaría venir a verla y que me dejara conocer esos escritos de Mauro —dijo Iván, con un tono de voz amable, como respetando el dolor fraternal.

—Sí; nos ponemos de acuerdo.

Rosalinda sintió frío al conocer el interés que tenían por “manosear” los papeles de su hermano.

—Yo vuelvo —dijo Iván, poniéndole la mano suavemente sobre el hombro.

–Hablamos...

–Debe haber escrito cosas muy interesantes –dijo sugerente.

–Él era melancólico. Cosas de esas es que escribió; filosofías. Rarezas, mejor dicho.

Rosalinda se arrepintió de lo que había dicho.

–Eso despierta mi interés –dijo Iván, certero, en su objetivo.

Era lo que ella temía. Sintió rabia consigo misma.

–Vuelvo –dijo, demostrando confianza ante los otros visitantes.

–Hablamos.

Rosalinda se preocupó, pues no sabía hasta dónde quería llegar ese muchacho, y volvió a arrepentirse de su comentario.

Iván y los investigadores no lograron mayor información. Se asomaron con curiosidad al patio interior donde habían permanecido conversando Aníbal y León. Saludaron y se retiraron.

–Yo conozco a ese tipo –le dijo León a Aníbal en voz baja llamándole la atención.

Después de que salieron los investigadores, Rosalinda les pasó un poema dedicado a Silvia.

“Oh, selva,
que no puede ser cantada;
sentido que no está
en el diccionario,
sino aquí,
en el ondeante vaivén

de las letras.
Tengo una selva, Silvia,
de letras y de ramas
que abro para mirarte,
verde entre las delgadas
hojas pequeñas
donde creces...
Te asustas de mi
cuando me sientes.
Nunca he logrado acercarme
tanto como deseo;
siempre huyes;
solo me queda seguirte
con la mirada, trezada...”.

También éste estaba trunco.

–Ya me acordé –insistió León.

–¿Dónde? –dijo Aníbal.

–A ese man yo lo vi con unos uniformados en Puente Tierra. Se lo digo hermana, porque yo tengo una memoria fotográfica.

–¡Pilas! –dijo Aníbal.

Rosalinda se intranquilizó al escucharlos, pero estaba entusiasmada con los escritos. Todo en Mauricio había sido así. Era como la antítesis de Néstor, pragmático y negociante. Mauricio era melancólico, taciturno. Ella les contó que se había disgustado con Néstor, porque hablaba despectivamente de su hermano. Alguna vez le reclamó al considerar que lo trataba mal, pero él le replicó: “Bah; quiere vivir como un campesino...”. “A la pobreza, la miseria la alcanza”. Ella le dijo que él no sabía nada de la sensibilidad artística de Mauricio; que eran de la misma familia. “Pobre pendejo que vive pegado de los libros, como si todo dependiera de las palabras. Si las cosas fueran así, todo saldría a pedir de boca”. Nestor era un descreído de la

sensibilidad. Era rudo en el alma y en el cuerpo. Su concepción era ganarse la vida defendiéndose en un mundo corrompido; “a brazo partido y sin dar papaya”. Él le contestó que eso de ser de la misma familia le importaba un pito; que mejor se quedara en el monte “con los que sabemos”. Ella les contó que Mauricio tenía varios contactos, pero que no era activo, pues, el tiempo lo pasaba despreocupadamente; pero que sí, que conocía insurgentes detrás de la montaña.

En el escritorio de Mauricio había una foto a color, movida, en la que se insinuaba el perfil de una mujer joven de rostro irreconocible, cubierto parcialmente por una rama de hojas pequeñas, verdosas, lanceoladas, y al fondo un barranco del cual pendían las prolongaciones de matas de yaraguá. Al tomar la fotografía se había focalizado un viejo aljibe y un tanque de cemento cubierto por el barro. Todo lo demás era difuso.

—A Mauricio le bastaba llenarse de paisaje; era rico solo contemplando... Parecía conectarse con armonía; tenía esa forma de ser natural y espontánea.

—¿Quién es ella?

—No lo sé. Cuando llegó con esa foto lo vi intranquilo, con una lucha interior.

—¿Ustedes no hablaban?

—Sí, pero de ella, no. Algo íntimo..., lo perturbaba.

—Mauricio era sentimental —dijo Aníbal.

—Él, con ese sentimentalismo, sí no podía. En vez de crecer se disminuía; era como muy consciente de todo lo que le faltaba. Yo lo vi dos veces enamorado, y en las dos oportunidades le pasó lo mismo —dijo Rosalinda. Eso que soñar y hacer locuras como que no iba con él, aunque a veces tarareaba unas baladas bonitas.

–En vez de alegrarse, se complicaba –dijo León.

–Perdía ritmo; se enredaba. Cuando trajo esa foto, trajo silencio; se represaba. Se calmaba con sus salidas, pero lo que no me gustaba era que llegaba todo arañado...

Aníbal se puso a observar detenidamente la fotografía.

–¿Pero no sabe nada, nada de ella?

–Lo que le diga es mentira. ¿Pero no le parece que tiene el pelo muy largo? Este puntico verde, aquí... Me parece que es una cinta... Como si llevara una media cola de caballo, o una trenza sobre el pelo... No sé; no se ve muy bien...

–Pero la gente dice que seguía a una muchacha –dijo León.

–La gente dice muchas cosas –dijo Rosalinda, contrariada.

Rosalinda se emocionó recordando a su hermano.

–No tenía ninguna pretensión. Su alegría eran esas caminadas. Cuando iba a morir, me dijo que quería que lo recordara como alguien que amó el guadual. Su amor fue la naturaleza.

Rosalinda les pasó otro hoja; en ella estaba escrita a lápiz esta frase: “Nadie crea que es el único infeliz en este mundo”; y al dorso ésta, que tampoco sabía si era propia o copiada de algún libro: “Al mirar la luna, se desea estar con alguien”.

–A mi me gustaría ir a ese guadual, ¿cuándo me acompañan?

–Cuando quiera. La próxima semana que volvamos –dijo León.

Abrió la puerta y alzó en brazos el perrito french poodle que había llevado Mauricio a casa; que era su compañía. Al despedirse sintieron todo el calor del medio día. Los dos se quitaron las

chaquetas para subir al jeep. Cuando miraron atrás ya Rosalinda había cerrado la puerta. Había quedado inquieta.

LAS BLANCAS VIOLETAS DE LA ABUELA. Alma sintió una llamada a recordar a la abuela. Una a una se fueron sucediendo escenas en las que se veía acumulando años, perdiendo la audición, la vista, elasticidad; perdiendo su lucidez, pero matizada de fugas de sentido, delicadas, envueltas de buenas maneras que parecían poesía surrealista; olvidos, que eran ausencias; confesiones que la hacían dolorosamente más bella, con su sonrisa buena y su pelo blanquísimo y ondulado.

Hubo una tarde que tenía una mansa claridad y la anciana, con sus pasos vacilantes arrastrando unas babuchas, recorría el jardín mostrando sus matas, un tanto descuidadas, pero que no dejaban de regalarle alguna flor, tal vez debido a sus atenciones y mimos anteriores. Los colores de las matas y las flores, y en general de todos los objetos, se difuminaban en manchones que le llegaban con la tenue variación de sus diferentes ondas. Ella se las ofrecía generosamente a Mita, pero ésta se rehusaba, no obstante recordando el gusto de su madre fallecida, le dijo que desprendería una hoja de la violeta blanca, y la abuela accedió gustosamente. Alma la desprendió con cuidado como un médico delicado corta con dolor el cordón umbilical en el momento del parto, separando estas dos vidas y la colocó con ternura sobre una servilleta de papel blanco, la cual humedeció con más delicadeza que el rocío. La anciana se sintió feliz, y luego Mita y la empleada, regaron las matas y regresaron a la sala, al espacioso balcón del apartamento.

La tarde se fue haciendo azul, los rayos resplandecían sobre las copas de las ceibas, los samanes y las palmeras del parque; comenzó a ventear, a sentirse más fresco el ambiente y la anciana regresó a la sala. Ésta fue la ocasión para que Alma se despidiera.

Esa misma noche al llegar a su apartamento Alma plantó la hoja de la violeta en una maceta que tenía disponible, con el mismo gusto por las plantas y el jardín que su abuela.

Como si se tratara de un proceso importante, Alma registraba día a día los progresos de la hoja: su permanencia, no haberse secado, seguir su impulso vital, la maravilla de su lozanía, el primer brote, un grupo de frescas y pequeñas hojas verdes que asomaban grácilmente; el verlas afianzarse, crecer, adueñarse de su espacio y el milagro de la primera flor, blanca como un querubín, la siguiente, y así, sucesivamente, una profusión de flores como si el milagro de la primavera pasara por la matera, allí sobre su escritorio, entre sus partituras. Todo esto había ocurrido en un lapso de aproximadamente un año y medio. Incluso había desprendido una hojita y la había plantando con el mismo esmero y cuidado que lo había hecho con aquella primera que le regaló la abuela, multiplicando su fe.

Alma guardó en una delicada botella de cristal de cuello amplio cada una de las flores de la violeta blanca. Llamó a ésta urna transparente “Petalario”, y en ella las fue acumulando, como si guardara el alma de las flores; reunió 111 flores desvanecidas y bellas como suspiros, y la mata empezó a declinar, a perder fuerza, brillo, lozanía, a marchitarse, mientras la nueva hoja luchaba por su arraigo y su destino.

Ayer Mita celebró el ritual de las flores: las reunió en una pequeña fuente de acero inoxidable, vertió sobre ellas alcohol, y con un pequeño palillo de madera terminado en cobre, al que había adherido un algodón encendido, les prendió fuego, como si fueran una pira... Las llamas se elevaron, se sintió el leve crepitar de las flores marchitas, y al final quedaron sus restos incinerados, reducidos a una pequeñísima porción de cenizas. Amorosamente Alma las reunió y las puso en un pequeño frasco de porcelana holandesa adornado de flores azules sobre un fondo blanco que la abuela le había regalado.

EL PALOMAR. Un informante allegado a los soldados campesinos vinculados al Batallón de Alta Montaña había dado aviso sobre las actividades de los hijos mayores de don Luis y doña Encarnación; la casa, quedaba en lo alto de un cerro donde termina la carretera veredal, y seguían unas trochas o callejones que los campesinos transitaban a pie o en sus caballos y motocicletas, los más jóvenes, pero por las cuales podían pasar los camperos y vehículos de doble tracción. Esa fue la causa de la instalación de ese retén móvil del ejército en la vía que conduce a Buga; ya se tenía conocimiento de que en el bus escalera iban los hermanos de los niños heridos por la explosión de las minas quiebrapatas.

La casa de don Luis era conocida como “El Palomar”, porque tenía una curiosa edificación que remataba en el patio trasero en un palomar enrejado de dos niveles, construido en guadua. Los hijos criaban palomas mensajeras, aunque su interés por ellas era reciente.

Miembros de la inteligencia apoyados por la red de solidaridad se dirigieron a la casa de la familia Montes. Los viejos, Luis y Encarnación, se alarmaron y enseguida los curiosos rodearon el lugar. Con los refuerzos venía la Fiscalía que procedió a allanar la casa. Iban a lo que iban; se dirigieron a la ramada donde se beneficia el café, con precisión de mapa, con voz de consueña. Encontraron entre las cáscaras del café enterrado, un balde plástico con varias minas quiebrapatas y granadas de fragmentación. Las cáscaras caían del tanque de la peladora por gravedad, resbalando por la pendiente, por lo que se acumulaban, unas sobre otras, con el paso de los días, al uso de la máquina despulpadora. Nada haría pensar que allí se ocultaban esos artefactos. En el jardín, las margaritas estaban mustias como si les hubiesen echado el mal de ojo. Relacionaron el hecho en el acta y continuaron la búsqueda. Como si alguien les hubiera indicado, abrieron el palomar, sin dejar salir las palomas. En la estantería, donde guardaban los comederos y bebederos, había un tarugo con cartuchos de repuestos de tinta para estilógrafo, vacíos y, en el cajón de un banco de carpintería, una libreta

pequeña y dos lapiceros viejos. La Fiscalía los decomisó. Examinando las palomas de la jaula, no encontraron ninguna evidencia, pero afuera había una revoloteando, que tenía un cartucho similar, en una pata. Al acercársele un soldado para atraparla, ésta voló al techo; al insistir en aproximarse el soldado, voló a la rama de un zapote, y luego se le vio alzar vuelo salvando las crestas de las montañas. El soldado tiró a matarla. El disparo repercutió en los montes y cañadas. La paloma no fue alcanzada. Traía o llevaba un mensaje desconocido; la Comisión nunca estableció quién lo enviaba ni quién era su destinatario.

La comisión, de regreso, se encontró en la carretera con otros milicianos, que decían andaban en misión. El comandante no tenía información de ese otro operativo. A él no le resultaron claras las explicaciones, y se quedó con muchas dudas sobre la verdadera razón de su presencia por aquellos parajes. Corrían rumores de que algunos militares se estaban prestando para ciertas cosas distintas a su función institucional.

A los pocos días reapareció el campesino del aparato, buscando a doña Encarnación. Don Luis la fue a llamar al gallinero.

–Buenas tardes, misiá Encarna.

–A la orden, señor.

–David me ha dicho que la venga a ver; quiere hablar con usted.

–¿Cómo así?

–Por el celular.

–¿Qué quiere?

–Le marco.

–Bueno.

El campesino se retiró, marcó un número, conversó brevemente verificando el contacto y dijo:

–Ya se la paso –dándole el aparato.

–En nombre de Dios.

–Dios lo bendiga.

–Es para decirle, que me dejaron salir; que me voy para Venezuela.

–¿Y Reinaldo?

–Lo van a trasladar para Palmira. Él después la llama por este mismo...

–¿Y Luis Carlos?

–Sigue aquí...

–¿No va a venir?

–No porque me vuelven a coger. Le pido que deje entrar al señor que está con usted al palomar; él me va a traer unos papeles que yo ya le dije donde están.

–Bueno ¿cuándo vuelve?

–Mamá, en la guerra uno nunca sabe; en nombre de Dios.

–Dios lo bendiga; cuídese mucho.

Al despedirse doña Encarna quedó con una mezcla de sentimientos; alegría por escuchar a su hijo y saberlo vivo y que estaba bien de salud; de sorpresa por su libertad, por la llamada e inquietud por la aventura que emprendía, y de la que participaba sin saber por qué. Doña Encarna miró al hombrecito y le dijo, siga.

Don Luis los vio pasar hacia el palomar. La puerta estaba abierta, y las palomas entraban y salían libremente; otras arrullaban o calentaban sus huevos.

—Entre —lo autorizó.

El hombrecito era imberbe, pero tenía unos cuantos pelos en el labio superior y en la cumbamba; entró, cerró la puerta, se dirigió directo a uno de los nidos y de un tarugo viejo, sacó unos papeles. Al lado de una estantería de madera rústica había un mesón, y sobre éste, tres jaulas de madera delicadamente construidas, obras de elaborada artesanía que servían para transportar las palomas, y cogió una. El hombrecito se mostraba conocedor del lugar y experto en el oficio. Tomó un puñado de concentrado, se lo arrojó a las palomas que inmediatamente se acercaron, y él de un movimiento rápido y ¡zaz!, más veloz que un zarpazo, atrapó una.

—Ésa, no —dijo doña Encarna. Está poniendo.

El hombrecito la miró sin sostenerle la mirada y liberó la paloma. Era blanca y café, y voló a la esquina superior de la malla; pero, con mayor velocidad que la primera vez, cogió una paloma negra y azul. El hombrecito le sintió el corazón latiendo aceleradamente, a punto de salirse. Doña Encarna guardó silencio. Don Luis escuchó su pensamiento. El hombrecito se fue de la misma forma como apareció.

UN VAGO BRILLAR. El hombrecito de la uña salió del desagüe a la carretera, paso cerca al rebosadero del lago, bajó a la casa de máquinas a 120 metros bajo el nivel del fondo de las aguas de los ríos que llenan la represa, dejó atrás la pirámide de contención, y siguió bordeando la profunda cañada del río Calima, hasta llegar a un túnel hecho en 1961, abandonado, el cual pasa por debajo de la carretera Buga-Buenaventura, y conecta con otro, más reciente, que continúa por otro desagüe que le sirve de respiradero. Pronto el hombrecito que conocía bien estas secretas galerías, pasó por la escuelita de doña Inés, Los Hispanos, El Crucero, La Cuchilla, y llegó a Altavista. Allí dejó las provisiones y se dispuso a descansar en un cambuche monte adentro.

Un ruido lo alertó y tomando una ametralladora salió a enterarse, sigiloso y precavido. Sintió un fuerte olor a perro de monte, a chucha, y luego gruñidos, ladridos, alaridos, y un ruido de lucha animal entre los matorrales. Al iluminar el lugar con la linterna se encontró con un perro de monte agonizando ¿un tigrillo? ¿otro perro más fuerte?

El hombrecito era el encargado de montar, vigilar y desmontar la antena de comunicaciones. Una llamada le informó que algunas personas subían. Familiares de desaparecidos tenían información que en ese lugar tal vez podrían encontrarlos. Vecinos de Altavista venían notando movimientos raros y lo habían comunicado a sus compañeros. La noche se había hecho más peligrosa. En un claro, bajo un balso, se veían dos mochilas y varias herramientas. Un perro con el hocico untado de sangre estaba al lado. Dos señores, uno enruanado y, otro con chaqueta de cuero, tomaron las herramientas y se metieron en lo más profundo, hacia el cambuche. Los vecinos los observaron; los siguieron. Eran Chepe y Cholo, tras las huellas del indio. El hombrecito de la uña permaneció en silencio. Los huaqueros tomaron la ladera donde está ubicada la casa de Milciades. Una luz blanca salía del mameyal. Esta luz era de la que habían oído hablar. Los familiares sospechaban de las andanzas de todos los vecinos; solo los más cercanos se reconocían, y aun así, temían

por los infiltrados. Los últimos extraños en llegar eran unos militares amigos de los nuevos terratenientes. Llegaron al sitio; parecía una gran huaca. Cholo y Chepe colgaron sus mochilas en los ganchos de las guadas, y prendieron un mechero de petróleo. Voló una gallina ciega, y se oyó el sonajero de una culebra cascabel. El perro se echó al lado de la guadua donde colgaban las mochilas. Una llovizna suave comenzó a caer y por doquiera se veía un vago brillar. Cholo hundió la mediacaña y salió un sonido grave; el hierro había tocado un alma en pena, y enseguida la intensidad del candil fue sobrepasada por otra luz sobrenatural que emergía de la tierra. Cholo volvió a enterrar la mediacaña y varios quejidos saltaron a las ramas de los árboles como pequeñas estrellas, lamentándose. Los vecinos que los observaban se quitaron los sombreros. Los huaqueros habían encontrado una fosa común. Chepe tomó el barretón, el cual chocó y resbaló contra una piedra que habían dejado los enterradores para marcar la tumba. Los árboles que habían recibido las almas estaban tan brillantes que parecían arder en la otra dimensión, pero mirados normalmente eran verdes, oscuros y no sucedía nada. No todos presenciaron el fenómeno. Cholo dijo:

–No es de indio.

–Es reciente.

El perro comenzó a aullar.

–¡Chist? –lo chitó Chepe.

–¡Aaúuu!

–¡Chist! ¡Chist!

–Yo sí la veía arder; pero no son huesos de indio –dijo Cholo.

–Soldados, o guerrilleros.

–Los desaparecidos.

–Vamonos que estas tumbas tiene espectros guardianes, y yo no me conozco la contra.

–Yo tengo la manila de crín.

–Aquí no sirve esa contra; esa es para los espíritus ancestrales; no para los de esta guerra. Bueno, pero, dejála, por siaca....

–¡Aaúuu!

–¡Chist!

–Vámonos.

Los huaqueros huyeron, pero los vecinos rodearon el lugar y empezaron a excavar en busca de los desaparecidos. Pasaron la onda. Al amanecer habían encontrado varias osamentas. Por el estado de los huesos llevaban mucho más tiempo que la desaparición de los suyos; tal vez podrían ser los que murieron durante los enfrentamientos con el Gobierno anterior. El canto del gallo apuraba el día. El hombrecito de la uña lo vio todo, con esos ojos rasgados que vieron el amanecer desde el rastrojo.

Los ruidos mañaneros pronto empezaron a escucharse; el cacareo de las gallinas de la casa de Milciades, las vacas del ordeño de don Arcelio, las voces familiares en los oficios hogareños; el hacha en el monte, la garlopa de don Luis, los saludos de los vecinos.

Marlúi tiene diez y seis años, es la hija de Milciades y Flor. En ella se adivinan las líneas de su madre. Últimamente cambió la pulsera por una manilla que le puso León. Cuando conoció a León su mirada se detuvo por primera vez contemplando distinto a un hombre. Ahora lo espera con ansiedad y sufre cuando se va. Marlúi cuida su pelo negro y se adorna con un collar de pequeñas caracolas y lleva pulseras tejidas por ella, que le dan un tono de delicada femineidad, a pesar de sus manos dedicadas a los

oficios de la casa. Últimamente anda tocando flautas de carrizo y ocarinas de barro. Desde que León les enseñó sus sonidos y les enseñó a hacerlas, todos andan practicando; pero Marlúi no descansa. El conjunto avanza bien. Milciades quiere hacer pronto la primera presentación en el kiosko del callejón. Julio, Ramiro y Oscar están ensayando con el tiple, la bandola y la guitarra “La pluma del pavo real”, aunque Miguel les propone un reggaeton. Esteban tiene buena voz, pero tiene vergüenza de cantar. León lo estimula a vencer la timidez para que se atreva a cantar “La camisa negra” de Juanes.

–Vea, hermano: “cante aunque no cante”, pero no se quede sin cantar. La canción dice “que no se quede callado quien quiera vivir feliz”. También algunos pájaros cantan mejor que otros, pero te aseguro Esteban, que el gorrión no le pide permiso al cucarachero que es el que mejor canta; así mijo que vamos pa'lante.

Como Esteban le dijera que le daba pena, León, le dijo:

–Vea, mano, hay quienes tienen voz y la desperdician. Primero uno tiene que escuchar su propia voz, pero me refiero a la voz interior, que a todos nos habla. Esa vaina que uno se escucha uno mismo cuando reflexiona. En la naturaleza, todos escuchan esa voz; las plantas, las matas de maíz; los animales, las aves; y hasta los ríos. Así mano que saque su música; que si no puede, pues no pudo; pero inténtelo.

Así lo convenció en las primeras venidas y se convirtió en uno de los más entusiastas amigos del proyecto. También él esperaba el encuentro con esta ilusión.

A lo lejos refulgen los guaduales como hisopos impregnados de la luz de la mañana; un replandor detrás de las lomas de Mardua, aproximadamente a la misma cota de Altavista, parecía reflejar la intensidad del mar Pacífico.

Marlúi se ha bañado y huele a azahares.

Junto al tronco de un guásimo, una gallina colorada con doce pollitos urgaban, escarbaban con las patas entre el cagajón de la yegua buscando bichitos y alimento. Algunas pepas de guásimo saltaban cuando escarbaba, apartando el excremento y picoteaba cloqueando maternal y acuciosa, a lo cual sus polluelos le respondían estimulados precipitándose hacia ella. En la rama seca del aguacate repercutían los golpes del pájaro carpintero. En el naranjo florece la catleya. La mata tiene siete hojas, con varios vulvos a punto de abrir, cinco flores muy hermosas se descuelgan con sus labelos algo crespos, matizados de colores malvas, morados y blancos. Doña Flor riega el jardín mientras cocina el almuerzo: un sancocho de plátano y yuca, con sustancia de hueso de pata con carne, con perejil y un poco de color. Camilo, el hijo menor le lleva un aguacate que a él le parece muy grande.

–Tan grandote, mamá.

La mamá lo manda a buscar unas hojas de cimarrón.

–Aquí están –dice entregándole un manojo.

La mamá lo manda por un limón y unos ajíes de la mata que queda cerca al guásimo.

–¿Qué más? –dice el niño, cruzando los brazos y mirando con aire interesante.

Doña Flor sonrío.

–Llame a Marlúí. Dígale que la necesito.

El niño fue y llamó a su hermana, y al regresar le preguntó a su mamá, si podía cortar la orquídea.

–¿Para qué mijo?

–Para que se vea bonita la casa con la visita.

–¿Y no te da pesar?

–¿Por qué?

–Las plantas sienten.

–¿Y por qué, Marlúí, estaba descascarando el árbol?

–¿Cuál árbol? –dijo Marlúí.

–El guásimo, no se haga la boba, que yo la vi con el cuchillo de la cocina tallando un corazón.

–Vé, este niño tan metido.

Doña Flor sonrió.

–Mamá y si le duele a las matas, ¿por qué cortan la caña, el plátano y arrancan las arracachas?

–No sé, mijo; las cosas son así.

–Ah, entonces mejor dejémos las orquídes ahí.

Hoy viernes, por la tarde vendrán León y Aníbal. Mañana a medio día habrá música y tamales. Los jóvenes nunca han estado en un festival. De nuevo cantará la vereda y se alegrará el caserío. Esperan que la guerra no les impida este encuentro. El viejo Milciades apronta las hojas de plátano, para que los prepare por la noche.

Alto, en el cielo, se escucha el paso del helicóptero.

Aun conociendo y siéndole familiares los avances tecnológicos en el campo de la fotografía, León disfrutaba haciendo sus revelados en el cuarto oscuro, como si un escritor obstinado a más de

poseer un computador de última generación escribiera sus textos más queridos en una vieja máquina de escribir “Royal”.

León llevaba para sus amigos campesinos varios rollos revelados, correspondientes a sus visitas anteriores, porque estaba documentando para la Fundación los progresos, y porque los toma de base para la elaboración de una cartilla que quede como guía para futuros trabajos comunitarios.

Revelar los rollos le había resultado especialmente grato; sabía que sus amigos se iban a poner muy felices viendo la casa con su jardín, la cocina, el pilón, la yegua, la ramada de la melería, los fondos, don Milciades, la señora, los jóvenes y los viejos haciendo los instrumentos. También traía duplicado de las grabaciones con sus primeros ensayos. León iba contento, en especial había sentido mucha alegría cuando al hundir el papel blanco fotográfico de la kodak, en el líquido revelador, fue apareciendo misteriosa y bella, la cara joven de Marlúi aun con rasgos de niña, pero anunciando su madurez de flor del campo. Esta fotografía era la última del último rollo y fue grande la emoción de León pensando en el momento en que se la entregaría. Algo le había impedido tomarle más fotos, tal vez respeto por sus padres, tal vez..., no sabía qué; si el pudor de ella, o su propia timidez, la de él, al tratarla... pero ese mismo “algo”, era lo que se la había hecho tomar. Al final supo que no se quería ir sin su imagen.

En la fotografía aparecía Marlúi sosteniendo la ocarina junto al tronco del guásimo, y dada la distancia en la que fue tomada, salía, también, la orquídea florecida. León amplió la foto para ella, y dejó la pequeña para él. Y llevaba la fotografía del niño ciego aprendiendo a tocar la flauta, que habían improvisado con un tubo de P.V.C. Atrás se veía a la mamá con una ilusionada sonrisa, esperanzada en su hijo. En el trayecto del viaje Aníbal y León recordaron cómo la madre se le llenaba el pecho al oírlo tocar. Eran estas alegrías las que a ellos les gustaba propiciar y daban sentido a su trabajo social.

Al llegar al Crucero y emprender el ascenso hasta Altavista sintieron el rítmico sonar de los rotores del helicóptero. León y Aníbal iban motivados al encuentro.

EL ENVÉS DE LAS HOJAS. Las golondrinas del Pacífico venían con la brisa del mar, que desanuda las nubes y suelta la neblina; la brisa se fue adelantando en tierra hasta volverse viento fresco y frío, que desprendía hojas, pétalos; que inclinaba los árboles y separaba las flores de sus ramas. Las golondrinas saltaron los picos de las montañas y revoloteaban en los valles y hondanadas, anticipando a la neblina.

El lunes a las 6 p.m. Hiroshi y Alma fueron a visitar a la abuelita que agonizaba en la clínica. A la entrada estaban soldados a lado y lado, montando guardia a un militar de rango, al que intervenían de urgencia. La tarde estaba fresca; la brisa tendía a hacerla fría. Al llegar a la entrada coincidieron con una mujer del campo. Iba con falda negra; llevaba blusa gris humo, y su chal, de tonos terrosos. La saludaron amables y ella les hizo un gesto amplio, vano de aire, que no supieron definir. Alma se fijó en el tejido del chal, entretejido de rombos, como el envés de las hojas secas.

Un vendedor de pompas de jabón soplaba a través del aro cubriendo de bombitas multicolores la entrada. Algunas madres salían con sus criaturitas recién nacidas y otros resignados salían en busca de las funerarias, para contratar los servicios de entierro o cremación, para despedir a sus seres queridos. Otros pálidos, y angustiados, con visibles muestras de cansancio iban y venían del banco de sangre, o en busca de un donante, para conseguir una gota de vida para sus seres queridos, o averiguando por la donación de órganos. Una madre joven llegó con su bebita en brazos alcanzada por una bala perdida; varios adolescentes, desafiantes, esperaban saber cómo seguía un miembro de su pandilla, y juraban venganza, sin importarles la presencia de los militares ni de la policía.

Mientras Hiroshi y Alma se identificaban en la portería, la inquietante mujer, siguió.

–Buenas tardes, doña Rocío –saludó el guarda.

–Tardes.

La señora ingresó a la clínica en el momento en que los niños salían, acompañados de doña Encarnación y una vecina. Cada uno iba en una silla de ruedas que le facilitaron para dejar la clínica; ¿pero afuera cómo iba a hacer? Las necesitaban. Héctor había perdido los dedos del pié izquierdo, y la explosión le había fracturado la tibia y el peroné. Le habían puesto una platina con ocho tornillos. Pero al menos tenía posibilidad de salvar la pierna. Al principio los médicos traumatólogos habían optado por amputar; fueron los ruegos de la señora Rocío, en su momento, los que los motivaron a buscar un procedimiento menos radical. El caso de Nacho era aún más delicado por haber sufrido lesiones en el aparato digestivo, y haber tenido que soportar una grave infección. Los médicos internistas temían por una septicemia.

Allí, a las puertas de la clínica, sin un peso para un taxi, ni para un bus, ni para la chiva, tenían que devolver las sillas de rueda. Las dos señoras se sentaron en las gradas. El empleado de la clínica plegó las sillas y las volvió a entrar dejándolas a un lado de la portería para otros pacientes que ingresaran. Los adolescentes se movían nerviosos y groseros lanzando imprecaciones e improperios; no disimulaban que andaban armados y decididos a todo “aunque no alcanzaran a conocer cédula”... Pero allí, cada quien con su dolor, tenía más que suficiente para estar pendiente de los suyos.

A la alegría de la salvación de la vida de sus hijos, seguía la desolación y la impotencia. En ese momento en que no sabían qué hacer, se les acercó una señora y les dijo:

–Buenas tardes –saludó la señora a doña Encarna y a su vecina. Otra señora le hacía compañía.

–Buenas tardes.

–Disculpen. Nosotras somos voluntarias de la Fundación Edmundo Astaiza, y ofrecemos ayuda a los sobrevivientes del conflicto; a personas que hayan resultado lesionadas. Somos una

fundación humanitaria, no hacemos distinciones religiosas ni políticas. No es ni de ricos ni de pobres, sino de personas que han sido tocadas por la guerra.

Doña Encarna estaba prevenida, pero las señoras insistieron en informales acerca de la fundación, entregándoles varios plegables.

–Por lo pronto le vamos a facilitar una silla de ruedas, y las medicinas de la fórmula. César, nuestro conductor, las acercará a el terminal. Si tienen interés nos llaman o vienen a la sede. Todas las indicaciones están en los folletos. En nuestra fundación todos hemos vivido situaciones como éstas, y peores. Me gustaría que conocieran esos testimonios; ayudan a encontrar la salida y seguir adelante.

En eso salió la señora del chal terroso.

–Hola Caridad.

–¿Cómo está doña Clara Luz?

–Ya lo ve.

–La veo muy bonita.

–Impresiones tuyas.

–Cuídese.

–Usted también.

–Les decía –dijo, retomando la conversación-, que esos testimonios son muy útiles para reaccionar a estas situaciones. Visítenos; cuando quieran. Cuando vengan a control, llámenos.

–Gracias –dijo doña Encarna.

–¿Cómo van los jóvenes? –dijo, fijándose en ellos, tocándoles el hombro cariñosamente-. Deben estar muy cansados. ¿Quieren que las acerquemos a coger el bus? ¿O es tarde y dejan el viaje para mañana a primera hora? –dijo dirigiéndose a doña Encarna.

Al caminar hacia los niños doña Encarna y su amiga notaron que la señora Clara Luz, cojeaba, lo mismo que su amiga.

–Los esposos nos esperan- dijo la vecina.

La mata de sábila del jardín de la rotonda de la clínica, estaba florecida amarillo-limón. Al verla la vecina sintió confianza. Seguro tenía que ver con el favor que recibían.

Llamaron a César que estaba parqueado frente de la clínica, junto al río, y aceptaron la ayuda. Luego de recibir los medicamentos partieron hacia Restrepo.

En tanto Hiroshi y Alma llegaron a la sala de la habitación asignada a la abuela, donde les informaron que estaba agonizando. Se hicieron alrededor de su lecho. Alma le tomó la mano, sintiendo su delgada piel y la debilidad de su pulso en fuga; Mita le dio un beso en la frente, despidiéndose de quien había recibido tantos detalles, imaginándose, repentinamente, como la niña que había estado en su regazo. La abuela la miró languideciendo, con la escasa luz de la última mirada, y le dijo: “Ama algo en esta vida. No olvides cuidar las violetas”.

Al día siguiente en el periódico se anunciaba que la “Fundación Edmundo Astaiza”, entregaría sillas de ruedas: “Los niños de la Fundación Edmundo Alejandro Astaiza clausurarán hoy la campaña social que adelantaron y en la cual recogieron dinero para adquirir 600 sillas de ruedas que entregarán hoy. Las sillas serán donadas a pequeños que fueron víctimas de las minas antipersona, sembradas por grupos al margen de la ley. Además cada uno de estos pequeños afectados por la violencia contará su historia y posteriormente se editará un libro con más de 600 dramas relatados. El acto se llevará a cabo hoy en la mañana y

pretende convertirse en una muestra de rechazo hacia las acciones de los violentos”.